



se

Fumiko Enchi

LOS
AÑOS
DE
ESPERA

Una novela absorbente,
sensible y desgarradora

Lectulandia

Japón, mediados del siglo XIX, el país vive las vertiginosas reformas modernizadoras y aperturistas de la era Meiji. Pero éstas no terminan de calar en la sociedad donde perduran las viejas tradiciones feudales, sobre todo las que afectan a las mujeres. Tomo está casada con un alto funcionario municipal, Yukitomo Shirakawa. Fue educada para cumplir el tradicional rol de mujer en el seno de un clan samurái: preservar la unidad familiar, garantizar la seguridad de los hijos, y obedecer y satisfacer al marido, incluso a costa de su propio sacrificio. Tomo no sólo debe soportar las humillantes infidelidades de su marido, sino que incluso debe aceptar con sumisión el encargo de buscarle concubinas y acogerlas bajo su techo. Primero será la quinceañera Suga, luego vendrá la extrovertida Yuri...

Con el tiempo, gracias a su inusitada fortaleza interior y a su tenacidad, va reprimiendo su dolor y desilusión, llegando a aceptar a las concubinas como miembros de su familia, incluso viendo el riesgo de que éstas le arrebaten el amor de su marido y el de su hija Etsuko. Fumiko Enchi, como en gran parte de su obra, centra el eje de la trama en las adversidades que sufren las mujeres. Tomando como modelo a su propia abuela, aborda la obligada sumisión de la mujer, impuesta por las tradiciones, frente a su lucha silenciosa por mantener su dignidad, su identidad. En esta novela, llena de sutilezas y sentimientos contenidos, jugando con los estados anímicos de las estaciones, nos presenta un cuadro de mujeres, bien perfiladas y complejas. Derrotadas, afligidas, pero que no reclaman compasión, sino todo lo contrario, admiración, por su entereza.

Las reformas de la era Meiji al final llegaron a las mujeres, pero, como le ocurre a Tomo, tuvieron que pasar por «Los años de espera».

Lectulandia

Fumiko Enchi

Los años de espera

ePub r1.0

Titivillus 19.08.17

Título original: *Onna Zaka*
Fumiko Enchi, 1957
Traducción: Keiko Takahashi & Jordi Fibla
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Las primeras flores

Era una tarde de comienzos del verano.

En la vivienda de la familia Kusumi, junto al río Sumida, en Hanakawado, distrito tokyota de Asakusa, la madre, Kin, depositó unas clemátides blancas del jardín en el lugar de honor de una de las dos habitaciones contiguas del piso superior que había estado limpiando con ahínco desde primeras horas de la mañana y, dándose unas palmaditas en la cadera, gesto de alivio con el que daba por terminada su tarea, bajó la oscura escalera de madera.

Toshi, su hija, estaba sentada en la pequeña habitación de tres tatamis al lado del recibidor, bajo la ventana con barrotes de madera, enhebrando la aguja, el ojo alzado para esquivar la brillante luz que reflejaban las aguas del río. Cuando entró su madre, sujetando el grueso papel con una ligera capa de laca, especialmente preparado para envolver flores, Toshi se dirigió a ella.

—El reloj de los vecinos acaba de dar las tres. Se están retrasando, ¿no es cierto, madre?

—Vaya, ¿ya es tan tarde? Claro que vienen desde Utsunomiya en *jinrikisha*^[1], y, aunque dijeron que llegarían a primera hora de la tarde, supongo que más bien será al atardecer.

Kin se sentó junto al brasero rectangular y prendió el tabaco en la minúscula cazoleta de la *kiseru*, la pipa con una larga boquilla de bambú.

—Te has estado deslomando desde la mañana, madre, debes de estar cansada —le dijo Toshi con una afable sonrisa.

En las pausas de la costura, clavaba la aguja en su peinado en forma de hoja de ginkgo, que empezaba a deshacerse un poco, y finalmente la fijó en el acerico rojo del costurero. Entonces tomó de su regazo la tela que estaba cosiendo, que parecía recio crepé de seda, la colocó cuidadosamente sobre una hoja de papel de envolver kimonos y se acercó a su madre, renqueando. También ella pensaba que se merecía un descanso.

—No entiendo por qué hay tanto polvo cuando limpio esa habitación a diario —comentó Kin, mientras se alisaba las mangas del kimono, que se había atado para hacer las tareas domésticas, y se sacudía minuciosamente el cuello de satén negro.

Aunque no se lo dijo a su hija, en su fuero interno se sentía orgullosa por haber eliminado hasta la última mota de polvo de la habitación, incluso de haber subido un par de escalones para quitar los últimos restos de polvo del panel calado encima del dintel entre las habitaciones y de la ranura sobre el mismo dintel.

—Me intriga saber qué viene a hacer en Tokyo la señora Shirakawa —dijo Toshi, que al parecer se interesaba menos que su madre por la limpieza y, con las yemas de los dedos, se estaba masajeando los ojos fatigados tras el largo rato dedicado a la costura.

Kin miró con suspicacia a su hija, el ceño fruncido.

—Por favor, chiquilla...

El aspecto de la madre era todavía juvenil, y la hija, aquejada de una enfermedad, no había podido casarse hasta que ya fue demasiado tarde, por lo que ahora estaban habituadas a hablar entre ellas más como hermanas que como una madre y su hija. Incluso había veces en las que Toshi, a juzgar por sus ideas, parecía mayor que su madre.

—Lo decía en su carta, ¿no es cierto?, decía que venía a Tokyo en visita turística.

—Pues eso me extraña, ¿sabes? —Toshi ladeó la cabeza con una expresión dubitativa—. Me extraña que una señora casada como ella disponga de tiempo libre para venir a Tokyo tan sólo a hacer turismo. El señor Shirakawa tiene un cargo importante en la administración de la prefectura, ¿no es cierto?, secretario jefe o algo por el estilo. Sólo está por debajo del mismo gobernador.

—Es verdad, dicen que es un hombre muy influyente —replicó Kin, mientras daba unos golpecitos a la cazoleta de la pipa contra el borde del brasero—. Sí, no hay duda de que se ha abierto camino. Cuando trabajaba en el Ayuntamiento de Tokyo y vivían en la casa de al lado, jamás se me ocurrió pensar que las cosas le irían tan bien, a pesar de que ya entonces era un hombre muy espabilado.

—Precisamente a eso me refiero, madre —dijo Toshi, sus palabras incitantes, como persuasivos golpecitos en la espalda—. No tiene mucho sentido que deje a un marido tan ocupado como el suyo y, acompañada por su hija y una criada, venga aquí a pasar uno o dos meses sin más objetivo que pasearse. Vamos, si aquí tuviera familia sería distinto, pero no es el caso.

—Tienes razón, es de Kumamoto, como el señor Shirakawa. Pero de todos modos... —Kin miró con fijeza a su hija, como si se enfrentara a un problema que escapaba a su capacidad de comprensión—. No estarán pensando en divorciarse, ¿verdad? En la carta de la señora Shirakawa no había la menor indicación de que pudiera tratarse de eso.

—No, por supuesto que no —dijo Toshi.

La hija apoyó un codo en la placa que cubría un extremo del brasero y la barbilla en la mano, la expresión de sus ojos soñadora, como si estuviera adivinando el futuro. Había ocasiones en que, por más que Toshi fuese su hija, a Kin le turbaba la peculiar manera en que los presentimientos de la joven tullida se hacían realidad. Se quedó un

rato mirando la cara de Toshi, como quien espera las palabras de una médium, pero poco después Toshi retiró el codo del brasero.

—Vete a saber —concluyó, sacudiendo la cabeza.

Alrededor de una hora más tarde, Tomo Shirakawa, en compañía de Etsuko, su hija de nueve años, y de una criada, se apearon del *jinrikisha* ante la casa de los Kusumi.

Primero utilizaron el baño caliente que les aguardaba para librarse de la suciedad del viaje, y entonces Tomo regresó a la sala de estar para ofrecer a sus anfitrionas los regalos que traía: *hoshigaki* (caquis secos) y objetos lacados de Aizu, de los que dijo que eran productos locales de Fukushima, así como unos rollos de tela con estampados adecuados para Kin y Toshi, respectivamente.

Enfundada en un kimono a rayas y con la elegante y holgada *haori* de crepé de seda negra adornada con el emblema de la familia, los hombros caídos, a los que tan bien se amoldaba el kimono, ligeramente hacia atrás mientras permanecía sentada, Tomo tenía el aspecto característico de la esposa de un funcionario importante, un aspecto adquirido en el transcurso de los cuatro o cinco años en los que Kin no la había visto. La anchura de su frente, así como el amplio espacio que mediaba entre ojos y boca, y la nariz bien formada y un tanto carnosa despojaban por completo a su rostro de todo atisbo de nerviosismo; pero los ojos, estrechos bajo los párpados gruesos y caídos, tenían una expresión casi desalentada, como si utilizara los párpados para ocultar toda una gama de sentimientos que de otro modo podría haber expresado. Debido a esa densidad de la mirada, unida a cierta formalidad expresiva y gestual, Tomo siempre le había parecido a Kin un tanto distante, pese a sus cordiales relaciones durante los dos años, más o menos, en que los Shirakawa vivieron en la casa vecina. No es que fuese presuntuosa ni desagradable, ni que hubiera en ella nada censurable. Kin, una tokyota de pura cepa, lo habría resumido diciendo que Tomo era muy reservada. Sin embargo, ahora que su marido tenía una posición más importante que en su juventud, ese mismo carácter inflexible de Tomo le dotaba de una inequívoca aureola de distinción.

Etsuko, que aún tenía el cabello demasiado corto para que se lo pudieran peinar bien y lo llevaba recogido en un moño infantil, estaba fascinada por el panorama de aquel río desconocido y no podía apartar la mirada de la ventana con barrotes.

—Hay que ver lo guapa que te has hecho —observó Kin con toda sinceridad, tan blanco era el cutis de Etsuko y tan acentuados y armoniosos sus rasgos.

—Se parece mucho a su padre —terció Toshi. Y era cierto que el rostro de delgadas mejillas y el largo cuello se parecían más a los de Shirakawa que a los de su esposa.

La niña parecía temer a su madre, pues bastó que la mujer dijera «¡Etsu!» en voz baja para que Etsuko, como si se encogiera de miedo, fuese a sentarse a su lado.

—Cuánto me alegro de que haya decidido venir —dijo Kin mientras se afanaba

en la preparación del té y lo servía—. Tengo entendido que su esposo es ahora una personalidad importante, casi al nivel del gobernador. Eso debe de darle a usted mucho trabajo.

—No, no, la verdad es que ya no sé nada de sus responsabilidades oficiales... —respondió sin afectación, sin rastro de jactancia o presunción que pudieran confirmar el rumor que había llegado a oídos de Kin de que el señor Shirakawa vivía como un *daimio*, un señor feudal, en la prefectura donde trabajaba.

La conversación floreció durante un rato en torno a la vida del centro de Tokyo: los lugares que estaban en su apogeo, los cambios que habían sufrido los estilos de peinado, la obra de *Kyōgen* que estaban representando en el teatro Shintomi, hasta que Tomo dijo:

—Y ahora vamos a disfrutar de esta ocasión sin prisas... aunque, a decir verdad, mezclado con el ocio también hay un pequeño asunto que he de resolver...

Mientras hablaba, se volvió para colocar bien una peineta roja de Etsuko que estaba a su lado. Lo había dicho con tal naturalidad, que Kin no le prestó atención, mas para Toshi significaba que, tal como ella había supuesto, Tomo tenía un importante asunto que resolver en Tokyo. Por muy serena y refinada que fuese la actitud de Tomo, parecía como si un peso fuera de lo ordinario en su interior la arrastrara al fondo.

Al día siguiente, Toshi, poco aficionada a salir de casa, mostró su agradecimiento por los regalos que había recibido invitando a Etsuko a ir con ella de visita al gran templo de Kannon, en Asakusa, y tanto la niña como Yoshi, la criada, estuvieron encantadas.

—A la vuelta cómprale en Nakamise^[2] un libro de historietas ilustradas o alguna otra cosa —le dijo Kin a su hija mientras se encaminaba a la cancela para despedirlas.

Nada más entrar, subió al piso superior, donde encontró a Tomo sentada en la antesala, colocando kimonos en un cesto de mimbre que habían traído consigo y sacando otros limpios. El cielo con unas nubes blancas diseminadas, reflejado en las aguas del río, llenaba de luz blanca la estancia donde Tomo se sentaba.

—Vaya, ¿trabajando ya tan pronto? —le dijo Kin, al tiempo que se arrodillaba en el suelo de madera de la pasarela.

—Etsuko ha crecido e insiste en llevarse consigo esto y aquello —respondió Tomo, hablando con lentitud mientras colocaba los kimonos uno a uno en el cesto—. Por eso viajar a cualquier parte acaba siendo un fastidio —permaneció un momento en silencio—. Señora Kusumi... —dijo al cabo—. ¿Está usted ahora ocupada?

Acababa de inclinarse hacia adelante para depositar en las profundidades del cesto un kimono de Etsuko, de seda amarilla y forrado, y su cara no era visible. Kin había subido precisamente para charlar con ella, pero de improviso las palabras de Tomo le hicieron sentirse incómoda.

—No... ¿En qué puedo servirla?

—Por supuesto, si está ocupada, no es necesario que sea ahora mismo, pero ya que Etsuko está ausente, he pensado... En fin, venga usted aquí, si es tan amable —hablaba en el mismo tono pausado que de costumbre y, tomando un cojín, lo dejó sobre el tatami, cerca de la pasarela—. Verá, a decir verdad, hay algo que me gustaría mucho que hiciera por mí mientras esté aquí.

—Vaya, ¿qué podrá ser? Por supuesto, si es algo que está dentro de mis posibilidades, lo haré con mucho gusto...

Kin se había esforzado por mostrarse efusiva, pero sentada en una postura tan formal, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada baja, trataba de imaginar qué podría ser lo que Tomo estaba a punto de confiarle. Unas tenues líneas, como las que aparecen al sonreír ligeramente, se extendían desde el borde de las alargadas mejillas hasta las comisuras de la boca.

—Lo que voy a decirle le parecerá raro —dijo la mujer, y alzó una mano para tocarse un mechón lateral. Como le disgustaba que hubiera una sola hebra fuera de lugar, tenía el hábito de pasarse una mano por el pelo de vez en cuando, a pesar de que, dado lo cuidadosa que era con su aspecto personal, siempre lo llevaba impecablemente peinado.

En aquel momento Kin cayó en la cuenta de que en el asunto que iba a plantearle Tomo debía de estar involucrada una mujer. En la época en que Shirakawa vivía en Tokyo, en su casa siempre habían entrado y salido mujeres, y ella sabía que esta circunstancia había preocupado a Tomo. Ahora que el marido de ésta había alcanzado una posición tan importante, la probabilidad de que tuviera esa clase de aventuras era todavía mayor. De todos modos, Kin mantuvo a propósito su expresión inquisitiva, porque sondear en una cuestión tan privada como la que ya había conjeturado era algo reñido con las reglas de la etiqueta por las que ella se regía como ciudadana de la capital.

—¿De qué se trata? —inquirió—. No vacile en decírmelo, por favor.

—Sí, puesto que en cualquier caso he de pedirle su ayuda...

Una vez más la sonrisa, vaga como la de una máscara femenina de teatro *Noh* curvó ligeramente los labios de Tomo.

—Verá, quisiera encontrar una criada para llevármela a casa. De entre quince y diecisiete o dieciocho años, a ser posible de una familia respetable... pero debe ser una chica bien parecida.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, la sonrisita se hizo más nítida, y bajo los gruesos párpados sus ojos adquirieron un brillo intenso que armonizaba curiosamente con la sonrisa.

—Ah, comprendo.

Kin bajó la vista, incómoda por el tono insincero de su propia voz. Lo que ya había escuchado bastaba para justificar el presentimiento que Toshi había tenido poco antes.

Aspiró hondo, un gesto que tanto podría ser de asentimiento como un suspiro, y dijo:

—Al fin y al cabo, cuando un hombre alcanza una posición como la suya... parece ser que esa clase de cosas se convierte en una necesidad, ¿no es cierto?

—Sí, eso parece. Es algo que la gente de su entorno espera de él.

Eso no era cierto. Tomo se estaba esforzando al máximo por dominar las emociones que se agolpaban en su pecho.

Hacía cosa de un año que a su marido se le había ocurrido el plan de traer una concubina a la casa. A menudo, en las reuniones con abundancia de sake y ocasiones parecidas, los funcionarios de rango inferior que trataban de ganarse el favor de Shirakawa la habían importunado con sus indirectas. «A decir verdad, señora, con una mansión como ésta, debería usted tener más servidumbre femenina», le decían, o bien: «El secretario jefe está ocupadísimo. Debería usted dejarle que de vez en cuando cambie de almohada, así dormiría mucho mejor».

Aunque a su marido le repugnaba semejante familiaridad, el hecho de que no reprendiera a sus subordinados por su impertinencia hacía pensar a Tomo que los estaba utilizando para que le transmitieran lo que él deseaba realmente.

Tomo sabía bien que su marido era un mujeriego declarado, y ya no podía sentir el amor puro que él le inspiró durante los primeros años de su matrimonio, pese a que, por sus aptitudes y su porte viril, Shirakawa seguía teniendo suficiente atractivo como marido.

Ocuparse de la vida social y del gobierno de la casa en consonancia con la actual posición de su marido no había sido fácil para una mujer perteneciente a una familia samurái de baja categoría del antiguo clan Hosokawa, que se había casado muy pronto, sin ninguna posibilidad, en medio de la agitación social que precedió a la Restauración Meiji, de educarse como era debido ni de adquirir las habilidades de rigor para el trato social de una joven bien criada. Sin embargo, la transigencia no era un rasgo de la naturaleza de Tomo, y se impuso a sí misma unas estrictas normas de comportamiento según las cuales no había nada más importante que su marido y su familia. Supervisaba los asuntos cotidianos de la mansión con una minuciosidad impecable. Volcaba todo su amor y el buen juicio que poseía en su marido y los demás miembros de la familia Shirakawa.

No era, pues, de extrañar que aparentase más edad de la que tenía. Aunque distaba de ser una belleza, tenía un aspecto agradable, y lo cuidaba más que la mayoría de las mujeres, por lo que no daba en absoluto una sensación de mujer mayor; pero la innata severidad de su temperamento, que le hacía tomarse tan en serio sus responsabilidades, la privaba por completo de la sensualidad que suelen tener las mujeres en plena madurez, y en ocasiones Shirakawa se asombraba al constatar que una esposa diez años menor que él más bien parecía una hermana mayor. Por supuesto, conocía la fuerte sensualidad que ardía como un candil de aceite bajo la piel, y a veces le invadía un sentimiento de afecto ante la pasión reprimida que

percibía dentro de ella, la pasión que evocaba con tal claridad al sol que caía a plomo sobre el centro de la isla de Kyushu donde ella nació y se crió. Una noche de verano, en la época en que él todavía trabajaba en Yamagata, una pequeña serpiente logró introducirse a través de la tela mosquitera bajo la que su esposa y él dormían. Al despertarse de súbito, Shirakawa notó algo frío y húmedo en la pechera del *yukata*, el kimono ligero de algodón que usaba por la noche. Cuando la tocó, perplejo, aquella cosa fría había empezado a alejarse reptando.

Shirakawa se levantó, lanzando un grito, y Tomo, sobresaltada, se incorporó bruscamente en la cama. Acercó el farolillo que estaba junto a la almohada y, al dirigir la luz hacia él, vio una especie de cordón negro, viscoso y reluciente, sobre el hombro de su marido.

«¡Una serpiente!», gritó Shirakawa, y, como si estuviera en un sueño, con un solo movimiento la mano de Tomo se extendió y asió el cordón vivo.

Evitando apenas tropezar con Shirakawa, salió a la pasarela y, a través de los postigos abiertos, arrojó la serpiente al jardín. Estaba temblando, pero en el seno visible a través de la abertura frontal del kimono y en sus brazos desnudos, él había percibido un vigoroso erotismo que normalmente estaba oculto.

—¿Por qué la has lanzado afuera? —la reprendió él, pues detestaba que ella lo aventajase—. Deberías haberme dejado que la matara.

Aunque se daba cuenta de que en el fondo su mujer tenía un carácter apasionado, empezaba a resultarle difícil desearla. El hecho de que fuese un poco más fuerte que él le hacía sentirse incómodo a su lado.

—Sería exagerado considerar a la chica una concubina —le había dicho él a Tomo—. También será una criada para ti... Me parece una buena idea tener en casa a una joven dócil a la que puedes adiestrar para que se ocupe de todo mientras estás ausente, de visita. Por eso no quiero bajar el nivel de nuestro hogar, como sucedería si trajera a una geisha u otra mujer por el estilo. Confío en ti y lo dejo en tus manos. Emplea, pues, tu buen juicio para encontrar a una muchachita tan inexperta como sea posible. Aquí tienes, para tus gastos.

La suma de dinero que puso en sus manos era asombrosamente alta.

Durante largo tiempo ella había fingido no enterarse de lo que decía la gente, pero ahora que el mismo Shirakawa le planteaba la cuestión, no podía seguir esquivándola. Estaba casi segura de que, si se negaba a realizar la tarea que le encomendaba, su marido traería a casa a una mujer elegida sin haberle consultado a ella. El hecho de que se lo encargara era una prueba de la confianza que le tenía y de la importancia que daba a su posición en el seno de la familia. Esa extraña confianza depositada en ella le oprimía el pecho cuando, en compañía de Yoshi y Etsuko, eufóricas por aquella oportunidad de visitar Tokyo, avanzaban en los bamboleantes *jinrikisha* que las transportaban a la casa de Kusumi.

—Entendido, déjelo en mis manos —dijo Kin—. Soy amiga de la dueña de una mercería que en ocasiones actúa como intermediaria en esta clase de asuntos, y se lo consultaré enseguida.

Kin actuó con eficiencia, sorteando hábilmente toda referencia a la preocupación que Tomo sentía en el fondo. Se había criado en una familia cuyos miembros eran agentes oficiales de la distribución de arroz en Kuramae, donde se encontraban los almacenes del shogun, conocía bien las costumbres de los ricos mercaderes y los samuráis de los tiempos feudales, y la idea de que un hombre que había alcanzado una posición elevada mantuviera a una o dos concubinas no la escandalizaba lo más mínimo. A su modo de ver, los celos de la esposa que se encontrara en semejante situación tendrían su contrapeso en el orgullo natural por ese signo de la creciente prosperidad de la familia.

Por esa razón aquella noche, cuando Kin y su hija estaban acostadas y la primera abordó el tema, bajando la voz, como si la presencia de Tomo aún la obligara a ser comedida, y dirigiendo furtivas miradas al piso de arriba, se sorprendió al oír la respuesta que le daba su hija en un tono de tristeza.

—Qué lástima me da esa mujer, mamá. Dices que parece más distinguida desde la última vez que la vimos, pero yo diría que esa distinción se debe a los padecimientos. Nada más verla, en cuanto ha cruzado la puerta, me ha hecho estremecer.

—Las personas afortunadas también pasan por periodos difíciles —dijo Kin, como si fuese algo sin importancia—. Quisiera ayudarla a encontrar una muchacha de buen carácter. Al parecer, su marido le ha dicho que, si no pudiera encontrar una chica virgen, una geisha en ciernes podría servir, siempre que no estuviera echada a perder...

A la pequeña Etsuko, recién llegada de la residencia oficial de la prefectura, cuyas habitaciones eran tan silenciosas y frías como los aposentos de los monjes de un gran templo, le encantaba el primer piso de aquella casa tan alegre, con su amplia panorámica del río Sumida y los sonidos de chirriantes timones y chapaleo de olas que llegaban a los oídos a lo largo de toda la jornada. Cuando Yoshi estaba ocupada, la niña salía por la puerta trasera. Iba al muelle y contemplaba los suaves movimientos del agua que lamía los postes bajo sus pies, o escuchaba arrobada los gritos de ánimo de los remeros que impulsaban con brío sus embarcaciones cargadas. En una de tales ocasiones, Toshi asomó su pálido rostro entre los barrotes de la ventana.

—Tenga cuidado, no vaya a caerse, señorita —la previno.

Aquel día, como de costumbre, Kin había salido con Tomo.

—No te preocupes —respondió Etsuko, volviendo hacia la mujer su rostro sonriente. Era encantadora, de rasgos armoniosos, un rostro ovalado que parecía un tanto adulto para su edad y el pequeño moño atado con una cinta carmesí.

—Venga aquí, señorita, tengo una cosa para usted que le va a gustar.

—Ya voy —respondió la dócil Etsuko, y se acercó a la ventana.

La brisa agitaba las largas mangas a rayas rojas de su kimono. Bajo los barrotes de la ventana, enroscados a delgadas cañas de bambú, crecían cinco o seis dondiegos de día que Kan cuidaba con amor, haciéndolos prosperar en la estrecha franja de tierra. A Etsuko le pareció que el rostro de Toshi en la ventana y la costura extendida en su regazo no eran los mismos vistos desde el exterior que dentro de la casa. Toshi sacó un delgado brazo entre los barrotes e hizo oscilar ante los ojos de la niña el mono de seda roja que sostenía entre los dedos.

—¡Qué bonito es!

Etsuko asió los barrotes con ambas manos y contempló encantada el minúsculo mono pendiente de un cordel, su sonrisa era tan inocente que Toshi tuvo el convencimiento de que aquella niña no echaba en falta a su madre.

—¿Adónde ha ido su mamá? —le preguntó, moviendo el mono sujeto del cordel arriba y abajo.

—A un recado... —respondió Etsuko en voz clara.

—La echa de menos, ¿verdad, señorita?

—Sí —replicó ella, aunque los ojos le brillaban de animación al añadir—: pero tengo a Yoshi...

—Ah, claro, tiene la compañía de Yoshi-san —dijo Toshi, haciendo un gesto de asentimiento—. ¿Está su mamá muy atareada cuando se encuentra en casa?

—Sí —respondió Etsuko, con la misma voz clara de antes—. Viene gente a visitarnos...

—¡Qué ajeteo! ¿Y su papá está mucho tiempo fuera de casa?

—Sí, se pasa el día en la oficina de la prefectura. Y a menudo le invitan a cenar fuera o vienen a visitarle, así que con frecuencia no lo veo en todo el día.

—Comprendo... ¿Y cuántas sirvientas tienen?

—Tres. Yoshi, Seki y Kimi. También tenemos un caballerizo y un criado.

—Vaya, qué amplia es su honorable familia. No es de extrañar que su mamá esté tan ocupada.

Toshi interrumpió la costura y una sonrisa afloró a su rostro. Se veía en su mente como la mujer a quien Tomo encontraría durante su estancia y que se llevaría a casa consigo, e imaginaba los cambios que podría ella introducir en el entorno de Etsuko.

Más o menos al mismo tiempo en que Toshi y Etsuko hablaban entre ellas, Tomo y Kin sostenían una conversación con un *otokogeisha* (geisha masculino) llamado Zenkō Sakuragawa, en la posada fluvial Uzuki, que se encontraba en Yanagibashi, el distrito de las geishas.

Kin daba todo el protagonismo a Tomo y se mantenía estrictamente en segundo plano. Zenkō, un hombre atildado que, como había crecido en la familia de un servidor del shogun, sabía estar cómodo sin ser obsequioso, hablaba con Kin, que era

una vieja conocida, en un tono exento de la afectación que suele considerarse propia de su oficio.

—Mira, a juzgar por lo que acabo de oír, creo que va a ser bastante difícil. De todos modos, dentro de poco nos llegarán cuatro o cinco muchachas muy atractivas.

Daba vueltas a la delgada pipa *kiseru* de bambú con cazoleta y boquilla de plata, como si sus dedos no supieran muy bien qué hacer con ella. En su fuero interno se preguntaba con repugnancia de qué región del país procedería la clase de hombre que enviaba a su esposa legal en busca de una concubina. Una cosa así reafirmaba su desdén por los provincianos y, sin embargo, percibía en el porte de Tomo algo que parecía igualar al orgullo de la tradición que él todavía experimentaba, algo que no era ni altivo ni obsequioso, que no era en modo alguno nada fuera de lo corriente pero que evocaba una formalidad pasada de moda que uno no podía desdeñar ni hacer objeto de burla.

—Aunque una muchacha nos parezca bien, nunca podemos estar seguras de que responda al gusto de un caballero, ¿no es cierto, señora? —inquirió Kin, a quien le gustaba mucho la bebida, mirando a Tomo mientras devolvía a Zenkō la tacita que él le había llenado de sake.

—Por favor —protestó Zenkō—. Tampoco deben confiar demasiado en mi propio gusto. Piensen en las estudiantes de hoy, por ejemplo, con flequillo y parasoles de estilo extranjero. No puedo...

—Vamos, vamos, señor Hosoi, la señora no está buscando una chica para que sea la querida de un extranjero. En cualquier caso, estoy segura de que si buscara entre las geishas jovencitas, podría encontrar una muchacha con la belleza de un *ukiyo-e* de Eisen que a usted tanto le gusta.

—No, verá usted... yo siempre digo lo que pienso, y las jovencitas no quieren saber nada de mí.

Acababa de decir esto cuando se oyeron pisadas en la escalera que conducía al altillo, junto con una mezcla de voces que daban las buenas noches, y cuatro o cinco aprendizas de geisha, acompañadas por una geisha mayor, entraron en la sala.

—¿Nos hemos retrasado? —le preguntó a Zenkō la geisha mayor, y de inmediato se puso a afinar un samisén que le había entregado una sirvienta.

Se les había dicho que la esposa de un alto funcionario de provincias quería ver una bella danza de aprendizas de geisha, a modo de recuerdo que se llevaría de Tokyo, y las muchachas vestían las alegres prendas que normalmente no se habrían puesto para una cita en pleno día.

Una vez finalizada la melodía preliminar, las jóvenes geishas bailaron por turno en parejas. Las que no bailaban servían a Tomo y sus acompañantes, traían y se llevaban los cuencos de comida y les servían sake. A Tomo no le gustaba el sake, pero de vez en cuando se llevaba la tacita a los labios para tener las manos ocupadas mientras contemplaba a las bailarinas y las jóvenes geishas que, sentadas cerca de ella, conversaban con Zenkō y Kin.

Las muchachas debían de tener catorce o quince años. Dos de ellas formaban una pareja de asombrosa belleza, como una flor de ciruelo y otra de cerezo, pero mientras bailaban una de ellas reveló una mano delgada, desnutrida y de piel oscura, mientras que la otra tenía, a los lados de la afilada nariz, unas arrugas que se marcaban desagradablemente cuando reía y que le daban un aspecto de garza. Pensar que semejante muchacha pudiera ir creciendo hasta alcanzar la madurez en la familia era descorazonador, y por primera vez Tomo se sintió casi agradecida de que su marido le hubiera confiado la elección.

Después de que las jóvenes geishas se hubieran ido, Tomo le dijo a Kin lo que había experimentado al verlas.

—Vaya, qué buen ojo tiene la señora —intervino Zenkō antes de que Kin hubiera podido replicar Kin, que durante los últimos días había ayudado a Tomo a evaluar a toda clase de muchachas, en ocasiones se había sentido más alarmada que impresionada por la sensibilidad y la agudeza del juicio de Tomo. Le sorprendía descubrir que una mujer que en la vida corriente nunca criticaba al prójimo ni mostraba demasiado interés por los demás, cuando la ocasión lo requería, hiciera una evaluación tan minuciosa de otras mujeres.

Lo mismo sucedió con la muchacha presentada por Oshige, de la mercería. De hablar sosegado y facciones regulares y agradables, era la clase de chica por la que Kin se habría decidido en el acto, pero Tomo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Dijeron que tenía dieciséis años —explicó con aparente reticencia—, pero tenía dieciocho por lo menos. Por otro lado, no creo que sea virgen.

A Kin le costaba creer tal cosa, pero al indagar más descubrió que la muchacha se había relacionado con un artesano que era el marido de su hermana mayor.

—¿Cómo ha podido saberlo? —preguntó la asombrada Kin a Tomo, y ésta bajó los ojos como si le avergonzara su propio acierto.

—No siempre he sido así —respondió Tomo, y el suspiro que exhaló tal vez expresara su desaprobación de la mujer en que se había convertido.

Parecía ser que, al haber sido testigo de las numerosas infidelidades de Shirakawa, había adquirido la capacidad de discernir el verdadero yo de otra mujer. Kin no solía interesarse gran cosa por las preocupaciones y las congojas del prójimo, pero gradualmente, mientras acompañaba a Tomo en su búsqueda de una concubina, parecía adivinar la naturaleza de aquella «veteranía adquirida a través de las experiencias amargas» a la que se había referido su hija Toshi.

Por la noche, Tomo estaba sentada junto al escritorio, examinando una serie de fotografías de mujeres hermosas, cuando Etsuko entró en silencio y echó un vistazo.

—¡Qué mujeres tan guapas! ¿Quiénes son, madre? —le preguntó, el paño rojo del cabello ladeado, la expresión inquisitiva.

En lugar de responder, Tomo le dio a la muchacha varias de las fotografías.

—Dime, Etsuko, ¿cuál te gusta más? —le preguntó.

—Veamos... —dijo Etsuko, y dispuso las fotos que sujetaba en forma de abanico —. Ésta —dijo con entusiasmo infantil, y señaló la fotografía del centro.

Era el retrato de medio cuerpo, contra un fondo blanco, de una joven de catorce o quince años con peinado *momoware*, el cabello recogido en sendos moños en forma de melocotón a derecha e izquierda de la cabeza, las manos entrelazadas con firmeza. La frente, con el nacimiento del pelo en forma de monte Fuji, y los bellos ojos de tamaño asombroso, cual perlas negras medio veladas, habían cautivado el corazón infantil de Etsuko.

—Vaya... también a ti te gusta ésta —dijo Tomo, como si le sorprendiera, y tomó la fotografía para mirarla de nuevo.

—Dime, madre. ¿Quién es?

—No importa, pronto lo sabrás —respondió serenamente Tomo mientras recogía las fotografías.

Zenkō, el geisha varón de Yanagibashi, había enviado la fotografía unos días antes.

A Tomo no le resultaba nada fácil seleccionar a una de aquellas chicas. Ya llevaba más de un mes en casa de Kin y aún no había encontrado una de la que mereciera la pena informar a Shirakawa. Varias veces había escrito a su marido con su insegura caligrafía, diciéndole que tardaba tanto en volver porque de ningún modo estaba dispuesta a traerle una muchacha que no le gustara, y en cada ocasión Shirakawa le había respondido que no se apresurase y que realizara su elección con el mayor cuidado. Pero cuando pasó la estación de las lluvias, el cielo era límpido y la época vacacional del Bon, el festival de los difuntos, se acercaba, Tomo empezó a sentirse apremiada. Que no sólo su marido sino también la mansión familiar continuaran padeciendo la ausencia de la señora de la casa era un duro cargo de conciencia.

Fue entonces cuando le llegó una nueva proposición de Zenkō. Según le había dicho a Kin, esta vez la señora Shirakawa iba a estar del todo satisfecha.

La muchacha, cuyo padre era propietario de una tienda de láminas de bambú utilizadas como envoltorio, se llamaba Suga, tenía quince años de edad y dominaba el estilo de danza Nishikawa, que había empezado a estudiar de pequeña. Era una muchacha hermosa y, desde su infancia, en los distintos actos organizados por la escuela de danza, se había hecho popular por sus dotes. Tanto su madre como su hermano mayor, ahora el cabeza de familia, eran personas de buena reputación, pero en los últimos años un empleado deshonesto había trabajado en la tienda, a consecuencia de lo cual la familia estaba atravesando una época muy difícil, hasta tal punto que se encontraban en la disyuntiva de o bien deshacerse de la tienda, o bien vender a la muchacha a una casa de geishas. La madre no había pensado en la posibilidad de que fuera concubina de un hombre rico, pero la profesora de danza, que era amiga de Zenkō, se había enterado de la búsqueda emprendida por Shirakawa y decidió plantearse, pues creía que el futuro de la muchacha estaría mejor

asegurado si se integraba en una familia tan distinguida que si la dejaban a la deriva en el incierto mundo de las geishas.

—Es una chica discreta —había dicho la profesora de danza Nishikawa—. Y, además, la blancura de su piel es excepcional para una muchacha de Tokyo. Cuando va al baño público, los niños se le acercan para mirarla.

Al cabo de unos días, las alumnas de la escuela iban a hacer una representación en la que la muchacha llamada Suga danzaría *Flor de ciruelo en primavera*, por lo que Tomo y Kin, precedidas por Zenkō, se dirigieron al domicilio de la profesora. Con la excusa de asistir a la representación, iban a efectuar un examen encubierto de la muchacha. La casa de la profesora estaba enclavada en un estrecho callejón entre las casas de los mercaderes al por mayor de Kokuchō. La fachada era estrecha, pero en el piso superior había un escenario, y cuando Tomo y los demás entraron, una chiquilla ya estaba danzando una pieza llamada *Gorō*, acompañada al samisén por la profesora.

Al ver a Zenkō, la profesora, sin dejar de tocar el instrumento, hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible y sonrió levemente. El oscuro orificio de la boca, con los dientes teñidos de negro, según la costumbre tradicional de las mujeres casadas, resaltaba todavía más la sensualidad de sus ojos.

Habían calculado el tiempo aproximado de su llegada a fin de que Suga estuviera presente, y los tres contemplaron con fingido desinterés a las muchachas que danzaban en el escenario de la pequeña sala. Todas vestían kimonos veraniegos de algodón, la mayoría con el *obi* rojo, pero una de ellas, sentada en el extremo y totalmente absorta en la danza, destacaba tanto por su belleza que no podía ser otra que Suga. Permanecía inmóvil y modosa, sin que el calor pareciera afectarla apenas, mientras que las demás jóvenes a su alrededor agitaban briosamente los abanicos.

Estaba muy desarrollada para ser tan sólo quinceañera, pero sus rasgos eran sin duda los de la fotografía. La suave y blanca textura de la piel, como la del papel hecho a mano y el cabello, azulado de tan negro, que enmarcaba el pálido rostro y cuya abundancia era casi opresiva, resaltaban todavía más las cejas y los ojos, dotándolos de una belleza espectacular, como si la hubieran maquillado para el escenario.

Mientras miraba a Suga, Tomo se sentía casi consternada. La muchacha era bella, pero nada más. Su expresión no evidenciaba en modo alguno profundidad espiritual, pero era innegable que causaba una impresión de pureza. Cuando se dirigía a su compañera, hablaba en voz baja, le decía algo con la cabeza gacha y entonces escuchaba la respuesta con los ojos muy abiertos, de un modo natural y carente por completo de afectación.

Al finalizar la pieza *Gorō*, la profesora tendió el samisén a su ayudante.

—Te toca a ti, Suga —le dijo a la muchacha, y entonces se levantó y fue a sentarse con Tomo y los demás presentes.

La muchacha que se levantó y, alzándose el borde del kimono con ambas manos,

se encaminó al escenario, el torso recatadamente encorvado al avanzar, era en efecto la chica que la mirada de Tomo había seleccionado.

—Es ella —dijo con desenvoltura la profesora a Tomo y Kin, al tiempo que las primeras notas del samisen rompían el silencio—. Una chica de carácter muy dócil. Estoy segura de que no tendrá ninguna dificultad para adiestrarla.

Mientras miraban la ejecución de la danza, la profesora se dirigía a ellas de vez en cuando para exponer tal o cual detalle de los antecedentes de Suga. Ésta, a pesar de su hermosura, era de naturaleza tan reservada que, por muy rápidamente que aprendiera, su estilo carecía de vivacidad. No tenía gusto para exhibir su destreza ante la gente, había adquirido las habilidades femeninas sobre todo para complacer a sus padres y afirmaba que una muchacha tan apacible jamás se abriría camino en una profesión tan agitada como lo era la de geisha. Se sentía desplazada en la bulliciosa ciudad, y estaba segura de que estaría mucho mejor en algún lugar tranquilo con un vasto panorama de arrozales y riachuelos. La profesora comentó que Suga tenía una madre abnegada. Cuando ella le habló de Shirakawa y le informó de que la muchacha tendría que trasladarse a Fukushima, la mera idea de que su hija fuese a un lugar tan lejano hizo que la mujer se echara a llorar. Entonces dijo que si Suga les gustaba y decidían quedársela, debía conocer a la esposa y conversar a fondo con ella, puesto que el futuro de su hija dependía en gran medida de la actitud de la esposa ante aquella situación.

Gran parte de esta conversación tuvo lugar entre Zenkō y Kin. Tomo concentraba su atención en la danza, pero oyó lo suficiente para convencerse todavía más del profundo cariño de la madre hacia Suga. Era improbable que el mundo hubiera echado a perder a la hija de semejante madre, y, si la llevaba consigo a Fukushima, sin duda obedecería con presteza las órdenes de Tomo.

Aunque Tomo no podía juzgar tales cosas, incluso al danzar los movimientos de los ojos y los miembros tenían una vaga contención que les restaba brillantez a pesar de su destreza. Pero tampoco este detalle desagradó a Tomo. Casi sin percatarse de ello, se había vuelto reacia a la posibilidad de que una mujer de carácter bien definido y fuerte se integrase en su familia. En cambio, una muchacha cuyos rasgos tuvieran todo el frescor de la juventud pero cuya personalidad fuese sumisa y tímida era casi el tipo ideal de la «segunda mujer» de la casa.

Salieron de la callejuela y emprendieron el regreso a casa.

—Parece que esta muchacha será adecuada, ¿no es cierto? —dijo Zenkō. Cuando hablaba con Tomo, no podía mantener su postura de intermediario en transacciones sexuales. No es que tratara de parecer noble, sino que le salía con naturalidad la manera de hablar del hijo segundón de una familia samurái. Tomo, por su parte, se sentía más cómoda dirigiéndose a él por su apellido, Hosoisán. Sin esperar respuesta, Zenkō añadió—: No tiene condiciones de geisha. Las muchachas tan ensimismadas no gozan de popularidad.

—¿Lo cree de veras? —inquirió Kin, dubitativa—. Con lo hermosa que es...

—El aspecto físico no basta, pero recuerde que es la clase de mujer que dentro de diez años se habrá desarrollado de maravilla. Eso es lo único que debe tener en cuenta.

—Sí, puede que tenga usted razón.

Tomo sintió un escalofrío en la piel, como si la hubiera tocado la hoja desnuda de una espada. Había experimentado la misma sensación en varias ocasiones mientras contemplaba la danza de Suga.

Al mirar a la inocente muchacha que, pese a sus gestos provocativos, las inclinaciones de la cabeza y los movimientos elusivos con los que representaba en el escenario las relaciones amorosas de hombres y mujeres, todavía era casi una niña, Tomo se preguntaba de qué modo podría formar a la inmadura chiquilla, cómo podría transformarla, una vez estuviera en casa y la hubiera puesto en las expertas manos de su marido. Sin querer, cerró los ojos y retuvo el aliento, pero, al imaginar a Shirakawa y Suga abrazados, sintió que la sangre se agolpaba en su cabeza y abrió de nuevo los ojos como para ahuyentar la pesadilla. Lamentaba el triste destino de la muchacha que evolucionaba ante ella como una gran mariposa, y los celos eran como un veloz arroyo de agua hirviente que fluyera a su alrededor.

Hasta entonces, durante la búsqueda infructuosa de la joven apropiada, no había sentido nada, pero de repente le embargaba un anhelo que era como el apetito que sucede a la terminación de un ayuno. El dolor de tener que ofrecer públicamente su marido a otra mujer le roía las entrañas. A su modo de ver, un marido que de una manera tan despreocupada causaba a su esposa semejante sufrimiento tenía una insensibilidad demoníaca, pero, puesto que servir a su marido era el credo en torno al que giraba su vida, rebelarse contra los agravios infligidos por aquel hombre supondría su propia destrucción. Por otro lado, su amor era incluso más fuerte que ese credo. Le atormentaba por el amor que ella le profesaba sin ser correspondida, como un luchador de sumo que peleara sin contrincante, pero aun así la posibilidad de abandonarle no se le pasaba por la cabeza. Era cierto que la fortuna y las propiedades de Shirakawa, su hija Etsuko y su hijo Michimasa, que ahora vivía con unos parientes en su pueblo natal, eran vínculos que la retenían, pero todavía más vivo era el anhelo, al margen del sacrificio que representara, de que su marido comprendiera de veras sus deseos y sus emociones más profundos. Nadie excepto Shirakawa podría colmar ese anhelo.

Al pensar en otra mujer, aquella muchacha llamada Suga, interponiéndose entre ella y su marido, a Tomo le pareció que el hombre con el que nunca había podido establecer una relación profunda se alejaba todavía más de ella.

Le envió la fotografía de Suga, y la noche del día en que recibió la aprobación de su marido, Tomo soñó que lo asesinaba y el sonido de su propio grito le hizo despertarse aterrada.

Incluso una vez despierta, la fuerza con que había tratado de estrangularlo se

evidenciaba en sus puños apretados. Se irguió en el futón, horrorizada de sí misma, y permaneció un rato inmóvil, rodeándose con los brazos.

Etsuko yacía de lado en el futón contiguo, y la tenue luz del farolillo con el pabilo casi gastado junto a la almohada resaltaba su pálido perfil. Tomo se conmovió ante la inocencia del rostro dormido que formaba un contraste tan acusado con su expresión relativamente adulta cuando estaba despierta. Tanto evitaba Tomo los riesgos de mimarla, que Etsuko tendía a buscar afecto en otras personas y sentía más apego hacia las sirvientas y los conocidos afables que la rodeaban que hacia su madre. Poco podría imaginar la muchacha que ahora Tomo, despierta en la madrugada, empapada en sudor, la miraba a través de las lágrimas como si fuese un manantial solitario en un ardiente desierto.

El día que Suga y su madre visitaron la casa de los Kusumi para conocerlas, Etsuko, a quien su madre y Kin habían informado de que Suga iría con ellas a Fukushima, pareció cautivada, a su manera infantil, por la belleza de Suga.

—¡Qué guapa es! —exclamó—. Es la chica de la foto, ¿verdad? ¿Qué hará en casa?

—Ayudará a tu padre —respondió Tomo, y desvió un instante los ojos.

—¿Cómo lo hace Seki?

—Sí, claro, más o menos.

Etsuko notó que, si seguía preguntando, iba a ganarse una reprimenda, y guardó silencio. Yoshi, a quien Tomo había pedido con firmeza que callara, no le dijo nada acerca de Suga.

Por complicados que fuesen sus sentimientos, Tomo tenía la obligación de ocultarlos mientras hablaba con la madre de Suga. Era evidente que la madre, menuda, de nariz respingona y cara redonda, todo lo contrario de Tomo, tenía un profundo sentimiento de culpa hacia su hija por dejar que se la llevaran a cambio de dinero, y habló con Tomo como si ésta fuese su única esperanza, entrando en detalles acerca de Suga, de quien dijo que era físicamente débil, y hasta llegó a informarla de que en realidad «todavía no era una mujer».

—Pero ahora me siento muy aliviada —le dijo a Kin—, al ver que su señora es amable y buena persona. Me ha dicho que, incluso si el señor se indispusiera con Suga en el futuro, ella velaría por su bienestar.

Al constatar la ingenua confianza de la madre de Suga, que le decía todo esto a Kin sin que su presencia le cohibiera, Tomo se propuso firmemente no permitir que la muchacha sufriera daño alguno. Sería responsable de todo, incluso de la futura seguridad de la mujer que probablemente le arrebatara el amor de su marido. En ocasiones la ironía de su destino le hacía sonreír. Entonces se liberaba de las ligaduras que la ataban y, aunque fuese por un breve momento, podía contemplar a Suga como si mirase a su marido y a Etsuko.

Una mañana, dos o tres días después de las festividades del *Bon*, el grupo de Tomo, al que ahora se había unido Suga, partió de la mansión de Kusumi en cuatro

jinrikisha.

Suga, que vestía un kimono malva vetado de fina seda con el *obi* de fuerte seda de Hakata, recorrió la primera parte del camino en el mismo vehículo con Etsuko, que era reacia a separarse de ella.

—La joven señora también le ha cobrado afecto —comentó Kin, cuando regresó con su hija a la sala de estar tras haber despedido al *jinrikisha* con sus dos ocupantes, tan parecidas a dos flores de vivos colores, una grande y otra pequeña—. Eso es un gran alivio.

Se quitó la cinta que sujetaba las anchas mangas del kimono a la espalda y miró a su hija mientras la doblaba. Toshi se acercó renqueando al mirador.

—Ese señor Shirakawa es un hombre perverso, ¿verdad? —le dijo a su madre—. Lo he sentido tanto por las tres, la señora, su hija y Suga, que me he echado a llorar.

Se tocó los ojos para enjugar las lágrimas y se puso el bastidor de bordado entre las rodillas.

Las uvas verdes

Kamisuya había sido en el pasado el prestigioso hostel donde se alojaban los señores feudales que visitaban la ciudad. Hoy seguía siendo el mejor establecimiento de Utsunomiya, utilizado por todos los visitantes importantes. Aquel día dos clientes estaban sentados en la pasarela ante una habitación del primer piso, con un tablero de *go* entre ellos. Habían enrollado las persianas de paja verde para que penetrara la fresca brisa. Sobre el cojín más lujoso se acomodaba Yukitomo Shirakawa, secretario jefe de la administración prefectural de la vecina prefectura de Fukushima. Su compañero era un funcionario de bajo rango llamado Ono que le acompañaba en su viaje. Shirakawa era el brazo derecho de Michiaki Kawashima, uno de los impulsores del gobierno actual y un hombre tan temido en su propia prefectura que bastaba mencionar al «gobernador diabólico» para acallar el llanto de un niño. También encabezaba la campaña del Gobierno para erradicar el movimiento por los derechos civiles que se hacía notar considerablemente en los últimos tiempos.

Shirakawa era delgado, tanto que su kimono veraniego de lino con la estrecha franja azul claro visible bajo el cuello largo y esbelto se hinchaba como una vela y producía una sensación de frescura. Tenía la cara ovalada y la nariz prominente, y los ojos, aunque en general velados por una expresión apacible, de vez en cuando brillaban con una luz que revelaba una personalidad un tanto monomaniaca. Sin

embargo, a primera vista no era más que un caballero de edad mediana y aspecto pulcro y sin pretensiones que parecía contradecir su posición como subordinado principal del «gobernador diabólico».

—Se retrasan, ¿verdad? —dijo Ono mientras recogía las piedras negras que había usado en la partida recién terminada.

Shirakawa dio una calada a su pipa de plata y se sacó con parsimonia el reloj de oro que guardaba bajo la faja.

—Son casi las cinco —anunció, medio para sí mismo—. Supongo que no tardarán en llegar. El mayordomo ha ido a reunirse con ellas en las afueras de la ciudad, por lo que no pueden perderse.

Fingía serenidad, pero que no propusiera a su acompañante otra partida evidenciaba la expectación con que esperaba. Ono desplazó a un lado el tablero de *go* y examinó la parte del tatami donde había estado para asegurarse de que no había rastro de polvo, pues sabía lo meticuloso que era Shirakawa con la limpieza.

Shirakawa había llegado a la ciudad el día anterior pretextando la necesidad de visitar la administración prefectural de Tochigi, pero en realidad había ido a esperar a la esposa y la hija a las que envió a Tokyo más de tres meses atrás. El mayordomo de los Shirakawa, que les acompañaba, ya había informado a Ono de que algo más que el deseo de reunirse con la hija y la esposa que tanto tiempo llevaba a su lado era lo que había motivado su viaje a Utsunomiya.

—Dicen que es una espléndida belleza —le había dicho el mayordomo—. Desde luego, el señor es raro... mira que enviar a su esposa a Tokyo para que se la eligiera... —parecía escandalizado.

Ono ya había oído hablar en ocasiones de las costumbres de Shirakawa, conocía la observación que hiciera el gobernador, de que si Shirakawa seguía comportándose como lo hacía, sería mejor para su familia que tuviera una o dos concubinas en casa, y sabía que iba a ser el patrono de una geisha en Fukushima; pero era un hombre tan convencional como el mayordomo, y la idea de que una esposa viajase a Tokyo y empleara su propio juicio en la elección de una concubina para llevarla a casa le dejaba atónito. En primer lugar, se preguntaba cómo era posible que una mujer respetable como la esposa de Shirakawa hubiera emprendido la búsqueda de una mujer apropiada para ser concubina en una ciudad tan grande como Tokyo. ¿Acaso una mujer casada con un hombre de gran ambición mundana desarrollaba a su vez unas capacidades que superaban la imaginación de los hombres como él?

De repente se oyeron los sonidos de *jinrikisha* que se detenían ante la entrada del hostel, seguidos por un confuso murmullo de voces masculinas y femeninas que saludaban a los clientes recién llegados y el ruido de pisadas apresuradas en los corredores.

—Creo que ya están aquí —dijo Ono, y se apresuró a levantarse y correr hacia la escalera.

Alrededor de una hora después, Tomo, la esposa de Shirakawa, hizo entrar a una muchacha lozana y de aspecto natural, con el cabello recogido en un moño detrás de la cabeza.

—Esta es Suga, y ha venido conmigo para entrar al servicio de la familia —le dijo a su marido.

Con anterioridad, Tomo y Etsuko habían saludado brevemente a Shirakawa mientras Suga esperaba en la planta baja, y entonces Tomo había dicho a la joven que fuese a bañarse con Etsuko. A su regreso, la sentó ante el espejo para peinarla y hacerle el moño. Después del baño, el cabello de Suga relucía como laca negra, y era espeso y difícil de peinar, pero a Tomo le asombró de nuevo la deslumbrante blancura del rostro sin maquillar y enmarcado por los negros y satinados mechones. Puesto que se había valido de su propio criterio para elegir a la joven y había dado a su madre una considerable suma a cambio de ella, ahora debía convencer a su marido, agudo discernidor de la belleza femenina, de que había hecho un estupendo hallazgo que no debía desaprovechar, y se esforzaba por hacer a la bella Suga todavía más hermosa, mientras, extrañada por los sentimientos encontrados que experimentaba, veía a Etsuko, que retozaba inocentemente a su alrededor, mirando la imagen de Suga reflejada en el espejo como si fuese una gran muñeca y decía: «Me gustan los adornos del pelo. Qué bonitos son».

—Soy muy inexperta, señor, pero espero serle de utilidad.

Los hombros del kimono de seda malva con los pliegues juveniles parecieron encogerse cuando Suga, arrodillada y tocando el suelo con la frente, pronunció titubeante el saludo en la forma exacta que le había enseñado su madre en Tokyo. Era una adolescente de quince años sacrificada por el bienestar de su familia, y lo único que le habían dicho era que entraría al servicio de la familia Shirakawa de Fukushima y que sería para siempre. Tenía que atender al señor como su servidora, pero nada le habían dicho sobre la naturaleza del servicio. Sólo una cosa temía por encima de todo: que la reprendieran, y estaba decidida a cumplir con las estrictas instrucciones de su madre, quien le había ordenado que cuidara bien del señor y bajo ninguna circunstancia desoyera sus deseos. Por suerte, se había hecho amiga de Etsuko, la hija de nueve años, durante sus dos o tres días de estancia en Tokyo, y le aliviaba observar que también la señora era una mujer afable, pese a la formalidad característica de los provincianos. Sólo quedaba la persona más importante de todas, el señor, que debía de imponer un enorme respeto, puesto que, al parecer, era mucho mayor que su esposa y, como secretario jefe o algún otro cargo de gran responsabilidad en la prefectura, en ocasiones sustituía al mismo gobernador. ¿Qué haría ella si la regañara en voz alta? En Tokyo por lo menos habría podido regresar a su casa, pero la idea de que pudiera sucederle tal cosa en Fukushima, a tantas leguas de distancia, le hacía sentirse profundamente desdichada.

—Así que te llamas Suga, ¿eh? Un buen nombre. ¿Qué edad tienes?

—Quince años, señor.

La muchacha respondió con diligencia, y entonces se le tensaron las facciones, como si pudiera echarse a llorar de un momento a otro. Su cara a la luz amarillenta de la lámpara, con las líneas rectas de unas cejas de espesor fuera de lo corriente un poco contraídas y los bien dibujados párpados de los grandes ojos muy abiertos, como sorprendidos, estaba vívidamente definida, como la de una actriz en el escenario. A Shirakawa le recordó la extraordinaria belleza del rostro de una famosa cortesana llamada Imamurasaki, a la que viera mucho tiempo atrás, en la época de la floración de los cerezos, desfilando con su séquito por Yoshiwara.

—Este lugar en el campo debe de parecerle solitario tras haber vivido en una ciudad tan animada como Tokyo, ¿no es cierto?

—No, señor.

—¿Te gusta el teatro?

—Sí, señor —respondió ella, y se puso tensa, pues dudaba de que ésa fuese la respuesta correcta.

—Ja, ja, ja. Lo mismo que Tomo. Aquí, en Fukushima, tenemos un teatro. Creo que ahora un actor de Osaka llamado Tokizō está actuando, de modo que te llevaré en cuanto hayamos regresado.

Aunque el señor hacía gala de buen humor, a Suga le parecía que cada una de sus suaves palabras ocultaba una amenaza.

—Bueno, ve a acostarte y que descanses bien.

Después de que él la despidiera así y saliese de la habitación con Etsuko pisándole los talones, la rigidez de Suga desapareció y recobró la serenidad.

—La chica tiene un carácter bastante retraído... —le comentó la dubitativa Tomo a su marido, echando un vistazo al semblante de éste mientras veían alejarse a Suga.

Bajo los párpados caídos, los ojos de Shirakawa tenían un brillo como de luz en unas aguas oscuras y agitadas. Era su expresión habitual cuando se sentía atraído por una mujer deseable. Una y otra vez las experiencias inmensamente jubilosas que tuvo Tomo de joven se habían agriado al verse obligada a presenciar, horrorizada e impotente, como si los gusanos devorasen su carne y su sangre, la manera en que los ojos de su marido se posaban de aquella manera en otra mujer.

—Parece una muchacha dulce, ¿no es cierto? Una chica así sin duda será una buena compañera de Etsuko.

Su tono era impersonal, pero su mirada había seguido atentamente los movimientos inocentes e infantiles de las caderas de Suga mientras, sujetándose las largas mangas, se ponía bruscamente en pie y abandonaba la estancia. El movimiento, como el de un chico ajeno a la sexualidad femenina, era el mismo que el de Tomo cuando tenía catorce años y la madre de Shirakawa la invitó a visitar su casa en el campo. A él le había excitado todavía más el descubrimiento de que el rostro, los hombros y los pechos de Suga eran redondeados, anchos y femeninos. Le había

pedido en especial a su esposa que le buscara una joven lo más natural e ingenua posible, la clase de chica que también sería útil como doncella de Tomo, pero ahora casi se avergonzaba de que ella hubiera respetado sus deseos con tal rigor, emprendiendo una búsqueda tan diligente para encontrar a aquel capullo cuyos pétalos estaban incluso más plegados de lo que él se habría atrevido a esperar.

—¿Dices que sus padres tienen una tienda de envoltorios de bambú?

—Sí, en Kokuchō. El negocio les iba muy bien, pero parece ser que tuvieron un empleado deshonesto y fueron de mal en peor. He conocido a la madre y me ha parecido una mujer de lo más agradable y franca.

En aquel momento Tomo pensó que debería hablar con Shirakawa sobre la enorme suma de dinero que le había dado para costear la búsqueda. Quinientos yenes se habían ido en el pago a la familia de Suga y en comprarle ropa nueva. Antes de que encontrara a la muchacha, también había invertido dinero en la contratación de aprendizas de geisha y en entrevistar, por medio de intermediarios, a varias jóvenes que no eran profesionales o lo eran sólo a medias. Pero aun sumando todos esos gastos, seguía teniendo en su poder más de la mitad de la suma que su esposo le diera, y se había propuesto devolvérsela a Shirakawa en cuanto llegara al hostal. Ahora intentó una vez más abordar el tema, pero por alguna razón le costaba articular las palabras y no dijo nada. Sintió un calor en las mejillas que era el preludio de un acceso de pánico, pero Shirakawa, que no parecía reparar en nada, batió palmas para que Ono se presentara.

—Bueno, Ono, vamos a terminar la partida que hemos empezado. Mañana por la mañana tenemos que madrugar, así que Tomo debería acostarse temprano en la planta baja.

Tomo se puso en pie, mirando de soslayo al menudo Ono, que llevaba el tablero de *go* al centro de la estancia. A sus treinta años, el hecho de que su marido, cuyos ojos tenían aquella noche un brillo que le daba un nuevo atractivo, no mostrara ningún interés por cohabitar con ella la atormentaba tanto física como espiritualmente, sobre todo tras una separación de tres meses. No podría decir si lo que bullía en su interior era amor u odio, pero la serena determinación de no abandonar el crisol de la duda daba a sus facciones el aspecto sosegado de una máscara de teatro *Noh* mientras se desplazaba sin apresurarse por el corredor.

Suga se había criado en la populosa Tokyo, y para ella las calles de Fukushima estaban medio desiertas. Incluso los estantes de las tiendas en las calles principales le parecían semivacíos y nada atractivos. La residencia oficial de Shirakawa se encontraba en la zona de Yanagi Koji, a un cuarto de legua de la sede del gobierno prefectural. Había sido la residencia de un samurái y tenía un largo portal con tejado, y sus galerías, altas como las de un templo, bordeaban unas habitaciones amplias, cada una de diez o doce esteras de tatami. En el jardín trasero, más allá de las puertas correderas que daban acceso a las habitaciones del fondo, había una huerta con

palosantos, manzanos y perales y, junto a una parcela de verduras, crecía un verde parral.

La primera sorpresa que aguardaba a Tomo al regresar a su residencia era una nueva ala añadida a la casa, tres habitaciones con aroma a madera de cedro fresca, totalmente rodeadas por una galería, que se alzaba en un lugar soleado, de cara al sur, ante las parras de la huerta. Las habitaciones enlazaban con el edificio principal de la casa mediante un pasillo cubierto.

—Los carpinteros vinieron no mucho después de su partida —le dijo Seki, la sirvienta, con el semblante alterado. La misma Seki había informado a Tomo de una manera indirecta de que su relación con Shirakawa había sido algo más que la existente entre una sirvienta y el señor de la casa.

Tomo entró en la nueva ala del edificio y se asombró al ver el espejo de cuerpo entero con marco de morera y una funda de crepé carmesí y la cómoda, que destacaban aparatosamente en el vestidor de seis tatamis.

—Los futones también son nuevos —dijo Seki con una expresión de profunda incomodidad mientras abría el armario para que Tomo los viera.

Dentro del armario había dos futones nuevos, de seda amarilla a cuadros, uno en el compartimiento superior y el otro en el inferior, envueltos en un paño de seda teñida con un dibujo de plantas entrelazadas que se extendían agradablemente por el cobertor de seda estampada.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Etsuko, que les había seguido al interior, ladeando al hablar la cara ovalada y de piel clara tan parecida a la de Shirakawa.

—Tu padre la ha hecho construir para leer en ella sus documentos oficiales. Anda, vete de aquí —añadió en tono firme, como si la expulsara.

No debía permitir que el agravio sin límites de que era objeto amenazara también a su hija. Sin embargo, para Etsuko esta postura desesperada sólo hacía que su madre le pareciera más intimidante. Prefería mucho más estar con una joven guapa como Suga, que parecía emitir una agradable fragancia cuando te acercabas a ella, y echó a correr alegremente por el pasillo.

—¿Preparo aquí la cama del señor a partir de esta noche? —preguntó Saki, y sus ojos, al mirar a Tomo, parecieron perforarla.

—Sí, hazlo.

—¿Y la señorita Suga en la habitación contigua?

—Dejaremos que Suga se prepare ella misma la cama.

Aunque el porte de Tomo era mesurado y afable, al pensar que en el pecho de Seki ardía el mismo fuego abrasador que en el suyo, desvió la mirada al jardín.

Vio a Suga y Etsuko en pie frente a frente bajo las hojas dentadas de la parra en la huerta. Suga vestía un yukata de algodón con un diseño blanco sobre fondo azul oscuro y, probablemente a petición de Etsuko, había extendido una mano por encima de la cabeza y tocaba ligeramente un racimo de uvas verdes. La luz del sol que se

filtraba a través de las hojas jaspeaba de verde su cutis claro.

—¿Puedes comerlas así de verdes?

—Son muy buenas. Ésta es una clase de uva que crece en los países occidentales.

La voz de Etsuko era fresca y nítida. Suga arrancó el racimo y se llevó a la boca una uva que era como una gran gema verde.

—¿Verdad que es dulce? El laboratorio agrícola que está al lado nos dio la parra.

—¡Tienes razón! Nunca había comido una uva tan dulce como ésta.

Intercambiando sonrisas, las dos muchachas arrancaron los granos y se los fueron llevando a la boca de color rojo como el coral. En esa escena del jardín Suga aún no era más que una inocente compañera de juegos de Etsuko, mientras que en el interior de la casa era tan modosa y adulta. Sin embargo, mientras Tomo observaba los ojos inocentes de la muchacha, sus rasgos infantiles, su sonrisa, como si se sintiera liberada, y los movimientos relajados de sus miembros, la imagen del futón amarillo en el armario de la estancia a sus espaldas le atenazaba la mente y no se disipaba.

Aquello era un crimen. Estaban entregando una chiquilla todavía en edad de jugar con muñecas a un hombre veinticuatro años mayor que ella y que ya había conocido toda clase de disipaciones. Los padres de la chica habían posibilitado aquella aberración. Aunque no la habían entregado con la intención de que fuese la querida de un hombre, jamás habrían conseguido suficiente dinero para el mantenimiento de la familia sin vender su joven persona. Su belleza física era tan deslumbrante que sus impolutos encantos habrían sido mancillados más tarde o más temprano, allí o en cualquier otro lugar. De todos modos, así como la garganta se rebela ante la idea de engullir la carne de un ave a la que han matado ante tus propios ojos, Tomo experimentaba una vaga sensación de culpabilidad, compartida con su marido, por haber comprado a Suga. ¿Por qué debía ella contribuir a aquella crueldad que no era mucho mejor que el tráfico de esclavos?

Mientras contemplaba a Suga, bajo cuya fresca piel había una luz interior que era como nieve recién caída y cuyos ojos húmedos, aunque siempre muy abiertos, tenían una equívoca expresión afligida, Tomo era presa de dos emociones espontáneas y conflictivas: una ilimitada conmiseración, como la que se experimenta por una hermosa bestia a la que están a punto de matar, y aborrecimiento al pensar que finalmente aquella muchacha inocente podría convertirse en un ser monstruoso que devoraría a su marido y tomaría posesión de la casa sin que nadie pudiera evitarlo.

Un día después de que hubieran regresado de Fukushima, un hombre de la firma Marui, proveedores de tela de kimono para la familia, se presentó en la sala de estar, y a partir de entonces lo hizo casi a diario, trayendo consigo grandes rollos de tela. Solía llegar después de que Shirakawa regresara de su trabajo en la oficina de la prefectura, a fin de que el señor pudiera examinar los paños de diversos colores diseminados por la amplia estancia y elegir por sí mismo. También compró telas para Tomo y Etsuko, pero, por supuesto, su verdadero propósito era el de equipar

debidamente a Suga.

Como si adquiriese el ajuar para una novia, compró toda clase de prendas que ella podría necesitar, desde kimonos negros formales con el emblema de la familia y un diseño de color sólo alrededor del borde de la falda hasta *obis* de satén estampado, sedas finas como la gasa, lino, crepé rayado de Akashi e incluso largas prendas interiores rojas.

La muchacha constataba que era una recién llegada, todavía no prestaba ningún servicio, y, sin embargo, la trataban como si fuese una invitada. Que le hicieran ropa nueva, más que satisfacerla, le causaba perplejidad. Pero cuando se probaba las prendas, el brillo de los ojos de Shirakawa, como una luz que se moviera en aguas oscuras, era más intenso. Sus delgadas mejillas adquirirían una tonalidad rosada, lo mismo que cuando se enfadaba.

—Ponte esta tela malva sobre los hombros, Suga —le pidió, los ojos iluminados de aquella manera en absoluto natural—, y quédate ahí en pie, con el *obi* veteado, a ver cómo armonizan.

Ella se puso sobre los hombros el kimono a medio hacer, un tanto incómoda, pero con los gestos seguros de la hija de un comerciante acostumbrada a llevar un vestido de danza, y entonces sostuvo el *obi* veteado en la parte delantera de la cintura y permaneció allí inmóvil, tan llena de vitalidad y atractiva como una de las mujeres a las que Kiyochika Kobayashi retrataba con brillantes colores.

Las sirvientas y el hombre de la casa Marui que observaban la escena no pudieron evitar exclamaciones de admiración. Pero ninguno de los presentes estaba tan encantado como Etsuko, que se puso al lado de Suga y exclamó: «¡Qué guapa estás!». La chiquilla, de piel clara y esbelta como una grulla, tenía un aspecto más refinado que nunca cuando estaba junto a la peonía de pétalos aún cerrados que era Suga. Y esa imagen era un motivo más de satisfacción para Shirakawa.

El señor de la casa se volvió hacia Tomo.

—Un diseño de arvejas sobre fondo blanco será lo más apropiado para Etsuko, con un *obi* de satén para completarlo —le comentó.

Dos cosas le indicaron a Tomo que de momento su marido no había intentado tener ningún contacto físico con la muchacha: la vivacidad desacostumbrada de Shirakawa y el hecho de que ella no se mostrara en absoluto avergonzada ante él, pese a su timidez. Al parecer, para poseer a una chica a la que llevaba más de veinte años incluso Shirakawa se veía obligado a emplear un método totalmente distinto del que usaba para conquistar a geishas o sirvientas. Vestir a una muchacha de una familia humilde con las prendas más lujosas era, desde luego, una manera de ganarse el corazón de Suga. Mientras observaba a su marido por el rabillo del ojo, Tomo recordó que en cierta ocasión él había seleccionado con esmero adornos para el cabello, cintas para el cuello del kimono y otros artículos, para enviárselos a la joven esposa que se había quedado en el campo.

Shirakawa cumplió su promesa de llevar a Suga al teatro, y casi todas las noches el público del Chitoseza, el único teatro de Fukushima, veía a la familia Shirakawa (el señor, Tomo, Etsuko, Suga y dos o tres sirvientas) en los mejores asientos.

Enfundada en su nuevo kimono veraniego carmesí con lunares y pliegues en los hombros, la figura de Suga en la platea era tan espectacular que incluso los actores comentaban en los camerinos: «Dicen que es la nueva esposa que hace poco ha venido a vivir con el secretario jefe del gobierno prefectural. Tiene una cara como la que podría figurar en la *hagoita*^[3] de una niña, ¿verdad?».

Los miembros del Partido Liberal, que con frecuencia sufrían redadas en sus reuniones secretas, a cuyos líderes principales detenían y que detestaban a Shirakawa, su mayor enemigo, apretaban los puños y hacían rechinar los dientes al ver a Suga.

—Ese hombre es lo que se llama un depredador del Estado, que priva al pueblo de sus derechos mientras permite que fulanas como ésa vivan rodeadas de lujo.

Por supuesto, ni Suga ni Etsuko tenían la menor idea de que las miraban con odio. Incluso Tomo siempre aceptaba sin ponerlo apenas en tela de juicio lo que su marido y la esposa del gobernador le habían dicho, que quienes desobedecían a los funcionarios que gobernaban la nación de acuerdo con las órdenes del emperador y trataban de agitar al pueblo con soflamas sobre la libertad y los derechos civiles eran delincuentes que merecían ser castigados de la misma manera que los pirómanos y los atracadores. Tomo mostraba hacia el emperador y las autoridades la misma actitud vagamente sumisa que hacia la ética femenina que le había enseñado a ceder a los deseos de su marido en todos los aspectos, por muy irracionales que le pareciesen. Nacida en el campo de la isla meridional de Kyushu, cuando se acercaba el fin de la era feudal, y sin saber apenas leer y escribir, no tenía más escudo con el que protegerse que el código moral en vigor.

La obra que representaban en el teatro cambiaba a diario. Una noche, sentados en el palco que la familia siempre ocupaba, Etsuko se echó a llorar y dijo que estaba asustada. La obra era *Historia de fantasmas de Yotsuya*, una de las más apreciadas por los amantes del género de horror y que solía formar parte de los repertorios veraniegos.

—No pasa nada, señorita, cuando aparezca el fantasma, las dos cerraremos los ojos —le dijo Suga, quien pese a su timidez habitual no parecía asustarse fácilmente y, sentada al lado de Etsuko, miraba con interés el desarrollo de la obra. Tomo pensó que, en el fondo, era una mujer fuerte.

Tras el preludio, siguió la escena en el recinto del templo de Kannon en Asakusa y a continuación la escena en que matan al padre de Oiwa, y cuando llegó la escena en que la sirvienta de Iemon peina a Oiwa y el cabello de ésta se le empieza a desprender, Tomo estaba totalmente absorta en la obra, tenía los ojos fijos en el escenario y ni siquiera dirigía miradas de soslayo a los lados.

Sentada en el escenario, con un mosquitero amarillo verdoso desvaído a sus

espaldas, Oiwa amamantaba a su bebé, el rostro demacrado tras el parto, pero todavía hermosa. Se lamentaba con amargura de su destino, de su mala salud y de su marido, quien, tras el nacimiento de la criatura, se había vuelto contra ella. En vano anhelaba mientras aún viviera ver a su hermana menor y darle el peine que su madre les había legado. El marido, Iemon, atraído por la muchacha que vivía en la casa de al lado, deseaba librarse de Oiwa. La familia de la muchacha, con la intención de destruir su belleza y hacer así que Iemon la abandonara sin remordimientos, le había administrado a Oiwa un veneno, diciéndole que le ayudaría a superar las secuelas del parto, y la inocente Oiwa, sin percatarse del engaño, había tomado una y otra vez la supuesta medicina, mostrándose sumamente agradecida.

Al contemplar aquella escena, Tomo experimentaba un dolor lacerante. A menudo cerraba los ojos con fuerza, tratando de superar las emociones que, sin poder evitarlo, se agolpaban en su interior. El sino de Oiwa, su sencilla confianza en el prójimo y la traición que sufría le resultaban demasiado familiares. Con una insistencia casi excesiva, le parecía a ella, la obra trataba del inevitable proceso en el que el amor de un hombre y una mujer alcanzaban un punto culminante a partir del cual se iba enfriando hasta acabar siendo una especie de infierno helado. Era demasiado fácil y convincente en extremo trazar un paralelo entre Oume, la muchacha que arrebatara a Iemon, y Suga, entre el frío pero atractivo Iemon y Shirakawa, entre Oiwa, cuyo resentimiento por la cruel traición de que había sido objeto la transformaba en un monstruoso espíritu de venganza, y ella misma. Contemplaba, como si estuviera hechizada, las grotescas escenas en las que el fantasma de Oiwa se vengaba de una manera contundente y prolongada. Al principio Etsuko había llorado de pavor y, medio en broma, se había tapado el rostro con las pequeñas manos, pero había acabado por dormirse con la cabeza apoyada en el regazo de Suga, y todavía estaba inerte como un peso muerto cuando Tomo la subió al *jinrikisha* que aguardaba para llevarlas de regreso a casa.

La fresca brisa de una noche de verano penetraba a través de la cortina del vehículo. La mirada de Tomo se posó con fijeza en el rostro de Etsuko, de facciones pequeñas y regulares, como las de una muñeca del Festival de las Niñas, mientras la pequeña dormía inocentemente con el minúsculo moño apretado contra el regazo de su madre. También la imagen de Michimasa, el hermano mayor de Etsuko, que vivía en casa de los familiares de Tomo en el campo, cruzó con rapidez por la mente de la madre. Se dijo que no debía convertirse en una Oiwa. Aunque una locura de intensidad muchas veces superior a la de Oiwa tratara de apoderarse de ella, abrazaría a Etsuko con tanta más fuerza, como si ese abrazo fuese una plegaria, porque si ella enloqueciera, ¿qué sería de sus hijos?

Si bien, para la tranquilidad de Seki, Tomo parecía aceptar lo inevitable de tan buen talante, cada noche seguía extendiendo el futón de Shirakawa al lado del suyo en su habitación, por si él decidía dormir allí. Ella misma sacaba los futones del

armario después de que las sirvientas se hubiesen retirado, y por la mañana los enrollaba y guardaba en su sitio. Cada noche la cama de su marido permanecía solitaria, bien hecha y fría al lado de la suya.

Una noche él volvió a casa más tarde de lo acostumbrado y, en vez de ir a la nueva ala del edificio, entró en la habitación de Tomo.

—Di a las mujeres que se acuesten y trae sake. —Tenía los ojos inyectados en sangre y en una sien le latía una vena azul. A Shirakawa no le gustaba el sake, y era muy raro que lo pidiese a aquellas horas—. Mira, Tomo.

Se arremangó para que ella lo viera. Tenía una venda en la mitad superior del brazo izquierdo, y a través de la gasa rezumaba sangre. Tomo se puso rígida, el frasco de sake caliente que acababa de traer todavía en la mano.

—¡Oh! ¿Cómo ha...?

—Hemos irrumpido en una reunión secreta del Partido Liberal y detenido a unos diez de ellos, pero los demás nos han atacado cuando regresábamos —se echó a reír forzosamente—. Por suerte, ha sido el brazo izquierdo.

La tensión le agudizaba la voz y su sonrisa era una mueca. Los adversarios habían ido a por todas, y había sido afortunado al salir con vida. Tomo cayó en la cuenta de que era a ella y no a Suga a quien había acudido, y le tembló la mano que sostenía el frasco de sake.

—Ha sido una suerte que no... —balbució, y entonces se quedó muda, mirando fijamente a Shirakawa con una expresión de asombro.

Una luz intensa destelló en los ojos de su marido, apuró de un trago la taza de sake y, atrayéndola hacia sí con el brazo ileso, la estrechó contra su pecho. A ella se le desordenó el pelo. Con la cara todavía presionando el pecho de Shirakawa, perdió el equilibrio, agitó un momento las manos en el aire y cayó pesadamente encima de él. El sake del frasco que tenía en la mano se derramó sobre el pecho de su marido y un olor a fermentación les envolvió mientras él le alzaba el rostro y sus labios se posaban con violencia en los suyos, como si fuese a morderlos.

Al amanecer Shirakawa volvió a la nueva ala del edificio. No le había dicho a Tomo una sola palabra sobre Suga, y sin embargo, cuando se acostó sola, ella pensó que su marido debía de haber temido mostrar a la joven y todavía intacta Suga la intensidad de su pasión realzada por la sangre. Y saber que había revelado cierta pasión con el marido que la había acometido aun estando herido aumentaba su odio hacia él, tanto que podría haber desgarrado con las uñas el rostro que parecía burlarse de su necesidad.

Al día siguiente los periódicos informaron de que el secretario jefe Shirakawa regresaba tras haber intervenido en la batida de una reunión secreta del Partido Liberal, cuando varios seguidores del partido dispararon contra él. Aunque resultó levemente herido, disparó su pistola contra uno de los atacantes y lo mató. Shirakawa no le había dicho a Tomo que hubiera disparado su pistola, pero cuanto más evidente le parecía que si su marido le había hecho el amor al cabo de tantos meses sólo había

sido como una válvula de escape de su criminal excitación física y mental tras haber matado a un hombre, tanto más desdichada se sentía.

Durante cierto tiempo, en la oficina de la prefectura y en toda la ciudad no se habló de otra cosa, y a Tomo no le pasó desapercibido que, cuando Suga conversaba de lo sucedido con Etsuko, la expresión de sus ojos no era tanto de temor como de admiración.

—Creo de veras que el señor estuvo magnífico —le dijo a la niña, cuando las dos estaban en la terraza, sus bellas manos trenzando hábilmente el cordón rojo de un *ayatori*^[4].

—¿Por qué, Suga?

—Fíjese en el peligro que corrió la otra noche, y no dijo una sola palabra. A la mañana siguiente vi que se lavaba la cara de una manera curiosa, usando una sola mano para meter la toalla en el agua. Le pregunté qué le había pasado, pero él se limitó a sonreír y respondió que tenía rígido el músculo del brazo. No dijo nada de su herida.

—¿Crees, entonces, que no le dolía?

—Estoy segura de que sí. Esta mañana le han puesto una venda nueva, y he visto que la herida es así de grande —Suga frunció las cejas nítidamente marcadas y acortó el cordón entre los dedos hasta dejarlo en dos *sun*^[5] para que Etsuko se hiciese una idea. Etsuko sólo pensaba que una herida tan grande debía de doler mucho, y se alegraba de que no hubieran matado a su padre. Pero, al parecer, eso no le bastaba a Suga—. Dicen que cuando un hombre de verdad siente dolor o está preocupado, no lo demuestra. El señor se guardó para sus adentros lo que le había pasado, sin decir una sola palabra. Creo que es un hombre extraordinario.

Tomo, que estaba cosiendo en su habitación, percibía irritada la inocente admiración que Suga, en general tan poco habladora, expresaba con tal vehemencia. En la mirada soñadora de la muchacha y las suaves curvas de su cuerpo no quedaba nada de la rigidez poco natural que mostraban cuando llegó a la casa, y con la gracia infantil que ahora tenía no se diferenciaba mucho de la misma Etsuko. Shirakawa había tardado un mes en serenarla hasta que llegó a semejante grado de franqueza y vulnerabilidad. Pero estaba cerca de lograr su objetivo. Ya vagamente dispuesta a aferrarse a un hombre que la mimaba como un padre, Suga había descubierto ahora a un nuevo y heroico Shirakawa, y cedía al placer del descubrimiento como la niebla cede a la luz del sol. La primera flor del amor había empezado a crecer en su interior. De la misma manera que el tierno verdor del prieto capullo de la peonía se ve una mañana teñido de escarlata, así también Suga había empezado a cambiar de tonalidad, un cambio que inquietaba profundamente a Tomo. Sin embargo, por el momento no había ninguna relación física. Cuando una mujer había conocido físicamente a Shirakawa, siempre emanaba de ella algo que afectaba a Tomo, causándole desasosiego. Pero hasta entonces Suga no había producido semejante emanación.

Acosada por los interrogantes de cuándo y de qué manera Suga se entregaría a Shirakawa, a Tomo, desde la noche en que él entró en su habitación, le resultaba difícil conciliar el sueño. A veces no podía seguir soportándolo, y entonces se levantaba y abría los postigos con cuidado, para no turbar el sueño de Etsuko. La luz de la luna se deslizaba por el césped del jardín humedecido por el rocío otoñal, y en la ventana redonda de la nueva ala parpadeaba vagamente la luz de una lámpara con el pabilo bajado. Pensaba en cómo brillaría ahora la luz sobre el edredón amarillo e incidiría en los redondeados hombros del kimono de seda malva rayada que la muchacha se ponía por la noche, mientras yaciera apaciblemente dormida. De improviso Tomo tuvo la sensación de que era una gran serpiente que erguía la cabeza desde la luz para contemplar a su marido y a Suga, y, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se rodeó el pecho con los brazos, apretándolos fuerte, y movió los labios como para gritar con su último aliento: «¡Ayudadme! ¡Ayudadme!». A menudo soñaba que se hallaba en un barco zarandeado por una violenta tormenta, rodando de un lado a otro dentro del casco, incapaz de respirar.

Una mañana, Suga no se levantó de la cama y dijo que le dolía la cabeza. Cuando Etsuko regresó de la escuela y entró en la antesala de la nueva ala, con papeles de color para hacer *origami*, Suga la miró desde la cama, los ojos alegres al ver el rostro de la niña, pero con los párpados húmedos e hinchados, y exclamó: «¡Señorita!».

—Vaya, Suga. ¿Qué te ha pasado en los párpados?

Aunque en las palabras de Etsuko no había ningún sobrentendido, Suga se ruborizó y se apretó los ojos con la mano, como si la luz los deslumbrara. Tenía la sensación de que Etsuko había percibido los imprevistos acontecimientos de la noche anterior. No guardaba en absoluto rencor a Shirakawa, y a decir verdad últimamente había empezado a percibir en él una complacencia, una confianza ilimitada, algo que había deseado con avidez desde que abandonara a sus padres. Sin embargo, su asombro y su vergüenza no remitían, no experimentaba la sensación de un florecimiento físico o mental, sino tan sólo una especie de marchitez interior, la penosa sensación de que algo en ella había sido dañado, destruido. Incluso detestaba a sus padres, quienes sin duda se habían referido a aquello cuando le dijeron que no se opusiera jamás a los deseos de su señor. Algo indefinible en su aspecto empezó a revelar la dolorosa conciencia de que habían vendido su cuerpo por dinero.

Suga miraba a la niña con una expresión profundamente melancólica, y la cara pálida y oval de Etsuko, tan parecida a la de Shirakawa, producía tal sensación de frescura y pureza que podría haber levitado de un momento a otro. También sentía una vaga animadversión, pero estaba demasiado mal definida para que Suga comprendiera que se trataba de eso. Como Etsuko insistía, le hizo toda clase de figuras doblando los papeles multicolores, mientras recordaba entristecida, como si hubiera sucedido en el lejano pasado, a la muchacha inocente que hasta ayer mismo disfrutaba dedicándose con Etsuko a juegos ingenuos como aquél.

Tras haberla poseído, el tierno cariño de Shirakawa hacia Suga empezó a adquirir las proporciones de una obsesión. Poco era lo que él no supiese del sexo contrario, tanto de geishas como de mujeres corrientes, pero el afecto paternal que había sentido por aquella muchacha intacta y tan alejada de él por la brecha de la edad le rejuvenecía como si se hubiera casado de nuevo y vertía una luz radiante sobre su vida. Un día festivo, fue con Suga a las caldas de Iizaka, junto con sus subordinados inmediatos y la propietaria de un restaurante que frecuentaba. En esa ocasión los demás se dirigieron a Suga como «la señora» y pudo manifestarle a Shirakawa sus opiniones sin ninguna reserva, por lo que cada vez que regresaba de una visita a las caldas, su belleza, como una gran peonía que desplegase sus numerosos pétalos, parecía un poco más madura y voluptuosa, hasta que finalmente ya no fue reconocible como la doncella del comienzo, notable por su encantadora timidez.

A medida que se intensificaba su amor obsesivo por Suga, Shirakawa dejó de ir por completo a la habitación de Tomo, y ésta finalmente no pudo seguir soportando más la incertidumbre de preparar la cama de su esposo y esperarle en vano, abandonada y sola.

La gente daba por sentado que Shirakawa, padre de Michimasa y Etsuko, se había entregado en exceso a una vida de placeres para que pudiera engendrar más hijos, aunque la remota posibilidad de que Suga quedase embarazada hacía estremecer a Tomo. El abismo abierto entre los esposos era más profundo que cuanto ella pudiera haber imaginado cada vez que se le entregaba en silencio, antes de que trajera a Suga. En lo sucesivo la brecha sería más ancha y profunda a cada día que pasara, y era preciso que se resignase. Sólo ahora comprendía con un sentimiento de culpa el verdadero motivo por el que, en la posada de Utsunomiya, cuando regresaba de Tokyo, no había podido hablar francamente con su marido del dinero que él le había confiado. Era honesta por naturaleza con todo el mundo, y, con respecto a las cuestiones de dinero, jamás le había ocultado nada a su marido. Siempre había despreciado como algo vergonzoso esa costumbre tradicional de la esposa que ahorra sin que lo sepa su marido, y pensar que finalmente se había rebajado a hacer tal cosa la entristecía a la vez que le procuraba una nueva elasticidad, como si todo su cuerpo hubiera sido reforzado con un alambre muy delgado.

Si se considera con frialdad, actualmente hay muchos caballeros nobles y distinguidos que se desprenden de las que han sido sus esposas durante largos años como si fuesen zapatillas desgastadas y las envían de regreso a sus familias en su lugar natal, para tomar como esposas reconocidas a mujeres atractivas que han sido *maiko*^[6] o geisha. Puesto que la honestidad, la modestia y el tacto de Tomo le habían valido la confianza del gobernador Kawashima y su esposa, parecía muy improbable que Shirakawa también hiciera algo tan escandaloso, pero en aquellos momentos su amartelamiento con Suga era tan intenso que no había límite a lo que podría maquinar para repudiarla. Antes de la Restauración Meiji, el código de la familia

diferenciaba entre esposa y concubina, una línea que no se cruzaba con facilidad, pero ahora que servidores de categoría inferior procedentes de remotos clanes rurales habían alcanzado el poder de la noche a la mañana, la idea de la casa de geishas como una especie de antecámara del poder había arraigado entre los hombres que aspiraban a altos cargos, y la posición de la esposa, que dependía inevitablemente de la habilidad de su marido en los asuntos públicos, se había vuelto tan vulnerable como una frágil enredadera.

En ocasiones, cuando su marido mostraba un descaro indecente en sus demostraciones de afecto hacia Suga, una indiferencia excesiva a lo que pensarán los demás, Tomo llegaba a considerar la posibilidad de tomar el dinero y regresar con Etsuko a su hogar en la lejana isla de Kyushu. Sin embargo, su resolución siempre se debilitaba al pensar en el futuro que esperaba a su hija, que ahora se estaba convirtiendo en una bella jovencita. Por suerte, Etsuko tenía una buena relación con Suga, y su padre la amaba. Si Tomo pudiera soportarlo, sin duda Etsuko sería más feliz viviendo cómodamente como hija de un alto funcionario que en la pobreza del campo de Kyushu.

Tal era el juicio al que Tomo, tras pensarlo a fondo, llegaba siempre a través de la corriente de su furor. También sería mejor para Shirakawa. Por muy diestro que fuese en su trabajo, bastaría la pérdida de su esposa, una mujer de rectitud inquebrantable y en absoluto calculadora, para que más tarde o más temprano cometiera también algún error en su actividad profesional. Tomo sabía que su carácter difícil le había creado muchos enemigos y, casi sin darse cuenta, había llegado a ver con cierto distanciamiento cómo era en realidad su marido. En este sentido, ya había dejado de ser la esposa que obedece a su marido con una fe incondicional en el criterio de éste, y poco a poco estaba adquiriendo la capacidad de verle con imparcialidad, como si fuese una persona ajena. Carecía de estudios, nunca le habían enseñado a comprender a otro ser humano desde un punto de vista intelectual y por naturaleza era incapaz de actuar dejándose llevar por el instinto. Este rasgo era lo único que le había permitido mantener una férrea fidelidad al código feudal de moralidad femenina y considerar como su ideal a la esposa casta a la que no disgusta ningún sacrificio por su marido y su familia. Pero ahora experimentaba una inequívoca desconfianza en el código que había sido su credo indiscutido.

Cada día y cada noche se veía cara a cara bajo el mismo techo con la mujer que podía desalojarla de su posición de esposa, hablándole como si eso fuese lo más normal del mundo. ¿Cómo podía creer que semejante vida era decente y correcta? ¿Cómo podía respetar o amar al marido que, con su presunción y desenfreno, tan sólo veía en la abnegación y la pasión ardiente prolongadas durante más de una década la lealtad de una fiel servidora? Tomo no podía amar a un marido así, una vida como la que ella llevaba no era más que una burla horrible. Permanecía desesperada en aquel desierto yermo, estrechando con fuerza el cuerpecillo de Etsuko contra su pecho, mientras la despojaban sin piedad del marido al que debía servir y del hogar cuyo

soporte principal debía haber sido. Sabía que caer significaría no volver a levantarse jamás. El kimono de tres capas decorado con el emblema familiar, la deferencia servil de los subordinados hacia ella, ya no le ayudaban a vivir. Si le fuese posible, preferiría cerrar los ojos al presente y volver a ser la mujer que confió en el amor de Shirakawa, sin que le arredraran sus innumerables traiciones; pero una fuerza que fluía incesante como un torrente furioso la impulsaba a pesar de todo, y sólo le permitía mirar atrás con continuos y profundos suspiros, hacia la tierra lejana, corriente arriba, que había abandonado.

Delante de los criados, Tomo se mostraba más enérgica que nunca. Su vigilancia para que no se le viera ni un solo cabello fuera de lugar era constante. Lejos de eclipsarse en un segundo plano debido al amor obsesivo de Shirakawa por Suga, parecía contrarrestar la creciente belleza de la muchacha con su porte: la espalda y los hombros erguidos cuando estaba sentada e inmóvil en su habitación reflejaban tal autoridad que incluso las doncellas y los criados que la conocían tan bien la observaban sorprendidos. Algo imponente la envolvía mientras permanecía allí sentada sin hablar, algo que rechazaba con desdén las mentiras y el engaño e inspiraba más temor que el mismo Shirakawa.

Tomo recibió una carta de su madre, que vivía en el campo, escrita con una caligrafía vacilante. Aunque ella no le había dicho nada, un pariente que se había alojado en casa de alguien que trabajaba en la oficina de la prefectura y tenía relación con Shirakawa había esparcido las semillas del rumor cuando regresó a Kyushu. Pensar en cómo se sentiría Tomo al compartir su casa con una joven concubina había angustiado a la madre, y pergeñó la carta trabajosamente con su torpe caligrafía.

La mujer decía que ninguno de los demás maridos de su familia se había abierto camino en el mundo como Shirakawa y que Tomo debería sentirse agradecida por su buena suerte. Que un hombre de grandes dotes tomara una concubina era algo frecuente, y cuando sucedía tal cosa, la esposa debía estrechar todavía más la vigilancia de sí misma, a fin de no perder el amor de su marido. Tal vez la conducta de Shirakawa era indiscreta, dado que tenía dos hijos pequeños, pero no debía permitir que los celos trastornaran su juicio hasta el punto de perjudicarse y, aún peor, perjudicar a sus hijos. Pese a la dificultad de la lectura y los ideogramas desiguales trazados con una tinta que unas veces se secaba a mitad de un trazo y otras emborronaba el papel, la carta reflejaba la profunda preocupación de una madre que intentaba transmitir a su hija las emociones que le embargaban el corazón. A medida que leía, Tomo casi tenía la sensación de oír la voz de su anciana madre, persuadiéndola como cuando era niña, y no podía contener las lágrimas, causadas por una compasión de sí misma que había olvidado mucho tiempo atrás, unas lágrimas que, por su mismo carácter extraño, le hicieron enfrentarse de nuevo a la crudeza de su vida presente. Si dejaba de lado los sentimientos, las recomendaciones de su madre no eran más que los raídos restos de un código trasnochado cuyo juego Tomo ya

conocía y que se había visto obligada a dejar de lado. La única parte de la carta de su madre que contenía algún mensaje nuevo para el corazón de Tomo estaba en las cuatro o cinco últimas líneas:

Pues este mundo fugaz es un infierno de maldad, lleno de sufrimiento, donde el conocimiento superficial del ser humano no le vale de nada e inadvertidamente amontona un pecado sobre otro. Así pues, confía tan sólo en la promesa del Señor Amida, no te olvides de invocar su nombre mañana y noche, y deja en sus manos todo lo demás... Me gustaría verte y hablar más contigo sobre la fe antes de que muera. Confío en que alguna vez, si Yukitomo da su permiso, vengas a casa.

Mientras Tomo leía el pasaje, cruzó por su mente el vivido recuerdo de su madre recitando la invocación a Amida cada mañana, haciendo una profunda reverencia ante el *butsudan*, el altar familiar en el hogar del campo que Tomo había olvidado tanto tiempo atrás. Cuando era pequeña, Tomo asía las rodillas de su madre y le miraba la cara, contemplaba los labios que se movían no como cuando hablaban normalmente sino de una manera mecánica, al repetir sin cesar la *Namu Amida Butsu*. Tomo también había entonado la invocación, imitando a su madre, pero habían pasado muchos años desde que pronunció por última vez esas palabras. Todo lo que se decía del Buda y de Amida había llegado a parecerle una sarta de mentiras para engañar a los niños. La recomendación de su madre de que lo dejara todo en manos del Buda no hacía más que irritarla: ¿qué era lo que debía dejarle, y cómo? Si existía algún ser noble, algún dios o Buda, que podía ver cuanto sucedía en el mundo de los seres humanos, ¿por qué no hacía la vida más amable para una persona como ella, que ponía tanto empeño en vivir honestamente? Pero a pesar de estos pensamientos, Tomo decidió que, en cuanto se presentara la ocasión, por lo menos prepararía el viaje al hogar de su familia, como su madre deseaba. Al margen de lo que ocurriera, debía escuchar directamente de labios de su madre aquellos últimos deseos que no podría expresarle tan sólo con una carta.

En la primavera siguiente, nombraron al gobernador Kawashima director general de la Policía, y Yukitomo Shirakawa y su familia le siguieron a Tokyo, donde les instalaron con la debida ceremonia en una residencia oficial del Departamento de Policía en el distrito Soto-Kanda de la capital. Tomo, que poseía una copia de la inscripción de su familia en el registro oficial, efectuada para tramitar el cambio de escuela de Etsuko, tenía la delgada hoja de papel en la mano, cuando se le ocurrió echarle un vistazo y no pudo evitar un leve grito. Inmediatamente después del nombre de Etsuko figuraba el nombre de Suga, en calidad de hija adoptada de Yukitomo Shirakawa y su esposa Tomo.

Apunte sobre una sirvienta

Era una de esas tardes tan propias de la estación del crisantemo, brillante y más bien fresca.

Kin Kusumi cruzó el portal de lo que ahora era el Palacio Imperial con un cesto de galletas que había comprado con la intención de regalarlas durante una visita al templo de Kannon. Se dirigía a la residencia del subdirector tercero Shirakawa, que estaba en el recinto del palacio, y, puesto que no iba allí con la única intención de informar cortésmente sobre la salud de la familia, estaba muy preocupada por las posibilidades de éxito de su misión.

Se decía que la residencia oficial de Shirawaka, un edificio nuevo, construido el año anterior, sólo era inferior en tamaño a la del director general de la Policía. Un hermoso pino crecía en el centro de la avenida, donde los carruajes giraban ante la entrada, y más allá se veía un espacioso vestíbulo delante del que estaban detenidos dos *jinrikisha* con los emblemas familiares de color dorado en la carrocería. Parecía que alguien estaba a punto de salir. Kin pensó que si se trataba de la señora, puesto que a aquella hora Yuki-tomo no estaría en casa, le vendría muy bien.

Se conocían desde hacía largo tiempo y su relación era fluida, pero de todos modos Kin seguía sintiéndose un tanto incómoda en presencia de Tomo, y su cuerpo se ponía tenso como si estuviera sometido a una presión. Aquel día venía por encargo de la madre de Suga, trayendo un mensaje privado para la muchacha a la que tres años atrás ella había ayudado a instalar en la casa de los Shirakawa, y esta circunstancia hacía que pensar en Tomo sentada en el salón le resultara todavía más inquietante.

La atractiva muchacha con un primoroso peinado que salió de la casa cuando Kin anunció su llegada en la entrada lateral, una sirvienta, al parecer, aunque Kin no la conocía, se arrodilló e hizo una reverencia de la manera más formal, lo cual desconcertó de tal modo a Kin que le pidió que llamara a la sirvienta Seki, con la que estaba más familiarizada.

—La señora y la joven dama van a ir a una venta benéfica, y una modista extranjera está aquí, preparándolas —le dijo Seki—. ¿Quiere usted pasar y ver cómo lo hace?

El ofrecimiento avivó el gusto de Kin por todo lo que no era habitual, aceptó la invitación y siguió a Seki por un largo corredor de suelo muy pulimentado.

—Tienen una joven sirvienta muy servicial y bonita. ¿Desde cuándo...?

—Desde hace un par de meses —respondió Seki; se volvió y dirigió a Kin una mirada significativa—. Antes de que viniera se decía de ella que era la viva imagen de Eizaburo de Otowaya, el actor de Kabuki.

Kin hizo dos o tres vagos gestos de asentimiento, diciéndose que la preocupación de la madre de Suga por el rumor que había llegado a sus oídos casi antes que a nadie más podía estar justificada.

—¿Qué edad tiene? ¿Y de dónde es? —Su tono era despreocupado, pero se daba cuenta de que, al pedir más detalles, su voz sonaba demasiado tensa para una persona de su edad, y de que el cuello se le estaba ruborizando por debajo de las orejas.

—Dicen que dieciséis, dos años menos que Suga, pero es tan alta como ella. Dicen que su padre estuvo al servicio del señor del clan Toda. La verdad es que tiene una opinión muy alta de sí misma.

—¡Vaya! —exclamó Kin, y mostró su asombro irguiéndose de una manera exagerada—. De todos modos... imagino que... todavía... es sólo... —A cada palabra abría más los ojos, y cada vez Seki hacía un gesto de asentimiento.

—Todavía no... no, hasta ahora... pero más tarde o más temprano... —De improviso puso una mano sobre el delgado hombro de Kin, como si se abalanzara sobre ella, y le susurró cálidamente al oído—: ¿Entonces, la señora sabe todo esto?

—Supongo que sí... pero escuche las palmadas, me está llamando.

Con un movimiento exagerado de los hombros y las caderas, Seki avanzó a grandes zancadas por el corredor, en dirección a la llamada.

Tomo estaba en la entrada de la amplia sala, con un vestido occidental que lucía un primoroso bordado marrón amarillento, acampanado por debajo de la cintura mediante un corsé de ballenas. Su cara, de facciones anticuadas, piel algo cetrina y párpados caídos, se alzaba incómoda desde el alto y prieto cuello del vestido, y Kin pensó que ese detalle, junto con los labios bastante llenos y muy apretados, le daba el aspecto de una mujer china. Tomo dirigía la mirada a su hija Etsuko, que se hallaba ante un espejo de marco ornamentado y estilo occidental en el centro de la sala, y una costurera inglesa la ayudaba a ponerse un vestido occidental. Kin fue a sentarse al lado de Suga, que estaba arrodillada al lado de Etsuko, y contempló la escena.

Pese a que era alta para sus trece años, Etsuko parecía un cervatillo al lado de la costurera, de cabello muy rubio y cuello largo como el de una jirafa. El vestido de terciopelo muy plisado, de color lapislázuli con toques de añil, armonizaba con el rostro de nariz prominente, mejillas del rosa más pálido y la mancha carmesí de los labios, y le daba la desacostumbrada dignidad de una joven de noble cuna.

—La señorita es toda una princesa, ¡qué bonita, qué bonita! —dijo la costurera, con una radiante sonrisa mientras terminaba la prueba, ponía las manos en los hombros de Etsuko y le daba la vuelta para que Tomo la viera.

Por un instante los ojos de Tomo también parecieron brillar de satisfacción, pero la severa línea de sus labios no se ablandó. Etsuko, que parecía tensa bajo la mirada de Tomo, se movía inquieta y a menudo miraba de soslayo el espejo.

—Hoy se celebra una venta benéfica de la Cruz Roja, y la esposa del director de la Policía dijo que quería que Etsuko atendiera uno de los puestos. La verdad es que me siento rara vestida así, pero...

Era evidente que para Tomo todo aquello era un considerable incordio, pero lo hacía de buen talante. Pavonearse por el Rokumeikan en compañía de las esposas de hombres distinguidos era demasiado ostentoso para una mujer del carácter de Tomo,

pero la sensación de que aquél era otro de los deberes de la esposa de un alto funcionario refrenaba todo deseo de excusar su asistencia.

—La emperatriz estará presente —dijo Suga mientras doblaba el kimono que Etsuko se había quitado—. Y la tarea de nuestra señorita será la de servir el té.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Kin—. Ponga todo su empeño en hacerlo lo mejor posible, señorita. Estoy segura de que la han elegido por ser tan encantadora.

—No, qué va —terció Tomo—. Bien, ahora debemos irnos, pero estaremos de vuelta antes de que oscurezca, así que acomódate, Kin, como si estuvieras en tu casa.

Y seguida por Etsuko, alzándose los lados de la larga falda al andar, Tomo se dirigió al vestíbulo.

Tras haber visto partir a los *jinrikisha* que transportaban a la madre y la hija vestidas a la occidental, Kin habló un rato con Seki en el vestíbulo y entonces fue a la habitación de Suga.

Era una estancia pequeña que daba a la parte posterior del jardín, donde florecían unas *camellia sasanqua* de un rosa pálido. Con una cinta de seda rosa en su peinado de tres aros, Suga estaba cosiendo un *obi* forrado de seda de Yūzen en el bastidor, con un acerico rojo en el regazo. Al ver a Kin, dejó a un lado la aguja como si hubiera esperado la visita y colocó un cojín al lado del brasero para que la mujer se sentara.

—¿Has visto a mi madre desde tu visita anterior? Últimamente no tengo noticias tuyas.

Su casa en Kokuchō estaba a dos pasos de la residencia oficial de Shirakawa, pero una joven de la posición de Suga no podía ir y venir como le apeteciera. Al margen de sus sentimientos personales, Suga estaba registrada oficialmente como la hija de los Shirakawa, y eso significaba que ante la sociedad había roto todos los lazos con su verdadera familia. Era cierto que, tras haber poseído a Suga, Shirakawa prodigaba afecto y consejos a aquella muchacha lo bastante joven para ser su hija, a fin de convencerla de que no había otro hombre como él, mientras que entre bastidores su cruel naturaleza le hacía inmovilizarla con restricciones oficiales a fin de que no huyera. Como ella estaba acostumbrada al afecto de Shirakawa, no comprendía esos aspectos tan intimidantes de la mentalidad masculina, pero se percataba de que la simple mención de sus padres o sus hermanos ponía a Shirakawa de un vago mal humor, y eso la inquietaba tanto que nunca hablaba de ellos. Aparte del *Bon*, el Festival de los Difuntos, y del final de año, cuando su madre acudía para saludar a los Shirakawa, la manera normal que tenía Suga de recibir noticias de su familia era a través de Kin, la persona que hiciera las gestiones para que entrara al servicio del alto funcionario.

—Vino a fines del mes pasado. Dijo que había visitado el templo de Hashiba... estaba muy bien. Me contó que este año, desde que empezó el otoño, el beriberi de sus piernas había mejorado mucho.

—¿Y cómo va la tienda? He oído decir que han cambiado la clase de negocio...

—Ah, eso... bueno, no es que sea exactamente un cambio de negocio. Además de la cubierta de bambú, también se abastecen de cajas de bambú y envases similares de los mayoristas.

—No sé si saben lo que están haciendo —dijo Suga en un tono de preocupación—. Mi hermano tiene tan buen carácter que siempre se aprovechan de él.

Cuando abrió los párpados que ocultaban sus ojos semejantes a gemas y éstos se mostraron, húmedos, de un negro profundo, toda ella pareció envuelta en el sombrío patetismo de un hermoso gato.

—Todos están bien —dijo Kin, que con su carácter alegre deseaba apartarse lo antes posible de las sombras—. No tienes por qué preocuparte. —Movi6 con ligereza la mano, sac6 de la caja de tabaco que le pendía del *obi* una delgada pipa y la encendi6—. Pero, Suga-san, lo que quería decirte en realidad es que tu madre me ha preguntado por ti. Estaba preocupada, ¿sabes?

—¿Por mí...? ¿Por qué será?

A la muchacha se le velaron los ojos y lade6 la cabeza, como si estuviera perpleja. A pesar de su aspecto adulto, seguía habiendo algo de una inocencia infantil en su rostro, mientras se esforzaba por adivinar los sentimientos de su madre.

—¿Cómo que por qué? Tu madre está lejos e inquieta por ti, y tú aquí sin mover un dedo por tranquilizarla.

Cuando la madre de Suga visit6 la casa de Kin, a ésta aquella mujer le pareció realmente enferma de preocupación. Por lo visto había pensado en ir a la residencia de los Shirakawa y preguntar con franqueza a la señora, pero como eso habría sido una considerable falta de tacto, tuvo la idea de pedirle a la señora Kusumi que se informara de manera indirecta sobre la auténtica situación de su hija, y empezó a relatarle lo que le inquietaba con una expresión tan seria que de vez en cuando incluso se olvidaba de la sonrisita obsequiosa sin la que Kin nunca la había visto.

Al parecer, todo había empezado por algo que dijo el jefe de los jardineros de Shirakawa. Según aquel hombre, en el mes de septiembre dos sirvientas de Honjo se presentaron en la residencia de Shirakawa para someterse a una entrevista. Se decía que eran primas, y los organizadores de la entrevista fueron una pareja, los Sonoda, naturales del mismo distrito de Kyushu que los Shirakawa y que ahora se dedicaban al negocio de las antigüedades. Una de las muchachas, a quien la esposa había traído respondiendo a la solicitud de Shirakawa de una doncella de buena presencia, se quedó en la casa, mientras que la otra regres6 con los suyos.

Según lo que las sirvientas le habían contado al jardinero, ahora vivían en la casa tres doncellas, y Suga era la que atendía a las necesidades personales del señor. Cuando éste daba fiestas o celebraba ciertos acontecimientos en la casa, contrataba geishas y camareras de los distritos de Shimbashi y Yanagibashi para que sirvieran a los invitados, y no había ninguna necesidad de incorporar otra mujer al servicio. La señora, que era una mujer resignada, no exteriorizaba sus sentimientos, y Etsuko se alegraba de tener a alguien con quien jugar, pero era muy improbable que la

muchacha no pasara de ser una sirvienta. Casi con toda seguridad, no transcurriría mucho tiempo antes de que él la sedujera e instalara como concubina. ¿Cuáles serían los sentimientos de la señorita Suga cuando eso sucediera? Desde el punto de vista de la señora, con Suga en casa poco importaba que hubiera una o dos concubinas. Pero si el señor se estaba cansando de Suga y pensaba sustituirla por una nueva muchacha, ¿durante cuánto tiempo se le permitiría a Suga llevar la vida cómoda de una hija de la familia?

En cualquier caso, el señor era un mujeriego, y aunque sólo se había promocionado hasta ocupar un cargo de relativa influencia en el Departamento de Policía, estaba acostumbrado a solicitar los servicios de geishas de las mejores casas de Shimbashi como si fuese un joven aristócrata, y probablemente pensaba que podría manejar a su antojo a una muchacha tan poco mundana como Suga.

A pesar de su timidez y de su ingenua confianza, a la madre de Suga le irritaba la maldad latente en la última parte de esa información. Se sentía angustiada en lo más hondo por aquella nueva prueba de la difamación envidiosa de que Suga era objeto solapadamente.

Suga podía ser melancólica y estar desanimada en ocasiones, pero jamás, desde su infancia, podrían haberla considerado una necia. Era la hija de un comerciante, una muchacha natural, sin dobleces, que amaba a su madre y aprendía con rapidez en la escuela de baile. Si sus padres hubieran logrado mantener el negocio boyante, podría haberse casado con un buen partido. Haberla puesto al servicio de los Shirakawa en el verano de su decimoquinto año, incluso antes de que hubiera llegado a ser una mujer adulta, era el acto de una madre tan cruel que apenas merecía el nombre de madre. Sin embargo, Suga parecía compadecerse de la desdichada mujer que se había visto obligada a vender a su hija, y seguía teniendo presente la suerte de su familia, a la que, por medio de otras personas, enviaba dinero y alimentos.

Después de su traslado a la capital, siguiendo al gobernador Kawashima, recién nombrado director general de la Policía, Shirakawa se había convertido en un funcionario importante y se rumoreaba que vivía a lo grande gracias a los impuestos que recaudaba privadamente en el barrio de placer de Yoshiwara. La madre de Suga podía sentirse muy satisfecha porque la muchacha había sido aceptada como una hija en el hogar de aquel funcionario del Gobierno ahora en la cima de su influencia, pero después de lo que le había contado el jardinero, pensó en los demás miembros de la familia, su esposa, su hija, las sirvientas, el criado. De repente los veía a todos ellos hostiles a Suga, y anhelaba estrechar entre sus brazos a la hija atrapada entre las zarzas.

¿Qué sería de Suga si llegaba una nueva concubina y el señor desviaba hacia ella sus atenciones? En la época en que aceptó poner a su única hija en semejante situación, la madre se volvió hacia Tomo como su sola esperanza y, antes de que se la llevara, le rogó que tuviera un interés personal por el bienestar de la muchacha.

—Si el afecto del señor se desviase y llegara a cansarse de ella... Pensar en eso

me impide conciliar el sueño por la noche.

Mientras la escuchaba, correctamente sentada, con las manos enlazadas sobre las rodillas y ni un pliegue del kimono fuera de lugar, Tomo sentía una profunda ternura por aquella mujer, le conmovía que no existiera para ella nada fuera de su amor maternal. Al realizar el encargo de su marido y seleccionarle una querida, había adoptado un extraño papel, que comportaba la lealtad de una mujer obligada a vender a su hija, lo cual era otra dolorosa traba en su corazón.

—Procure no preocuparse. Por mucho que puedan cambiar los sentimientos de mi marido, me encargaré de que a Suga no le falte nada. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando he traído a mi casa a una muchacha tan respetable? Vamos, mujer, debe usted confiar en mí.

El poco dominio de sí misma que le quedaba a la madre se desvaneció y se postró ante la pasmada Tomo. Cuando ésta oyó las palabras torpes y entrecortadas con las que le daba las gracias entre sollozos, tuvo que reprimir las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

Ahora la madre de Suga recordaba esa escena. Experimentaba el imperioso deseo de ver a Tomo para que le confirmara lo que le dijo aquel día, pero cuando se presentó la ocasión, le faltó valor y, en vez de la madre, fue a ver a Kin.

—Te refieres a la señorita Yumi, ¿no es cierto? —dijo Suga cuando Kin hubo terminado, parpadeando como si la luz fuera demasiado fuerte para sus ojos—. En ese caso, no vale la pena hablar de ello con la señora. Dile a mi madre, por favor, que no tiene nada de qué preocuparse.

—¿Ah, no...? Claro, supongo que no —Kin se tocó la cara con la boquilla de la pipa y asintió con una expresión ambigua—. Entonces, a tu modo de ver, no parece en absoluto que vaya a sucederle lo mismo a Yumi, ¿verdad?

—No, no se trata de eso. —De improviso, en el rostro de la muchacha, que era como de papel blanco confeccionado a mano, apareció una sonrisa. Aunque era una sonrisa de asombrosa inocencia, Kin se estremeció como si una gélida mano le hubiera acariciado la nuca—. Ya ha ocurrido —prosiguió Suga—. Dentro de poco el señor habrá llegado a un acuerdo con sus padres y ella vendrá a vivir conmigo en esta habitación.

Hablaba sonriente y sin vacilación, pero Kin la escuchaba con los ojos muy abiertos, la boquilla de la pipa todavía apoyada en la cara y olvidada.

—Comprendo... En ese caso, la preocupación de tu madre está justificada, ¿no es cierto?

—Pero es que no hay nada preocupante. Yumi es una chica sincera, de aspecto un tanto masculino, por lo que creo que nos llevaremos bien.

—Eso me parece muy bien, Suga-san, pero si el señor dirigiera su afecto a la señorita Yumi, sería problemático para ti.

—No hay ningún problema —dijo ella, con la misma sonrisa inocente de antes.

Era una sonrisa pasiva, como si estuvieran arrastrando a la muchacha hacia una oscuridad desconocida.

De nuevo un horror que se deslizaba por la espalda de Kin la llevó a mirar con fijeza a Suga. De repente, un acceso de curiosidad le hizo asomarse por detrás de la cortina ocultadora y averiguar de qué manera Shirakawa estaba moldeando a Suga para que aceptara dócilmente su propósito.

—¿Ningún problema, dices...? ¿Acaso el señor lo comenta todo contigo?

—Bueno, todo, lo que se dice todo, no...

Suga se interrumpió, con las mejillas encendidas y una expresión de azoramiento. Parecía avergonzada de haber dicho algo que no debía.

—Mira, tu madre no va a quedarse satisfecha sólo con lo que tú le digas. Si quieres que deje de preocuparse, tendrás que hacerlo como es debido... Me temo que tu madre tendrá que venir a hablar con la señora.

—No creo que eso...

Suga frunció el ceño y encogió los hombros, como si estuviera irritada. En aquel momento un gatito que había estado hecho un ovillo sobre un cojín de seda de Yūzen se le acercó haciendo sonar su cascabel, y Suga lo recogió y se lo puso en el regazo. Mientras le acariciaba el suave pelaje, habló lentamente, sin mirar a Kin a los ojos, como si lo hiciera consigo misma.

—El señor cuida muy bien de mí. Dice que no soy tan fuerte como la mayoría de las mujeres y que moriré joven si me esfuerzo demasiado... Tal es el motivo de que le ocurriera eso a Yumi. El señor está acostumbrado a las geishas y las cortesanas, así que sabe muy bien cómo actúan las mujeres. Desde el principio, me he considerado como una hija para él, y por eso nunca he sentido celos. Tal vez por la diferencia de nuestras edades... pero esto ni siquiera la señora debe saberlo, no debes decírselo a nadie.

Cuando terminó de hablar, el semblante de Suga parecía de repente el de una mujer adulta, y los párpados le velaban los ojos. Sin que se percatara, un vacío inmenso se había extendido por sus encantadoras facciones y, de una manera misteriosa, las había despojado por completo de expresión.

Después de que Kin se hubiera marchado, todavía con la insatisfacción reflejada en el semblante, Suga permaneció un rato sentada, presa de una inexplicable tristeza, acariciando la garganta del gatito y contemplando con los ojos llorosos las flores rosadas como oreja de conejo de las *camellia sasanqua* del jardín. A su pesar, le avergonzaba no sentir celos de Yumi, su rival, cuando era tan evidente que tanto a su madre como a Kin les afligía la situación.

Aunque criada en la *shitamachi*, los barrios populares de la capital, sus padres eran personas honorables, y ella no sabía nada de las relaciones entre los hombres y las mujeres. En las clases de danza siempre había hecho el papel masculino y, por sus representaciones de tal o cual héroe romántico popular, estaba acostumbrada a que la

heroína la abrazase. En tales ocasiones la profesora de danza le había pedido «sensualidad, sensualidad» en sus movimientos, y para ella el deseo sensual y el amor eran inseparables de los trajes brillantes de la danza y la música para canto y *samisén* que la acompañaban.

Desde su llegada a la mansión de los Shirakawa en Fukushima y su descubrimiento de la naturaleza de los hombres, un descubrimiento realizado por medio de su cuerpo y en la oscuridad, lejos de los brillantes colores y la música, Suga había atesorado en su corazón, sin que le afectara en absoluto su relación directa con Shirakawa, un reluciente mundo encantado donde las conmovedoras notas de las antiguas baladas llegaban en tristes retazos y los brillantes colores de las mangas y las faldas arrastradas por el suelo se entrelazaban con una parsimonia seductora. Por alguna extraña razón, esta fantasía no negaba en modo alguno la realidad de Shirakawa.

Incluso en su propio hogar, Shirakawa mantenía una actitud distante y rara vez se permitía una sonrisa. Cuando tomaba sake, no perdía la compostura por dos o tres tazas. Y no lo hacía tan sólo para no darle a Tomo una imagen deplorable de sí mismo, pues siempre presentaba el mismo aire de castidad y distanciamiento, como si fuese del todo indiferente al sexo contrario. Cuidaba su aspecto más que una mujer, a menudo se quejaba de uno u otro detalle al empleado de la sastrería que acudía a la casa para hacer las pruebas de sus prendas de vestir, y los *tabi* blancos para los pies que llevaba con la indumentaria japonesa jamás tenían una sola arruga.

Cuando Suga le quitaba la ropa y la ayudaba a ponérsela, o permanecía a su lado colocando el espejo en un ángulo conveniente mientras él se afeitaba o atendía a cualquier otra de sus necesidades personales, su pulcritud y su aspecto juvenil elevaban el ánimo de Suga, y sus movimientos tenían una ligereza que les faltaba cuando atendía a la señora. Sin embargo, si le hubieran preguntado si eso significaba que amaba a Shirakawa, no habría sabido responder.

Pese a que Shirakawa demostraba apreciarla como si fuera una joya singular, la sensación de que la habían robado, de que era una cautiva, embargaba todavía el corazón de Suga, por lo que su belleza, aunque a ella le pasara desapercibida, era una belleza ensombrecida, como la de las flores de cerezo en un día nublado.

Acarició el pequeño vientre blanco del gatito, le revolvió el pelaje del lomo, notó las garras minúsculas que le arañaban la mano y de repente lo estrechó con tanta fuerza contra su pecho que el animal emitió un quejumbroso maullido.

—Soy igual que tú, ¿verdad?

Sabía que por mucho que se debatiera, un gatito no podía enfrentarse a un ser humano, y de una manera intuitiva percibía el alma cruel e implacable que había detrás de la fachada pulcra y refinada de Shirakawa.

Algo había ocurrido mientras estaban todavía en Fukushima.

Entre los jóvenes subordinados de Shirakawa que frecuentaban la casa había un hombre de baja estatura, llamado Kazahaya, y cada vez que pasaba por el lado de

Suga en el corredor le rozaba, al parecer sin darse cuenta, el hombro o el brazo, o la miraba a la cara sin parpadear. Un día, cuando los hombres estaban reunidos tomando sake y Kazahaya se sentaba al pie de la mesa, algún giro de la conversación le hizo pedirle a Suga que le mostrara su anillo de oro taraceado.

Sin sospechar nada, ella se quitó el anillo y se lo dio para su inspección, pero él se apresuró a metérselo en un bolsillo y se negó a devolvérselo pese a los ruegos de la muchacha. Temerosa de levantar demasiado la voz delante de los demás, ella dejó de insistir, atemorizada por la idea de lo que ocurriría si Shirakawa se enteraba de la acción de Kazahaya después de que éste se hubiera marchado.

Por supuesto, nunca le habría mencionado la anécdota a Shirakawa y, sin embargo, antes de que la noche hubiera terminado, él percibió, por el desacostumbrado encogimiento de su cuerpo inmaduro, que algo anormal sucedía. En la oscuridad, le tocó los dedos, que estaban rígidos de frío uno tras otro.

—No está tu anillo —le dijo en un tono despreocupado.

La suave y blanca piel de Suga se transformó de repente en carne de gallina, y se echó a temblar como un topo asustado.

—¿Se lo has dado a alguien?

Con dulzura, como un padre, le acarició la espalda y los brazos, y ella se acurrucó contra él y empezó a sollozar. Entonces, de una manera entrecortada, hipando entre los sollozos como una niña a la que han reñido, ella le contó cómo Kazahaya le había quitado el anillo.

—Qué tontería. No tienes por qué llorar... Los jóvenes gastan a menudo esa clase de bromas. De todos modos, será mejor que tengas cuidado, porque esas cosas pueden conducir a situaciones desagradables.

Mientras hablaba, la rodeaba con un brazo y con la otra mano utilizaba la manga de su kimono para enjugarle las lágrimas y separar, una tras otra, las hebras de cabello húmedo pegadas a su mejilla.

Suga había creído zanjado el asunto aquella noche, y pocos días después se horrorizó al saber que, durante una visita a las caldas de Higashiyama con sus colegas de la oficina prefectural, Kazahaya se había visto envuelto en una pelea entre colegas y le habían roto el hueso de la cadera. Había en el grupo varios agentes de policía expertos en judo que estaban a la entera disposición de Shirakawa. Desde entonces, cuando Suga veía a Kazahaya, que iba cojeando al encuentro de Shirakawa para escuchar humildemente sus requerimientos, se sentía dolorida. Ahora Kazahaya evitaba mirarla, como si temiera ver incluso un mechón de su cabello.

Ella se daba cuenta de que el señor era un hombre temible, un hombre capaz de hacer cualquier cosa cuando se enojaba. En lo sucesivo, la imagen de Kazahaya que avanzaba cojeando acechaba en el fondo de su mente incluso en los momentos en que su relación con Shirakawa era relajada e íntima.

—He llevado una vida demasiado disipada para ser padre de nuevo —le dijo cierta vez Shirakawa—, pero en cualquier caso, con un cuerpo como el tuyo no

podrías tener un hijo.

Estas palabras quedaron marcadas en la mente de Suga. No deseaba en especial tener un hijo de Shirakawa, pero que la rechazara como una mujer que no podía darle hijos le causaba la triste sensación de quien viaja en la oscuridad sin un lugar donde descansar al final del camino.

«Al fin y al cabo, por guapa que sea, soy una criada —se decía—, no tengo perspectivas de futuro. Mi único consuelo es que al hacer esto, aseguro que mi madre y mi hermano vivan con cierta comodidad. Aunque me marchara de aquí, nunca volvería a ser la chica sencilla de antes, y puesto que en la casa ya hay una esposa, poco importa que se sume otra mujer como yo». Desde el momento en que pensó que tal era la situación que podría darse, Suga empezó a sentir casi una especie de identificación con Yumi, su estilo de peinado, su rostro de aire masculino, su tez morena, su alta estatura y sus largos miembros.

Shirakawa debía de haberle hecho algo a Yumi, pues un día Suga la encontró junto a las pesadas puertas del almacén enjalbegado, los estrechos hombros sacudidos por los sollozos.

—¿Qué te pasa...? ¿Qué te pasa, Yumi? —le preguntó, mientras ponía una mano en el hombro de la muchacha y la miraba a la cara. Yumi se apresuró a ocultarla en la manga de su kimono y lloró. Con cada movimiento de los hombros de Yumi, Suga notaba en su propio cuerpo una vaga sensación que le decía con claridad, sin que necesitara preguntárselo, cuál era la causa de su aflicción—. Vamos, Yumi... lo sé, lo sé. A mí me ocurrió lo mismo...

Las lágrimas acudieron a los ojos de Suga mientras hablaba, la voz trémula de emoción. Yumi la miraba como si oyera su voz por primera vez, vio los ojos grandes y anegados en lágrimas de Suga y apoyó la cabeza en el pecho de ésta, presa de un violento acceso de llanto, como si lo que veía le hubiera causado una nueva oleada de desdicha. Mientras lloraba con ella, Suga acariciaba los estrechos hombros de Yumi. Su cuerpo era fuerte y flexible como bambú joven, con una delgada capa de carne firme sobre una estructura ósea ligera. La piel trigueña, de textura algo áspera, también tenía un toque de masculinidad que a Suga le resultaba agradable.

—Mis padres se enfadarán conmigo... que me haya ocurrido esto... estoy avergonzada.

Lloraba de nuevo entre una y otra frase. Sin embargo, en los lamentos de Yumi había cierta resistencia, algo de lo que había carecido su propio dolor y que a Suga le parecía atractivo. De repente su corazón se inundó no de celos sino de un deseo de intimar con Yumi, de abrazarla para compartir su aflicción común.

—Tratemos de ayudarnos mutuamente, Yumi. Aunque valgo muy poco, considérame como una hermana, por favor.

—Así lo haré, Suga... yo... yo...

Sin hacer caso de su complicado peinado, apoyó la cabeza en las rodillas de Suga.

Aquella noche Yumi entró en la habitación de Suga y habló con ella de su crianza y su familia. Eran pobres, el único familiar que trabajaba era el marido de su hermana mayor, empleado del Ayuntamiento, pero en el pasado su padre había sido guardaespaldas de un señor feudal, en cuya residencia su madre había servido. A instancias de la señora Sonoda, Yumi había entrado al servicio de los Shirakawa creyendo que iba a aprender los modales corteses, pero, en vista de los acontecimientos, sospechaba que los responsables se lo habían propuesto en secreto desde que empezaron a ayudarla para que consiguiera el puesto. Shirakawa había dicho que se haría cargo de ella como su hija de adopción, de la misma manera que Suga, pero ella dudaba de que su testarudo padre accediera. Si su padre se quejaba de que Yumi se había echado a perder, la vergüenza de la muchacha sería intolerable. Con una profunda emoción en el semblante, le dijo a Suga que la mera idea de que pudiera ocurrir tal cosa hacía que deseara huir y ocultarse en alguna parte.

La emoción y las lágrimas que humedecían sus mejillas, con las cejas muy juntas como las de un apuesto muchacho, proporcionaban al rostro de Yumi una belleza todavía más sencilla. El hecho de que su aflicción no estuviera teñida de amargura por el agravio que había sufrido a manos de Shirakawa desgarraba el corazón de Suga y le producía una sensación de parentesco con la muchacha.

Aquel día la venta benéfica había ido mejor de lo esperado, y al oscurecer Tomo y Etsuko regresaron a casa por delante de Shirakawa, que había asistido a la venta como invitado. Madre e hija llevaban consigo un fardo de dulces y bolsas de cosméticos que él había comprado para regalar a las mujeres que se habían quedado en casa.

Etsuko se quitó el vestido occidental que la constreñía, se puso un kimono de gruesa seda amarilla y una holgada chaqueta de seda teñida de Yūzen y entró en la habitación de Suga para contarle los detalles del acontecimiento en el Rokumeikan durante el que ella había servido el té a la emperatriz.

—Creo que se podría decir de ella que es bonita. Se parece a nuestra Yumi.

Tras haber cometido este desliz, Etsuko se encogió de hombros y miró atrás. Si su madre hubiera estado presente, a buen seguro la habría reñido severamente por hacer una comparación tan poco respetuosa. Tomo adiestraba a su hija de una manera rigurosa, y Etsuko siempre parecía más vivaracha e infantil cuando estaba en compañía de Suga o de las sirvientas. La misma Suga sentía una simpatía natural por la inocente manera en que Etsuko se le aferraba. Ella había tenido una madre que la peinaba, le compraba bonitos adornos para el pelo y la mimaba en todos los sentidos, y había ocasiones en las que casi sentía lástima por aquella niña que, aunque todavía pequeña, nunca podía mostrarse tal como era con ninguno de sus padres y siempre estaba en guardia de un modo que no era nada natural en una niña.

—¿Te gusta Yumi, Etsuko?

—¡Oh, sí, me gusta mucho!

—¿Más que yo?

—No, qué va. Para mí Suga... pero me gustáis las dos.

Sacudió la cabeza, como si estuviera perpleja. Suga parecía ofendida, pero al mismo tiempo le cautivaba la franqueza y la sencillez de la niña. Sólo cuando bromeaba así con Etsuko experimentaba una sensación de alivio, como si ella misma volviera a ser niña.

Aquella noche, cuando Suga le comunicó que Yukitomo deseaba que fuese a su habitación, Tomo sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Pese a su buen humor después de la venta benéfica en el edificio Rokumeikan, cuando le dijo que fuese a casa con las compras que habían hecho, por la noche, al regresar, estaba tenso y malhumorado. Ella se había acostumbrado a sus cambios de ánimo, y sabía por una larga experiencia que en ningún momento se sentía tan mal y era más difícil de tratar que cuando a su mirada clara y fría la contradecía una vena azul que le pulsaba en la sien y cuando las articulaciones de sus dedos parecían rígidas y tenía el pulgar curvado. Y en tales ocasiones, en vez de intentar librarse de la tensión en compañía de Suga, llamaba a Tomo y la sometía a un tercer grado sobre la administración de las finanzas familiares o la supervisión de sus bienes. A Tomo le parecía bien tener esa oportunidad de conversar sin la presencia de las concubinas, pues por lo menos una o dos veces al mes tenían que tomar juntos ciertas decisiones, pero aborrecía que en ocasiones, cuando algo había desagradado a Shirakawa, tuviera que ser ella quien recibiera de lleno el impacto de su rencor. Al entrar en la habitación de su marido, donde estaban extendidos dos futones, uno al lado del otro, Tomo se sentía como un contable cuyo superior está a punto de inspeccionar sus libros de cuentas. La idea de que aquel día, cuando él mostraba una irascibilidad especial, era preciso que ella sacara a relucir la cuestión de Yumi hacía que fuese aún más reacia a entrar en la habitación donde él la esperaba.

Dos o tres días antes, Tomo había recibido una carta del padre de Yumi, escrita con elegancia en el estilo caligráfico Chihagi. Tras preguntar respetuosamente por su salud, pasaba de inmediato a insinuar que el inesperado cambio en la situación de Yumi era en parte responsabilidad de Tomo. ¿Por qué Shirakawa había tenido necesidad de violar a Yumi cuando ya tenía una esposa y una querida? Aunque él fuese el cabeza de familia, privar a una mujer joven de su virginidad sin el consentimiento de su padre era ir demasiado lejos. En cualquier caso, su hija ya no podría recuperar nunca su virginidad, por lo que quería saber qué pasos se proponía dar Shirakawa. Le visitaría próximamente para conocer sus intenciones al respecto. Las frases eran corteses, pero, el tono en que exigía una explicación, perentorio.

Sin embargo, Tomo también sabía a través de Sonoda que el padre de Yumi había sido vagamente consciente de que sucedería tal cosa cuando pusiera a su hija al servicio de Shirakawa, y en su fuero interno lo había deseado. Que el padre enviara una carta tan formal cuando con casi toda seguridad pensaba en los envíos de dinero

que le facilitarían la vida si Yumi se convertía en concubina era una indicación de la importancia que tenía el orgullo para un anciano de la casta samurái, pero Tomo se sentía más solidaria con la sencilla rectitud y la franqueza de la madre de Suga. La codicia que percibía tras las hileras de bien formados ideogramas y las frases bien escritas era, a su modo de ver, mucho más abyecta, y se quedó un momento con la carta en la mano y una gélida sonrisita en los labios.

Cuando entró en el dormitorio, Shirakawa estaba en kimono para dormir, con un codo apoyado en el pequeño escritorio de caoba junto a la lámpara, mientras corregía con tinta roja unos documentos oficiales.

—¿Por qué no te pones más cómoda? —le preguntó, dirigiéndole una mirada malhumorada.

Ella fue de nuevo a la antesala. El frufú de la tela llegó a oídos de Shirakawa con una extraña claridad. Debía de estar quitándose el *obi* de rígida seda; dejó el pincel sobre la mesa y escuchó los lentos y pesados movimientos que eran melancólicos y monótonos pero al mismo tiempo potentes como las olas de un mar en invierno, y que le sugerían el cuerpo y la voz tan familiares a su vista y su oído tras casi veinte años de matrimonio. Evocaban olvidadas escenas que iban y venían mientras ella se movía, escenas de los arroyos de montaña de su Kyushu natal y de la espesa nieve que cubría los distritos norteños de Tohoku, adonde le había llevado su profesión. Como una sombra de la que jamás podría librarse, Tomo iría envejeciendo en aquella casa, cada vez sería más como un fantasma familiar, hasta que finalmente muriese. Él percibía vagamente la fría y muy arraigada voluntad, tan alejada del amor o de la abnegación que la llevaban a aceptar de una manera tan sumisa los caprichos de su voluntad. Eso despertaba en él una fuerte emoción que se parecía al odio. Al contrario que Suga o Yumi, Tomo era para él un ser formidable, un enemigo parapetado en una fortaleza inexpugnable. Sin embargo, aquel día estaba afligido y habría prescindido de buen grado de la rigidez de la que normalmente se revestía para conversar con soltura y familiaridad, como cuando eran jóvenes.

¿A qué se debía esa actitud? Aquel día había visto un fantasma en plena luz del día.

Aunque había acompañado al director general de la Policía, Kawashima, al baile celebrado en el gran salón del Rokumeikan después de la venta benéfica, Shirakawa no tenía el menor interés por la música y el baile occidentales, y se había sentado en un sofá de la antecámara y apagado la sed con el vino blanco que le había traído un camarero.

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro y al volverse con indiferencia, vio a un hombre vestido de levita, con bigote de guías, ojos de mirada penetrante y en los labios una sonrisa mordaz, a medias agresiva y a medias conciliadora.

—Qué tal, señor Shirakawa. Todavía debo agradecerle lo que hizo por mí en Fukushima.

Era un hombre joven, llamado Hanashima, seguidor de Unno Takachu, el líder

político. En la época en que Shirakawa, a las órdenes del gobernador Kawashima, tomó drásticas medidas contra el movimiento pro derechos civiles en Fukushima, ataron a Unno, le sometieron a un interrogatorio implacable y luego le juzgaron en Tokyo y lo enviaron a la cárcel, donde se decía que había muerto a causa de una enfermedad. Al parecer, Hanashima se había jactado de que podría comerse la carne de Shirakawa y aun así quedarse con hambre de venganza. Ahora el hombre magullado y desgredado de aquel entonces se había convertido en un caballero elegante, de abundante cabello con raya en el medio y un aroma a colonia, señal de que había regresado recientemente de Occidente. Es comprensible que Shirakawa se quedase desconcertado.

Hanashima arqueó el torso hacia atrás y se echó a reír, al parecer por el puro placer de haber sobresaltado a aquel hombre que de ordinario era tan imperturbable.

—No se sorprenda. Supongo que me daba por muerto, ¿no es cierto? Pues nada de eso, nada de eso. ¿Qué harían los compañeros si yo muriese mientras astutos funcionarios como usted todavía andan sueltos? Mire esta fortaleza donde no se hace de noche con sus deslumbrantes arañas de luces... Son los estertores de muerte del gobierno de clanes, la llama de la vela que fulgura por última vez antes de extinguirse. Por más que usted luche contra ella, la Constitución se promulgará dentro de uno o dos años. Entonces, tanto si le gusta como si no, habrá una Asamblea Nacional. El pueblo elegirá a sus miembros, por lo que no habrá más funcionarios como usted nombrados a dedo por el Gobierno. Su reino termina, y muy pronto ustedes, los lacayos de la burocracia, estarán perdidos. Presenciarán la fuerza ascendente de las masas, ustedes, los hombres que sólo hacen uso de su autoridad para beneficiarse personalmente. ¡Ja, ja, ja, ja!

Hanashima se marchó sin dejar de reír, y Shirakawa no pudo articular palabra durante un rato. Era un estado de estupor impropio de él. Los tríos y quintetos que conversaban a su alrededor no le importaban, pues muy bien podrían haberlos tomado por amigos íntimos, tan cordial había sido la actitud de Hanashima. Pero ¿qué le habría ocurrido al Hanashima que, cuando lo llevaban a la cárcel a través de la nieve, había dicho que no podía respirar porque las cuerdas le apretaban demasiado? Veía a las parejas en el salón de baile, vestidas con elegancia, las manos unidas, como un torrente de alegres flores que se deslizaban al ritmo de la música occidental por el suelo de tablas bajo la luz centelleante de los candelabros colgantes alimentados con gas. Hanashima, que acababa de dejarle, bailaba ahora alegremente con una beldad que llevaba un vestido de noche de satén violeta que revelaba sus hombros desnudos. La escena dejó a Shirakawa con una extraña sensación de riguroso aislamiento.

Cuatro o cinco días antes, el director general de Policía Kawashima, un hombre que no se arredraba fácilmente, había dicho con los párpados caídos arrugados por el frunce del ceño:

—Si dentro de uno o dos años no hemos logrado un control absoluto, todo habrá terminado para nosotros. Personalmente, no quiero estar vivo si llega ese momento.

¿Era posible que aquel ogro que era el director de la Policía, el hombre que había dedicado todas sus energías a reprimir la campaña popular por los derechos civiles, hubiera comprendido que sería vano oponer resistencia a la nueva era que avanzaba hacia ellos como la marea alta? Shirakawa se sentía abatido al ver la grieta que se abría en el carácter de aquel hombre obstinado que en otro tiempo con tanta facilidad había confiscado casas, un auténtico robo a la luz del día, para derribarlas a fin de dejar espacio a una carretera de la prefectura; el hombre que tranquilamente había tolerado que los residuos minerales envenenaran toda una zona a lo largo de las orillas del río Watarase, a fin de que prosperase la mina de cobre de Ashio, y todo esto realizado en nombre de la lealtad al Estado.

Aquel día había visto a Taisuke Itagaki, el presidente del Partido Liberal, lo cual probablemente significaba que Hanashima formaba parte de su grupo. Al pensar en la convocatoria de una Asamblea Nacional, en la que Unno y Hanashima ocuparían escaños y, por lo tanto, podrían seguir adelante con su defensa de los derechos civiles, Shirakawa no podía evitar la sensación de que la época en que los burócratas como él habían detentado un poder indiscutido estaba periclitando. Poco a poco se iba sintiendo amenazado por un destino trágico similar al de Echizen no Kami Mizuno, Yozō Torii, Naosuke Ii y Shuzen Nagano, vasallos de confianza de hombres poderosos cuando se produjo la Reforma Tenpō, en un pasado no muy lejano.

Cuando Shirakawa estaba sobrecogido, buscaba el refugio de los brazos protectores de Tomo. No podía transmitir la emoción que ahora sentía ni a Suga ni a Yumi, de las que cuidaba como si fuesen peces de colores o pajarillos enjaulados. Sólo una mujer más fuerte y con una voluntad más vigorosa que la suya podía aliviar la herida y restañar la sangre. Y, sin embargo, no hacía más que imponer una imagen maternal a una mujer cuyo amor fue en el pasado lo bastante sensible para percibir una sutil herida del alma como la suya, pero que largo tiempo atrás se había convertido en cenizas. Ver la cara malhumorada de Shirakawa hizo que Tomo se pusiera a la defensiva cruzando los brazos, reacia al contacto, como habría evitado tocar un divieso.

La incorporación de una nueva concubina, además de Suga, le hacía sentirse inquieta, preguntarse cómo evolucionaría el carácter de Yumi en la casa, pero no aivaba en absoluto la llama de los celos.

Aquella noche Tomo habló de la carta enviada por el padre de Yumi, y lo hizo en voz baja y tono vacilante, como si fuese ella la que pedía algo irrazonable, como si estuviera en guardia porque, en caso de que su marido se ofendiera, las cosas se complicarían todavía más.

—Su familia es de antiguos samuráis, y me temo que por ese motivo la situación va a ser bastante problemática.

—Lo dudo. Según Sonoda, Mitsu, la muchacha que la acompañaba, temía en su fuero interno convertirse en concubina. Parece ser que la madre de Yumi trabajó de sirvienta en los aposentos privados del señor Toda, por lo que debe de estar bien

enterada de estas cosas. Espero que todo se reduzca a una cuestión de honor familiar y que pueda resolverse con dinero.

Shirakawa hablaba como si el asunto no tuviera una relación directa con él, y mientras lo hacía, fulminaba a Tomo con la mirada. No le irritaba tanto la cuestión de Yumi como el hecho de que a Tomo le perturbara menos que cuando trajo a Suga.

Su esposa le miró a los ojos.

—¿Cuánto será? —le preguntó con sosiego.

También Tomo se aborrecía a sí misma por la indiferencia de su corazón, por no haberse sentido ofendida cuando se enteró de que Yumi había dejado de ser virgen.

—Supongo que lo mismo que cuando ocurrió lo de Suga —respondió Shirakawa—. En todo caso, esta vez debería ser menos —añadió con frialdad, en un tono tajante.

Estas despectivas palabras daban a entender que Yumi era una muchacha más simple, más superficial que Suga. Él había amado a Suga, además de Tomo, y a Yumi, además de Suga, ¿y en qué había afectado eso al mundo en el que Shirakawa vivía? Se cruzó de brazos, sintiéndose desolado, enfrentado a la soledad que barría su interior como un gélido y negro viento.

Capítulo 2

La luna de la vigésima sexta noche

Nada más bello
que el vuelo de una mariposa
ajena a lo breve que es su vida.

Matsuo Bashō

-He visto los *jinrikisha*... ¡La boda, la boda! —gritó uno de los servidores vestidos con atuendo tradicional que estaban junto a la puerta, mientras los hombres que tiraban de los *jinrikisha* completaban la hazaña de subir corriendo por la cuesta entre los arbustos, y de improviso la entrada en la que esperaba la novia se agitaba como una bandada de aves que emprendieran el vuelo—.

Maki, la nodriza, que estaba dando el pecho al bebé en el ala más alejada de la casa, se irguió al oír la conmoción. Retiró con cuidado el brazo que servía de almohada a la cabecita del ahora dormido Takao y se cubrió el pecho con el kimono mientras se levantaba y salía a la pasarela. Aunque normalmente el bebé siempre estaba a su lado, aquel día Tomo había trasladado a Maki y el niño al primer piso, para que a la joven a la que un día él llamaría madre no le turbara el llanto de una criatura en su noche de bodas.

Durante el día, desde el piso superior de la casa, que se alzaba en lo alto de un terreno en suave cuesta, con una extensión aproximada de dos mil *tsubo*^[7], se veía el mar de Shinagawa, pero al anochecer la bruma vespertina lo velaba, una bruma que daba al follaje de los árboles del jardín una tonalidad azul oscuro y de la que sólo destacaban aquí y allá, a cada lado de la suave cuesta, las copas de los cerezos en flor como sombrillas de color malva. En aquel momento el *jinrikisha* de la novia, precedido por el del mediador, avanzaba bajo las sombrillas de flores cuesta arriba. En el vehículo, que tenía bajada la capota, se sentaba la novia con la cabeza inclinada. El complicado estilo de peinado, con el blanco tocado nupcial rematado por peinetas y agujas decorativas, oscilaba mucho, y el color escarlata del *uchikake*, el largo kimono externo, con sus figuras bordadas, resaltaba claramente en la creciente penumbra. La luz de los faroles que pendían de postes en la entrada o

sostenían en la mano los que aguardaban para recibirla todavía brillaba menos que el resto de claridad diurna, que prestaba una belleza aún más etérea al cortejo nupcial. Maki lo observaba embelesada, con la sensación de haber visto todo aquello en un sueño, hasta que de súbito un pensamiento cruzó por su mente, se le cayó el alma a los pies y la novia con su espléndido atuendo le pareció una persona desdichada.

Seguramente no sospechaba todavía cuál era el verdadero carácter del joven señor, y Maki, cuyo matrimonio había terminado en un fracaso, sentía lástima de ella. Cuando la madre de Takao falleció de fiebre puerperal poco después de que naciera el bebé, hacía más de un año, Maki entró al servicio de la familia como nodriza, y durante el tiempo transcurrido incluso ella, una mujer tranquila que no se planteaba interrogantes, había llegado a comprender más o menos la enorme complejidad de las circunstancias en el seno de la familia Shirakawa.

Yukitomo Shirakawa había dejado de ser funcionario del Gobierno poco después de que se promulgara la nueva Constitución. La causa directa de su retiro fue la muerte prematura, cuando tenía unos cincuenta años, del director de la Policía Kawashima, de cuya amistad había gozado durante muchos años, a consecuencia de un derrame cerebral. No había nadie más entre sus superiores a quien el testarudo Yukitomo estuviera dispuesto a someter su voluntad, y, como durante sus años en el cargo había acumulado una riqueza suficiente para asegurarse el sostén de su vejez, no tenía intención de servir a otro señor. Pero lo que más le había impulsado a tomar esa decisión era que, dada su formación confuciana y su aprendizaje de las artes marciales, que se consideraban apropiados para un samurái de bajo rango del clan Hosokawa, estaba convencido de que competir con el interés que poco a poco iba aumentando entre los burócratas más jóvenes del gobierno de la era Meiji por los nuevos conocimientos llegados de Occidente, su insidiosa tendencia a chapurrear el inglés y su intento de poner en práctica unas teorías legales al estilo occidental era algo que rebasaba sus capacidades.

Debido a su orgullo anticuado, no podía soportar que sus subordinados se mostraran condescendientes con él, y si permanecía en su puesto sin el apoyo de Kawashima, podría ser objeto de una humillación todavía mayor. Peor aún, si se establecía una Asamblea Nacional y había un gran número de diputados electos, sería inevitable que, más tarde o más temprano, políticos ambiciosos como el Hanashima con el que se había encontrado en el Rokumeikan destacaran como representantes del nuevo régimen. Yukitomo se había retirado voluntariamente del servicio oficial para evitar los peligros que veía aproximarse. De la misma manera, había comprado una gran casa, que antes fue la residencia de un extranjero, cerca de Gotenyama, en Shinagawa, a fin de tener una fortaleza donde pudiera pasar el resto de su vida sin que nadie le molestara. La mansión, en lo alto de una cuesta, era su castillo, pero también era el túmulo funerario de las ambiciones abatidas en su plenitud.

Dentro de su casa, Shirakawa actuaba como un monarca despótico, como el señor de un clan feudal de la era que había quedado atrás, y ni su esposa Tomo ni sus

concubinas Suga y Yumi podrían haber disfrutado de un solo día de intimidad en aquella casa si no se hubieran adaptado al temperamento presuntuoso e irascible del señor. Etsuko se había casado el año anterior, con un licenciado en Derecho que acababa de regresar al país tras haber estudiado en Occidente.

La única persona de la familia que no se avenía con Yukitomo era su hijo Michimasa.

Los Shirakawa habían tenido a Michimasa poco después de casarse, cuando aún vivían en su provincia natal, y el muchacho se había criado en el hogar de unos tíos de Kumamoto, en Kyushu, mientras Yukitomo se trasladaba desde un puesto oficial a otro en el nordeste de Honshu. Cuando finalmente se instalaron en Tokyo y le hicieron venir para que viviera de nuevo con ellos, Michimasa ya debía de tener quince o dieciséis años. Yukitomo había tratado de proporcionarle una formación, enviándole a una escuela de inglés y a la Universidad de Tokyo, de reciente fundación, pero aunque Michimasa tenía una capacidad de retención normal, su carácter retorcido le impedía trabar amistad con nadie. Tanto en la academia como en la universidad, todos lo que podrían ser amigos suyos le desdeñaban, por lo que al final no hubo más alternativa que dejar que llevara en casa la vida de un jubilado muy prematuro.

Al orgulloso Yukitomo la deforme personalidad de su hijo no le inspiraba compasión, sino un profundo desagrado. El desprecio que habría sentido ante semejante falta de cualidades estimables en un desconocido se convertía en una vergüenza insoportable cuando la persona era de su propia sangre.

Incluso en casa, Yukitomo no comía con Michimasa, quien vivía en la habitación del servicio con un sobrino del campo que se alojaba con ellos hasta que se casara.

—A un muchacho no hay que tratarlo como a un hombre hasta que se haya independizado de sus padres —decía Yukitomo.

Para Tomo la situación en la casa era doblemente dolorosa. Aunque Suga y Yumi eran sirvientas a medias, vivían en la habitación del señor, mientras que el hijo y heredero Michimasa vivía en la habitación del servicio, con su tatami sin ribetes de tela en los bordes, y verlo allí sentado, ante su sobrino Bashō, llevándose ávidamente a la boca el arroz con los palillos que ni siquiera sabía sujetar bien, era tan desesperante para ella que sentía deseos de cubrirse los ojos. Por otro lado, cada vez que Michimasa entraba en una habitación donde se encontraba su padre, al instante los ojos de éste observaban con aborrecimiento los torpes y ruidosos movimientos y el rostro de Michimasa, y su frente abombada y nariz prominente parecían la máscara de un general en la antigua danza *kagura*. Tomo, siempre ojo avizor para captar cualquier variación en el estado de ánimo de Yukitomo, se ponía aún más nerviosa en presencia de Michimasa, estaba sobre ascuas, temerosa de que el muchacho dijera alguna estupidez que enojara de nuevo a su padre.

Si Michimasa hubiera sido un joven normal al que su padre hubiese repudiado, naturalmente Tomo se habría puesto encubiertamente de su parte, lo cual, a su vez,

habría intensificado el amor entre madre e hijo, pero con demasiada frecuencia la manera de expresarse y la conducta de Michimasa eran tales que incluso su madre experimentaba el mismo aborrecimiento hacia él que Yukitomo.

Cuando Tomo consideraba que era ella quien había traído a Michimasa al mundo, que el padre era inequívocamente Yukitomo, le parecía absurdo que el muchacho no sintiera el menor afecto por ningún ser vivo aparte de sí mismo, que estuviera condenado a que nadie le amara, y se descorazonaba ante la imposibilidad de hacer algo por evitar esa situación.

¿Por qué habían tenido un hijo así? Que hubiera llegado a ser semejante hombre, ¿podía ser un castigo por haberle dejado crecer lejos de casa?

Cuando Tomo veía que los hijos de sus familiares y conocidos que se convertían en jóvenes, si no descollaban, por lo menos eran normales, los comparaba con Michimasa y volvía a examinar el comportamiento que ella había tenido en el pasado. Pero aparte de que le hubiera dejado pasar los años de la infancia con sus tíos en el campo, no podía creer que ella, por lo menos, hubiera sido la causante de cualesquiera circunstancias desfavorables que explicaran una naturaleza tan especial como la de su hijo. No estaba dispuesta a que el desenfreno de su padre influyera en los niños, y por ello jamás se había quejado de él a Michimasa ni a Etsuko. A la larga, la culpa de la interminable inmadurez de Michimasa sólo podía atribuirse a la propia inmadurez del cuerpo de Tomo cuando, a los quince años, le dio a luz. Concebido en una matriz de maduración todavía incompleta, el niño había nacido con una mente incapaz de crecimiento. ¿Era posible una mayor desdicha para cualquier niño?

En teoría, aunque todo el mundo evitara a Michimasa, Yukitomo y Tomo deberían haber volcado en él todo su amor paternal. Pero lo cierto era que ni tan sólo su padre podía sentir afecto por el muchacho, que avanzaba sin rumbo por la vida como un niño perdido, apático, con una mente que se negaba a madurar dentro del cuerpo de un adulto. Esa idea hacía que a Tomo le desagradara profundamente la resistencia a soportar de buen grado a los necios que tan arraigada estaba en su carácter.

Por lo menos quería encontrarle una esposa para que tuviera hijos y llevara una vida como la de otros hombres. Tal vez Yukitomo había comprendido su deseo secreto sin que ella lo expresara, pues pocos años atrás Michimasa había tomado finalmente a su primera esposa, tras lo cual, y en parte por consideración a la desposada, por fin le habían tratado, aunque sólo fuese de una manera superficial, como el joven señor de la familia Shirakawa.

Maki conocía de oídas estos sucesos del pasado, pues Seki y las demás sirvientas se los habían contado. Al principio le extrañaba el trato que la familia daba a su hijo, pese a los fallos de éste en ciertos aspectos, y le parecían unos padres despreciables, pero no pasó mucho tiempo antes de que también ella cambiara de idea y empezara a considerar natural que incluso sus propios padres rehuyeran a Michimasa. Con el autocrático Yukitomo, con Tomo y su recta moral, con Suga y Yumi, pese a su obstinación, sus actitudes remilgadas, su reserva y volubilidad femeninas, cuando se

acostumbró a ellos, pudo encontrar en cada uno algo a lo que ella respondía, pero con Michimasa, cuanto más tiempo vivía con él, tanto más intensa era su sensación del gran alivio que experimentaría si pudiera marcharse de allí. Michimasa era tacaño, glotón e irascible con la servidumbre. Cuando le servían la comida, la devoraba como una criatura hambrienta, y cada vez que abría la boca para hablar invariablemente causaba repugnancia, como si apestara. Su mera presencia bastaba para estropear el ambiente a su alrededor.

Incluso el cariño que Yukitomo y Tomo le tenían al pequeño Takao a menudo le enojaba. Cuando Maki sostenía a Takao en brazos, lo miraba con la expresión de un animal que careciera de sentimientos de alegría pero tuviese unas reservas ilimitadas de cólera y celos, y decía aviesamente: «Bah, ¿de qué sirve cambiar una y otra vez a una criatura de esa manera? ¡Qué derroche!». Y contemplaba el rostro del bebé con una expresión fría y taimada en los ojos, como si pudiera empezar a golpearle en cualquier momento. Cada vez que sucedía esto, Maki tenía la impresión de que también la detestaba a ella, y reflexionaba en que, después de todo, la madre de Takao estaba mejor muerta. No tenía duda de que ninguna mujer, ni un dechado de bondad ni una arpía, podía ser feliz casada con semejante hombre.

Miya, la novia que acababa de llegar, era la hija mayor de un prestamista que vivía en el recinto del templo Zōjō-ji. Tomo había llegado a la conclusión de que la única posibilidad de solucionar satisfactoriamente la cuestión del matrimonio de su hijo sería encontrar una familia de comerciantes que tuvieran más interés por la fortuna o la categoría social que por el carácter personal del novio. Al elegir a la primera esposa, también se decidió por la hija de un comerciante de paños para kimono de Nihonbashi. El intermediario ya había informado sobre los bienes de los Shirakawa y la profesión de Yukitomo a la familia de Miya, y en cuanto la madre y el hermano mayor de la muchacha, que ahora era el cabeza de familia, supieron que los abuelos cuidarían de Takao sin que Miya tuviera que molestarse en absoluto, se mostraron de inmediato entusiasmados. De momento la pareja podría ocupar una habitación de la casa de Shirakawa, pero tras la muerte de Yukitomo la mayor parte de los ingresos de un número considerable de edificios y fincas en la ciudad recaerían en Michimasa, lo cual era suficiente para que la madre de Miya, amante del lujo, aceptara todo lo demás: la esposa anterior, el hijastro, el hecho de que el novio careciera de empleo. También le gustó mucho que los Shirakawa le dieran a entender que no tendrían necesidad de aportar una dote. En cuanto al vestido de boda, utilizaron un kimono rojo de la casa de empeños, cuyas mangas eran tres o cuatro *sun*^[8] más cortas que las del kimono interior de seda blanca.

Puesto que, para la boda de su hija Etsuko, Tomo lo había elegido todo con sumo cuidado, desde las franjas decorativas en los cuellos de los kimonos hasta la ropa interior, por si la suegra de Etsuko y los demás familiares los veían y se reían cuando fuese a vivir con ellos, le escandalizaba que una mujer que vestía con tanta elegancia

y se expresaba con tanta corrección como la madre de Miya mostrara tal despreocupación por las necesidades de su hija, y, al reflexionar en que esa actitud era precisamente lo que posibilitaba que la madre entregara a su hija todavía soltera para que fuese la segunda esposa de un hombre como Michimasa, la compasión que sentía por Miya se intensificaba.

—Señora —le dijo Suga.

Miya había regresado a la sala principal donde los invitados de la boda aguardaban. Suga señaló el kimono interior blanco que había estado doblando después de ayudar a la novia a cambiarse de indumentaria en la habitación del fondo destinada a ese fin. Tomo frunció el ceño al ver la mancha marrón claro en la prenda, y mientras iba en pos de Miya le dijo en voz baja pero firme:

—No se lo digas a las doncellas. Doblados tú y Yumi, por favor. Si Miya pensara que nos hemos dado cuenta, sería terrible.

Suga terminó dócilmente de doblar la prenda blanca y, al volverse, le sorprendió ver a Yumi, el cabello recogido en un moño redondo, en pie ante el espejo con el kimono exterior rojo del que Miya se había despojado puesto sobre los hombros.

—Pero ¿qué estás haciendo, Yumi-san?

Alta, el rostro ovalado, las cejas espesas como las de un hombre joven, la Yumi del espejo miró a Suga y le dijo:

—Éste es el aspecto que tendría si me casara, ¿no es cierto? Bastante viril, ¿verdad? Hasta me quedaría bien una alabarda, ¿no te parece?

—Como Shizuka, la heroína de *El ataque nocturno de Horikawa* —dijo Suga, que, pese a su habitual reserva, no había podido sustraerse a la broma—. Pero quítatelo ahora mismo. Si viene la señora, te verás en un aprieto.

—No te preocupes. Las geishas de Shimbashi Kotsune y Eikichi acaban de iniciar la danza de celebración *Tsurukame*. Toma, Suga, pruébatelo también. Al fin y al cabo, no parece que vayamos a tener nunca otra ocasión de llevar un vestido de novia.

Mientras hablaba, se quitó rápidamente la prenda exterior de mangas largas y la puso sobre los hombros de Suga. Ésta, aunque estremecida y temerosa, no se la quitó de inmediato, sino que se levantó en silencio y, tras mirar a su alrededor, se colocó ante el espejo como Yumi había hecho antes.

—Cómo pesa... No tengo unas maneras elegantes, así que no me sienta tan bien como a ti.

—Qué va. Estás preciosa. Te sienta mucho mejor que a la joven señora.

—¿Quieres decir...?

Pese a su tono dubitativo, Suga no parecía contrariada mientras se ajustaba el cuello del kimono y se miraba con detenimiento el rostro, cuya vivacidad aumentaba el color carmesí de la prenda bordada. Tanto Suga como Yumi (la muchacha que a los quince años fue comprada con dinero y entró en la casa como concubina, y la muchacha que empezó como sirvienta y ascendió al concubinato) sentían una envidia insoportable de los vistosos adornos de la ceremonia nupcial por la que una mujer, a

la que todos felicitaban, se convertía en esposa legal ante la sociedad; y esa envidia era tanto más fuerte cuanto que ellas no habían sabido nada del mundo, llegaron allí como chiquillas inocentes, Shirakawa las había iniciado en la feminidad y se habían desarrollado entre las paredes de aquella casa.

—Este kimono parece proceder de la casa de empeños. Mira... la seda roja que forra la manga está desvaída —comentó Yumi, y dio la vuelta a la larga manga de la prenda que vestía Suga.

—Alguien lo ha llevado, ¿no es cierto? Sin duda la recién casada que lo vistió antes no fue muy feliz, ya que lo llevó a la casa de empeños.

—Tampoco lo será esta recién casada... —replicó Suga, y exhaló un suspiro mientras se quitaba el pesado kimono de los hombros.

Pensó que no debería decir tales cosas en un día tan feliz, pero le tenía una profunda inquina a Michimasa por su actitud despectiva hacia ella, como si fuese un animal doméstico.

—No, claro —se apresuró a convenir Suga—. Casarse con un hombre como él y, además, en segundas nupcias... Kimonos de segunda mano es lo menos que puedes esperar. ¡Yo en su lugar lo rechazaría! No me importaría cuánto dinero tiene o si es hijo único o no... la mera idea de casarme con ese medio idiota me hace estremecer.

Se sacudió e hizo una mueca, como si hubiera encontrado una oruga encima de ella.

—¿Por qué habrá nacido así, cuando tanto el señor como la señora tienen una inteligencia por encima de la media? El señor dijo cierta vez que debía de ser porque nació cuando la señora sólo tenía quince años, y por eso no está del todo en su sano juicio. Desde luego, no podría ser más diferente de la joven señora con la que se casa, ¿verdad?

—Seki ha dicho que el hijo ha de pagar por todas las mujeres a las que el padre ha engañado.

—Eso es terrible.

Las espesas cejas de Suga se contrajeron y se le ensombreció la cara. Yumi había dicho aquello a la ligera y no pensó más en ello, pero Suga no podía olvidar sus palabras con tanta facilidad, persistían como espíritus malignos, con visos de maldiciones y de rencores implacables. Al oír expresarse a Yumi sobre asuntos tan graves de una manera tan despreocupada, sintió asco de sí misma, le pareció que era como un albañal que no dejaba fluir la inmundicia y se quedaba atascado.

Después de la boda, transcurrieron dos o tres días durante los que Miya se mantuvo en silencio, ensimismada, con el penoso aspecto de una flor agostada por el viento, y Tomo la observaba con preocupación. Incluso a Yukitomo, buen conocedor de las mujeres, parecía inquietarle el daño espiritual y físico que las palabras y las acciones desenfundadas de Michimasa podrían infligir a Miya en la intimidad de la habitación del matrimonio, y en lugar de apartarse de él con una indisimulada

expresión de desagrado como lo hacía normalmente al ver a su hijo, procuró apaciguarle regalándole el reloj suizo de oro con cadena de platino que el joven codiciaba desde hacía tiempo y encargando comida occidental a lejanos restaurantes a fin de satisfacer el gusto de Michimasa por las cosas fuera de lo corriente. Sabía bien que, tratándose de Michimasa, sería menos eficaz aleccionarle sobre el afecto que debía tenerle a su esposa que complacerle con comida o regalos, lo cual siempre mejoraba visiblemente su estado de ánimo y, si no llegaba a hacer que su compañía resultase grata, por lo menos evitaba que importunara a su mujer con observaciones absurdas.

Como era de esperar, Michimasa se animó sin cuestionar nada, y al mismo tiempo Miya volvió a reír estrepitosamente, estrechando los ojos hasta que parecían desaparecer por completo en las suaves mejillas.

Aunque en sus fotografías Miya no tenía los rasgos bien definidos que habrían hecho su belleza comparable a las de Suga o Yumi, su esbelta figura estaba delicadamente moldeada, y la piel de la cara, los brazos y las piernas era de una tonalidad rosa pálido como la de las flores de cerezo. Cuando una sonrisa aparecía en sus ojos estrechos y en las comisuras de la boca, cuyo labio inferior, un poco saliente, le pendía con languidez, su encanto era indescriptible, e incluso mostraba una clase de belleza equívoca, perecedera. Quizá debido a lo delgada que estaba, sus movimientos eran livianos y gráciles, y hablaba de una manera melodiosa, con cierto dejo de los barrios populares de Tokyo, una peculiar nota de alegría en la seriedad burocrática de la residencia de Shirakawa. Fue Tomo quien primero quedó prendada de la adorable feminidad de Miya. La familiaridad con que, cuando salían de casa tras la reunión organizada por el intermediario, Miya le dijo: «La *haori*, madre...», y se había colocado detrás de ella para bajarle el cuello de la prenda, revelaba un carácter amable que hizo nacer en Tomo la esperanza de que semejante nuera podría ayudarla a reducir la rigidez de la que siempre se había visto obligada a rodearse en casa. La sensación de una promesa mágica era casi como los primeros momentos del amor entre un hombre y una mujer, y Tomo habíaorado fervientemente para que se realizara la unión. Había criado a su hija Etsuko, casada el año anterior, como una joya sin un solo defecto, y sin embargo, Tomo percibía en ella algo frío y duro como el cristal, mientras que la expresión sombríamente reticente de Suga, de ojos malhumorados y suspicaces como los de una hermosa gata, era cada vez más inquietante a medida que se hacía mayor. Yumi, la más sociable de las tres, tan sólo carecía de reserva, era muy clara y mostraba una alegría superficial como las ramas y las flores tan sencillas del melocotonero blanco, y no tenía nada que ver con el talante romántico y sensual que Tomo anhelaba. Las dos concubinas habían formado una barrera cada vez más impenetrable entre ella y Yukitomo, hasta el extremo de que las relaciones físicas de los esposos habían cesado por completo, y aunque la fe en la salvación a través de Amida que, allá en el campo, su madre tratara de inculcarle poco a poco había empezado a florecer en su vida cotidiana, sólo tenía aún cuarenta

años, seguía estando mental y físicamente sana, y, por más que lo repeliera, el deseo del cálido contacto con un cuerpo humano crecía en su interior con una fuerza irresistible.

Puesto que, según su código de moralidad, habría sido un pecado tener un amante mientras estuviera casada con Yukitomo, tal vez de una manera inconsciente su deseo sexual se había desviado hacia su mismo sexo, de modo que miraba a Miya no con los ojos de una mujer sino con los de un hombre deseoso, buscando sin percatarse de ello la suavidad envolvente, la ausencia de angulosidades que sólo una mujer podía ofrecer. Casualmente Miya respondía a la imagen de mujer llena de atributos femeninos que Tomo buscaba.

Un motivo más por el que Tomo había esperado lograr que Miya fuese la segunda esposa de Michimasa era su preocupación por su nieto Takao. El pequeño había perdido a su madre poco después de nacer y Tomo se había visto obligada a criarlo. Su búsqueda de un ser al que amar se había concentrado en el niño, la inocencia de cuyo rostro, sonriente aunque no había conocido a su madre, le despertaba una piedad ilimitada y le hacía experimentar la renovación incesante de la vida.

Jamás le abandonaba el sentimiento de culpa por no amar a su hijo Michimasa, y en ocasiones miraba a su nieto, que retozaba pletórico de vida, y se maravillaba de que sintiera un cariño tan profundo por el vástago de aquel hijo. También Yukitomo se desvivía por Takao, a pesar de que los pequeños Michimasa y Etsuko habían constituido una molestia para él y a menudo los había relegado con su esposa a una parte alejada de la casa para que no le irritaran sus lloros. Yukitomo le pedía el niño a Maki y, sujetándolo con ambas manos, lo alzaba en el aire. «¡Vamos, Takao, vuela como un halcón, vuela alto, vuela alto!»^[9], le decía, y se echaba a reír ruidosamente. Puesto que Yukitomo mostraba tal afecto hacia él, tanto Suga como Yumi también prodigaban sus atenciones al «señorito», y Takao pasaba de los brazos de un miembro de la familia a otro y era el constante centro de atención. Mientras Takao estuviera con ellos, Yukitomo se dirigía a Tomo con su antigua falta de reserva mientras que Tomo hablaba sin la sensación de que existía una barrera entre ellos. Aquel niño vástago de su propio e indigno hijo Michimasa era testigo mudo de los vínculos de parentesco que existían entre los dos, ahora marido y mujer sólo nominalmente. También su madre, fallecida en Kumamoto el año anterior, poco antes del nacimiento de Takao, había inculcado esa idea en el alma solitaria de Tomo, y ésta la respetaba como era debido. Tanto quería Yukitomo a Takao que ya había tomado la decisión de que, aunque Michimasa tuviera más hijos, Takao seguiría siendo el heredero legítimo de las propiedades de Shirakawa, parte de las cuales ya había puesto a su nombre. De ese modo la posición de Takao en la familia no corría peligro mientras sus abuelos vivieran. Pero podían morir de repente, y por el bien de Takao Tomo había temido instintivamente introducir en la casa a una mujer de carácter fuerte como la segunda esposa de Michimasa. También en este aspecto Miya había superado la prueba.

Antes de que hubiera transcurrido un mes, la relación de Miya con todos los habitantes de la casa era alegre y amistosa. Sin ningún esfuerzo aparente por su parte, parecía emitir una fragancia tan dulce, tan floral, que no sólo Yukitomo y Tomo sino incluso Suga y Yumi, de las que cabría esperar que sintieran celos hacia otra mujer joven, le sonreían sin reservas. Ella miraba la carita de Takao en brazos de Maki, decía «Qué lindo es, déjame sostenerlo un poco» y, tomándolo en brazos, le besaba con naturalidad, riéndose hasta que los ojos se le convertían en dos simples pliegues de la cara. A Yukitomo y Tomo les alegraba que no pareciera pensar en la mujer que la había precedido y que había traído al mundo a Takao.

Cuando hacía buen tiempo, Miya contemplaba desde el piso superior el mar de Shinagawa y se regocijaba como una niña. Decía que aquella casa en lo alto de una cuesta era muy alegre, en comparación con el hogar de sus padres, rodeado de edificios por todos los lados.

Se decía de Miya que cantaba muy bien en el estilo *tokiwazu*, y una noche le hicieron cantar la pieza sobre los desdichados amantes Osono y Rokusa cuando se disponían a morir juntos. Yumi, que había aprendido el mismo estilo *tokiwazu*, la acompañó al samisén. Poco a poco, mientras recitaba el diálogo de la pareja condenada en voz fuerte y firme pero llena de encanto femenino, sus cejas empezaron a contraerse, se le tensó la blanca piel de la garganta y rompió en sollozos entrecortados, hasta que los oyentes se persuadieron a medias de que la misma Miya se había convertido en Osono y una especie de pesar sensual se apoderó de ellos. Cerca del final de la escena, Miya se estaba echando atrás las hebras de cabello sueltas y enjugando la húmeda frente con un pañuelo cuando Michimasa, que había tomado demasiado sake, vomitó sobre el tatami y lo trasladaron a la antesala.

Miya frunció el ceño e hizo ademán de levantarse, pero cuando Yukitomo le dijo que lo dejara en manos de las sirvientas, pareció complacida y fue a sentarse alegremente al lado de su suegro.

—Déjame que te sirva sake —le dijo—. He cantado tan mal que he hecho vomitar al joven señor. —Mientras hablaba, sostenía el recipiente de porcelana sobre la palma hacia arriba, de una manera tan seductora que sorprendió vagamente a Tomo, sentada a su lado, pues le recordaba a una joven geisha recién cualificada como tal.

—No, nada de eso —replicó él—. Tu canción casi me ha hecho sentir como el protagonista de un suicidio por amor. Todo el mundo está muy callado, ¿no es cierto? Toma, bebe. Me parece que eres una buena bebedora.

Le ofreció su propia taza de sake y la llenó hasta el borde. Desde su llegada como recién casada, Miya se había abstenido de satisfacer su gusto por el sake, pero ahora, a instancias de Yukitomo, tomó varias tazas seguidas, con lo que las comisuras de los ojos se le volvieron de un rosa pálido y su rostro adquirió hasta tal punto el aspecto de una flor que Suga no pudo dejar de dirigir una mirada significativa a Yumi.

Mientras observaba con disimulo a Miya, Yukitomo se fue percatando poco a poco de que, tanto en casa como fuera de ella, la muchacha irradiaba una viva jovialidad, se mostraba desinhibida, tan alegre y despreocupada como una mariposa, en ausencia de Michimasa. Cuando su marido estaba con ella, y Tomo y los demás se retiraban discretamente para dejar sola a la joven pareja, el rostro de Miya se ensombrecía, y poco después, tras haber encontrado una excusa para abandonar a Michimasa, iba a reunirse con Suga y las demás que atendían a Yukitomo.

Cierta vez, Yukitomo delegó adrede a Michimasa para que le sustituyera en la fiesta en un jardín dada por una empresa cementera y, en ausencia de su hijo, se fue con Suga, Yumi y Miya a ver los lirios del famoso jardín de Horikiri, dejando a Tomo al cuidado de la casa.

El amplio estanque del jardín de los lirios estaba cruzado por varios puentes de tablas estrechas dispuestos en zigzag sobre el agua, y cubrían toda la superficie las hojas verde oscuro de los lirios, cuyas flores, de alegres colores malva, blanco y moteado, se mecían bajo la brisa de comienzos del verano. Las golondrinas rozaban la superficie del agua, y sus blancos vientres destellaban. La belleza de las tres mujeres, con sus diversos estilos de peinado y sus kimonos de telas y colores variados, era tan sorprendente que atraía las miradas de los demás visitantes.

—Es como mirar un grabado antiguo a color —dijo una anciana que las contemplaba embelesada—. Unas mujeres tan elegantes entre los lirios.

De las tres, Miya era la que retozaba más alegremente. Cuando las *geta*^[10] que calzaba hacían crujir las tablas del puente, gritaba «¡Oh, qué miedo, se va a romper!» en un exagerado tono de alarma, y se aferraba a Suga y Yumi. Cuando regresaron a la orilla, Yukitomo ayudó a Miya, casi tomando en brazos su cuerpo liviano, y al hacer tal cosa recordó que en el pasado, entre las aprendizas de geisha de Shimbashi, había una muchacha con un cuerpo tan ágil como aquél.

—La joven señora no parece sentirse sola en absoluto ni siquiera cuando está lejos de su marido, ¿no es cierto? —comentó Suga con despreocupación aquella noche en el dormitorio de Yukitomo—. Incluso parece más joven, casi una chiquilla.

Durante los diez años que llevaba sirviéndole como concubina, Suga había aprendido la técnica de sondear de la manera más inocente posible los recovecos secretos de la mente de Yukitomo. Tal vez él no percibía el sutil interrogante oculto en las palabras de Suga, pues en vez de responderle le sonrió de una manera ambigua.

—¿Por qué sonrías? No hagas eso.

—No te preocupes, no es por ti, sino por Miya.

—¿La joven señora? ¿Qué le ocurre?

—¿No te recuerda algo su cara cuando se ríe?

—No me he fijado.

—Las mujeres de aquellos grabados eróticos. ¿Recuerdas? Te los mostré cierta vez.

—Vaya, qué cosas piensas... —Suga se ruborizó.

—Esa clase de mujer es apropiada para ser la esposa de un mentecato como Michimasa, pero...

No terminó la frase y, poniéndole un brazo alrededor de los hombros fríos y blancos como nieve recién caída, la atrajo hacia sí. Ella se le arrimó dócilmente, convencida al parecer, por su nada claro comentario, de que desdeñaba a Miya.

Resultó que los temores de Tomo no habían carecido de base.

Tal vez debido a que el calor del verano era superior a lo habitual, Miya, que en su infancia había padecido pleuresía y era muy sensible al calor, hasta el punto de enfermar, adelgazaba a ojos vistas y se pasaba el día acostada en el piso de arriba. Finalmente, una mañana en que soplaba una fresca brisa, se oyó un ruido alarmante desde el piso superior donde vivía la joven pareja. Miya bajó corriendo la escalera, casi cayéndose en su precipitación, y a punto estuvo de tropezar con Tomo en el pasillo.

—Madre... —le dijo en voz entrecortada, y rompió a llorar.

Arriba Michimasa golpeaba el suelo con el pie y gritaba como un loco, pero nadie subía a ver qué le pasaba. Pese a lo sorprendida que estaba, Tomo había esperado que aquello ocurriera más tarde o más temprano. Rodeó con los brazos a la temblorosa Miya, que lloraba sin poder contenerse, la llevó a una habitación en el fondo de la casa y, casi disculpándose, le pidió que se calmase y le contara los detalles de su discusión con Michimasa.

Al principio Miya sólo podía decir entre sollozos «Es horrible... no puedo soportarlo... no puedo vivir con un hombre así», pero cuando la tormenta de la emoción hubo amainado, empezó a quejarse, aunque de un modo incoherente, del cruel comportamiento de Michimasa. Tal como sospechaba Tomo, ella lo había encontrado un tanto insensible desde el comienzo, pero su enfermedad del verano le había revelado de un modo todavía más nítido la crueldad de su naturaleza. Lejos de preocuparse por la debilidad física que la aquejaba, trataba de tener relaciones con ella casi cada noche. Ella había cedido, puesto que negarse sólo servía para que él se volviera más insistente, pero en los últimos días tenía la regla. En esas ocasiones ella normalmente le rechazaba, pero esta vez él no había querido aceptar su negativa. Finalmente, la noche anterior Miya se había negado de manera tajante, pero por la mañana él estaba de un humor de perros y le había dicho, entre otras cosas, que la ley permitía castigar a una esposa que desobedecía a su marido, al tiempo que le arrojaba cuantos objetos tenía a mano. La joven dijo que, si seguía casada con semejante hombre, sin duda éste acabaría matándola, por lo que aquel mismo día regresaba a la casa de sus padres. Aunque exagerase un tanto debido a su estado histérico, un hombre como Michimasa era capaz de hacer lo que ella decía, y Tomo se solidarizaba por completo con ella mientras la escuchaba, pero aun así hizo todo lo posible por persuadir a Miya de que no abandonase la casa en la que se había integrado al

casarse, e insistió en que hablaría con Michimasa y le instaría a que no volviera a cometer tales afrentas.

La Miya que Tomo se había imaginado era una mujer dulce que se gobernaba por sus afectos, pero aquel día era una persona totalmente distinta. Sus facciones se habían vuelto duras, estaba pálida, y tenía los ojos, normalmente tan risueños, entrecerrados e inexpresivos. Tomo intentó despertar en ella un sentimiento de camaradería hablándole de sus propios sentimientos ante las vejaciones a las que constantemente la sometía Yukitomo, pero Miya parecía sorda e indiferente a una conversación tan complicada y deprimente, y no hacía más que insistir en su desdichada vida matrimonial, como si la responsable fuese Tomo. Ésta se llevó una profunda decepción al percibir que, cuanto más hablaba, tanto más Miya veía en ella una mujer provinciana sumida en el pasado. Y al ir percatándose de que, a pesar de las apariencias, en realidad Miya no era una mujer afectuosa, como un bálsamo para la vida de los demás, se sentía molesta consigo misma por la superficialidad de su juicio.

Al salir de la habitación, tras haber pedido de nuevo a Miya que lo pensara un poco más antes de tomar una decisión, Tomo se sintió inquieta al pensar que Yukitomo iba a enfadarse con Michimasa y Miya, y luego, una vez más, desahogaría su ira contra ella. Yukitomo tenía la costumbre de atacar a Tomo cada vez que Michimasa hacía algo desagradable, como si el joven sólo fuese hijo de su esposa y no también suyo.

Yukitomo, que inesperadamente se encontraba de buen humor, había salido con Maki al jardín para mostrarle a Takao las libélulas rojas que revoloteaban alrededor de los nuevos penachos de cortadera. Al ver la cara de Tomo, devolvió el niño a Maki y fue a la terraza.

—Así que Michimasa ha vuelto a las andadas, ¿eh? —dijo con una sonrisa forzada antes de que Tomo hubiera podido abrir la boca—. Parece ser que Miya quiere volver a su casa...

Al parecer, Suga o Yumi ya le habían resumido el incidente, pero de todos modos Tomo se lo contó en detalle.

Yukitomo asintió mientras la escuchaba, y cuando ella hubo terminado de hablar, propuso en un tono suave que, en lugar de quejarse a Michimasa, lo mejor sería enviarlo unos quince días a Echigo, donde visitaría el campo petrolífero que había en aquel lugar, y de ese modo dar tiempo para que los ánimos se serenaran tras la discusión de la pareja. Precisamente un empleado de la compañía que era pariente suyo partiría hacia Kashiwazaki al día siguiente, y le pedirían que se llevase consigo a Michimasa, quien podría visitar Niigata y tal vez la isla de Sado, y al mismo tiempo el familiar, que era un hombre refinado, iniciaría al joven en el arte de tratar a una esposa. El mismo Michimasa podría corregirse un poco y también dar a Miya la oportunidad de pensárselo mejor. Sin duda Michimasa, a quien le entusiasmaba ver lugares desconocidos, estaría encantado. A Tomo le impresionó lo juicioso que era el

plan de su marido, y lo miró con una nueva esperanza, pues ahora que le habían encontrado una esposa a Michimasa, tal vez incluso Yukitomo, que normalmente consideraba al muchacho como el cáncer de su vida, sentiría un afecto más natural hacia él.

Después de que Michimasa hubiera partido, Miya permaneció dos o tres días en su habitación, quejándose de que no se encontraba bien, pero la ausencia de su marido debió de tranquilizarla, pues no volvió a manifestar deseos de regresar a casa de sus padres.

—Escucha, Miya —le dijo Yukitomo alegremente, tras abrir la puerta corredera y sentarse al lado del futón y la almohada sobre la que descansaba la carita sin maquillar de Miya—. Estoy pensando en ir con Maki y Takao a Enoshima y pasar allí la noche. ¿Por qué no te vienes con nosotros?

Miya se irguió como si la jovialidad de la voz de Yukitomo la animase.

—Enoshima... oh, me encantaría —replicó, atándose ya el cordón del kimono de dormir en la estrecha y juvenil cintura—. Me gustan mucho esas tiendas de objetos artesanales hechos con conchas marinas.

Cuando regresaron de Enoshima, Miya se había recuperado por completo. Su rostro risueño volvía a rebosar de encanto, y divirtió a los demás hablándoles de la habilidad con que un pescador de Chigoga-Fuchi se había sumergido para traerles orejas de mar y caracoles, y que en una tienda de recuerdos Takao se había interesado por la concha más grande de todas y se la había llevado a la minúscula boca para soplar.

También entró en la habitación de Tomo.

—Te pido disculpas por haber perdido los estribos el otro día —le dijo, arrodillada e inclinando la cabeza hasta tocar el suelo—. A partir de ahora no volveré a darte motivos de preocupación...

Yukitomo entró en la estancia cuando Tomo mecía a Takao sobre las rodillas y, sin que ella le hubiera preguntado, abordó el asunto.

—Parece ser que Miya va a quedarse. Le he dicho que ataremos corto a Michimasa.

Al cabo de diez días, cuando Michimasa volvió a casa, incluso él pareció tratar a Miya con más amabilidad que antes, y a menudo, cuando estaban juntos en su habitación, les llegaba a los demás el sonido de sus risas. Yukitomo parecía satisfecho de que la joven pareja se llevara tan bien.

Sin embargo, aunque la tormenta parecía haber remitido más o menos, en la mente de Tomo persistía la estúpida y fea imagen del rostro agitado de Miya, con los ojos entrecerrados, el día que se enfrentó bruscamente a ella, una imagen que resaltaba en contraste con la de la muchacha encantadora y, al parecer, afectuosa que ella había tenido hasta entonces.

Según una antigua tradición, la vigésima sexta noche del séptimo mes del

calendario lunar, la buena suerte recaería en la primera persona que viese la delgada luna en cuarto creciente alzándose en el cielo nocturno oriental, y era costumbre que gran número de personas se reuniera para esperar la salida de la luna en lugares elevados. Se creía que en ese momento era posible ver tres deidades budistas, Amida en compañía de Kannon y Seishi, que viajaban en su luminosa luna creciente en forma de embarcación.

La casa de los Shirakawa, encarada al este por encima del mar de Shinagawa, era un lugar ideal para esperar la salida de la luna, y Yukitomo, aficionado a dar animadas fiestas con abundante consumo de sake, a las que asistían familiares y conocidos, y a organizar juegos de azar para su entretenimiento, aquella noche había invitado a una decena más o menos de hombres y mujeres a reunirse con él en las habitaciones del piso superior, abiertas para la ocasión. Unos jugaban a las cartas, otros al *go*, algunos chismorreaban mientras daban cuenta de los tentempiés que acompañaban al sake. A todos ellos les satisfacía encontrarse allí, sin la menor sensación de culpa, con el pretexto de aguardar la salida de la luna, participando de aquella diversión nocturna.

De vez en cuando, un invitado miraba el oscuro cielo, como si de improviso recordara su aparente propósito, pero enseguida volvía al juego de cartas.

—¿No es ya la hora a la que sale la luna? Debe de ser más de la una.

—Todavía no... Según el periódico, la luna saldrá a la una treinta y cinco.

—Ojalá por entonces no esté nublado...

Tomo bajó a la primera planta para decir a los sirvientes que trajeran más comida. Camino de la cocina, echó un vistazo a la habitación donde Takao dormía y vio a Maki inclinada hacia adelante al lado de la cama de Takao, hablando febrilmente en voz baja con Suga y Yumi.

Al ver a Tomo, ellas se interrumpieron bruscamente, los rostros de las tres mujeres sumidos en una confusión tan cómica, que Tomo, como si la recorriese una corriente eléctrica, intuyó de inmediato que ocurría algo.

Cuando regresaba de la cocina, encontró a Suga acechando como una sombra al pie de la escalera.

—Señora... —le dijo, en un tono que revelaba un dolor reprimido.

—¿Qué sucede, Suga? ¿De qué estabas hablando con Maki?

Mientras hablaban, por una especie de tácito acuerdo, se encaminaron a la pasarela desierta.

La luz de las habitaciones abiertas en el piso superior hacía resaltar los arbustos del jardín, y las voces y risas que llegaban a sus oídos parecían muy cercanas. La brisa nocturna de otoño producía una impresión líquida al contacto con la piel.

—Estoy sorprendida de veras, señora... la joven señora...

Suga no siguió adelante, se le quebró la voz con una especie de silbido. Tomo mantuvo a raya la oscuridad que amenazaba con privarla de la vista y rodeó con ambos brazos los hombros temblorosos de Suga.

—Comprendo... Quieres decir que algo ocurrió durante ese viaje a Enoshima...

—Sí, Maki-san... Maki-san vio...

Mientras Suga repetía lo que Maki había contado, los dientes no dejaban de castañetearle. Miya había acompañado a Yukitomo mientras éste tomaba sake y ella misma había bebido. Luego, diciendo que el ruido del oleaje la asustaba, había pedido que le preparasen la cama en la misma habitación de Maki y Takao y, demasiado embriagada para quitarse el kimono y ponerse el *yukata* de dormir, Maki y una sirvienta la habían acostado, y entonces se habían dedicado a arreglar la habitación principal.

Yukitomo se acostó en la habitación del fondo, separada de las demás sólo por una puerta corredera. Fatigada por la actividad de la jornada, Maki se durmió profundamente, pero se despertó sobresaltada en plena noche, cuando las olas se abatían contra las rocas, rugiendo con la ferocidad de una tormenta. A la tenue luz del farolillo junto a la cabecera, vio que en el futón donde Miya debería yacer sumida en un sopor beodo no había nadie, mientras que desde la habitación del fondo, a intervalos entre el rugir de las olas que avanzaban y retrocedían, le llegaba la voz de Miya extrañamente seductora y nasal, aunque no podría decir si reía o lloraba... En varias ocasiones Maki había dudado de sus oídos y pensado que era un sueño, pero los sonidos íntimos desde el fondo prosiguieron, unos murmullos que se prolongaron hasta cerca del alba.

—Esta noche también... la joven señora ha dicho que estaba resfriada y se ha retirado sola al ala independiente...

Suga se interrumpió de nuevo. Yukitomo se había excusado poco antes, y sin duda había ido furtivamente a reunirse allí con ella.

Tomo se representó en su mente la imagen de Michimasa, los ojos inexpresivos e inmóviles, la cara suave, pálida, mientras jugaba al *go* en el piso de arriba con uno de los invitados, y un estremecimiento le puso la carne de gallina. ¿Qué cosas terribles podrían ocurrir si Michimasa llegaba a enterarse de lo que ocurría? Le consternaba su propia ingenuidad al suponer, pese a las numerosas y amargas experiencias que le había hecho sufrir la lujuria de Yukitomo, que en el fondo éste conservaba el mismo código moral que ella. Sin haberlo pensado dos veces, él había pisoteado el terreno prohibido del matrimonio de su propio hijo. Para Yukitomo, ninguna mujer era más que una hembra de la especie, y en ese sentido, desde luego, Miya debía de ser una hembra más atractiva que Suga e incluso Yumi. Sin embargo, la desbordante indignación que ahora sentía al escuchar las quejas de Suga, era muy distinta de los celos que se apoderaron de ella cuando Yukitomo dirigió por primera vez su afecto hacia Suga y Yumi. Su sentimiento estaba distanciado por igual del odio y del amor conyugal, era una cólera profunda que se enfrentaba a Yukitomo, el macho inmanejable, y que tomaba bajo su protección a Suga, Yumi e incluso la ofensiva Miya.

—Ya sale... ya sale...

—Aquí está, mirad, ¡la luna de la vigésima sexta noche!

Una confusión de voces, el estrépito de los pies en el corredor del piso superior. Tomo también contempló el mar, donde incluso desde aquella habitación de la planta baja la esbelta luna creciente era visible como una ceja del revés que surgiera con un leve resplandor desde la superficie del agua. Con una sensación de asombro, Tomo recordó que, en su infancia, le dijeron que las formas de Amida y sus dos divinos acompañantes eran visibles para los fieles. ¿Era de veras una tontería pensar que las brillantes formas de aquella trinidad debían manifestarse a la mirada humana? A Tomo le parecía que no, que en ocasiones debía de ser cierto, pues el mundo presente era demasiado repugnante, estaba demasiado lleno de aflicción. No obstante, mientras contemplaba la luna, no veía en ella ninguna figura de Buda que surgiera de su luz, sino dos mariposas blancas que revoloteaban juntas en la pálida bruma.

La cinta violeta

Los comerciantes y demás invitados comentaron que la capillita budista de la familia era lamentablemente pequeña para una vivienda tan grande.

Tal vez se debiera a la época de su juventud en que Shirakawa era un funcionario del Gobierno obligado a trasladarse con frecuencia de una región a otra y debían llevar de un lado a otro la urna con las cenizas de su madre, fallecida en la prefectura al norte del país donde él trabajaba en aquel entonces. Sea como fuere, la puerta de doble hoja junto al armario que contenía la capillita ocultaba una caja fuerte lacada en negro con el emblema de la familia en oro, y Tomo tenía la costumbre de realizar todas las transacciones y los cálculos relativos a los alquileres de casas y tierras en aquel retiro budista al fondo de la casa. Poseían terrenos de unos mil *tsubo* cada uno en Shiba, Nihonbashi y Shitaya, y alrededor del 70% de la extensión total estaba construida. Los alquileres de las fincas y otros ingresos constituían una cifra muy alta, pero también se producían muchos impagos, y en ocasiones era preciso recurrir a los tribunales para llegar a un acuerdo. La supervisión no era tarea fácil. Cada finca tenía su agente, pero no podían dejarlo todo en sus manos, porque siempre cometían algún descuido. Por ello, una vez al mes Tomo visitaba a los agentes para que le dieran un informe detallado del estado de los terrenos y las casas alquilados.

Ahora Tomo estaba sentada en el tatami, ante un pequeño escritorio, con la caja fuerte a sus espaldas, y el hombre sentado frente a ella no era uno de los agentes, sino Tomeji Iwamoto, que hacía las veces de secretario. Hijo de la hermanastra mayor de

Tomo, unos años atrás se había trasladado a Tokyo desde Kumamoto, contando con que Shirakawa le encontraría un empleo.

Iwamoto se ocupaba de la correspondencia y los cálculos, y su carácter serio y sencillo le había valido la confianza tanto de Shirakawa como de Tomo, y ésta, cuando surgía la necesidad, le pedía que se ocupara de las engorrosas negociaciones y trámites legales que no podían confiar a los agentes.

El secretario concluyó una carta a un inquilino que no sólo llevaba más de un año sin pagar el alquiler, sino que exigía una compensación por marcharse, y tendió una copia a Tomo. Ella leyó los caracteres armoniosos, bien escritos, que tan curiosamente contrastaban con el aspecto físico del hombre, de baja estatura y robusto.

—Gracias —le dijo—. Ahora que cuento contigo para que me escribas estas cosas, me siento muy aliviada. Esta clase de carta es demasiado para una mujer, y a tu tío no se le puede molestar con estas cuestiones.

Sonrió, alzando una comisura de la boca, y tomó su pipa por primera vez desde el comienzo de la entrevista.

—¿Qué tal va tu negocio? ¿Crees que conseguirás más clientes?

—Sí, no me quejo. El otro día el Ministerio de Finanzas nos hizo un pedido de una gran cantidad de cestos de mimbre para guardar documentos. Dos de los muchachos y yo trabajamos a destajo y, aunque por poco, logramos entregar el material a tiempo.

Mientras Iwamoto hablaba, de una manera lenta y entrecortada, con un acento provinciano del que no se había desprendido, la afable sonrisa no abandonaba ni un instante su rostro. El año anterior, una vez más con la ayuda de los Shirakawa, había emprendido un pequeño negocio de embalajes en el distrito Tamurachō de Shiba. Tenía una habilidad manual fuera de lo corriente, y decían de él que, cuando vivía en el campo, tejía los cestos para las dotes de todas las novias de la vecindad, y por ello los Shirakawa le habían proporcionado el capital para el negocio, con la esperanza de que las cosas no le fueran del todo mal, ya que era un sector con poca competencia.

—¿De veras? Bueno, eso es estupendo. Se requiere dos o tres años para formar una buena clientela, así que debes trabajar con ahínco.

—Lo haré. Debo agradecerte lo que tengo, y lo menos que puedo hacer es trabajar con ahínco para corresponder a tu amabilidad.

Con la corta pipa entre los dientes, Tomo había observado a Iwamoto, que estaba sentado con las manos en las rodillas y movía la cabeza arriba y abajo como un oso.

—Ya es hora de que te cases y te aposentes, ¿no crees? —le dijo de improviso, como si hablara a medias consigo misma.

—Ninguna mujer querría a un hombre como yo.

Sonrió y se movió inquieto en el cojín, pero el rubor de su rostro era una torpe revelación de sentimiento.

—No digas eso, hombre. Si buscaras, muchas mujeres se interesarían por ti...

Se interrumpió, pensativa. Permaneció un rato en silencio, fumando la pipa como si sopesara dos alternativas, hasta que finalmente Iwamoto pareció sentirse incómodo y recogió los papeles que estaban sobre la mesa, extendió los codos e inclinó la cabeza.

—Bueno, entonces me voy —dijo en tono formal—. Llámame si me necesitas para algo más.

—¿Tienes que irte? ¿Estás muy ocupado?

—No, hoy la tienda...

—Entonces quédate, por favor... Verás, sobre esta cuestión de tu matrimonio, hay algo que quisiera plantearte —Tomo empujó el escritorio a un lado y acercó un poco más a Iwamoto el brasero—. Así estarás más caliente.

—Gracias.

—La cuestión es... bueno, que esto quede entre nosotros, la chica con la que te cases, ¿tiene que estar intacta?

—¿Cómo?

Iwamoto parpadeó y miró a Tomo con una expresión dubitativa en sus grandes ojos.

—Quiero decir, ¿una mujer que se casara por segunda vez no te parecería bien?

—... ¿Te refieres a una divorciada?

—No, no es exactamente «divorciada», pero...

Tomo se interrumpió y estuvo un rato removiendo el carbón del brasero con un atizador metálico. Finalmente alzó la cabeza.

—La verdad es que estoy pensando en Yumi —dijo.

—Yumi... —repitió Iwamoto, con expresión ausente, la mirada perdida en el vacío.

Poco antes, cuando al entrar en la casa había avanzado por el pasillo ante las habitaciones de la parte delantera, había visto a Yumi y Suga arreglando aspidistras en un jarrón metálico.

—¿Ha salido el señor? —les preguntó.

—Ha ido a la casa nueva de Tsunamachi —respondió Yumi en voz clara sin interrumpir su labor con las tijeras—. Con Takao y la nodriza... Sí, supongo que estarán de regreso esta noche.

La casa de Tsunamachi era la vivienda a la que se había mudado Michimasa el año anterior. Suga se limitó a inclinar la cabeza y murmuró algo inaudible sin apartar la vista de las hojas verde oscuro de las aspidistras. Iwamoto pensó que tal vez Yumi no tuviera el menor encanto, pero era más animada y más franca que Suga, quien siempre parecía un tanto reservada y distanciada. Tras la inesperada proposición de Tomo, la cabeza le daba vueltas, experimentaba de nuevo la impresión recibida y se sentía nervioso.

La expresión de Iwamoto seguía siendo de asombro mientras Tomo le contaba

desde el principio los antecedentes de Yumi y las circunstancias que la habían hecho casadera.

Durante varias generaciones, la familia de Yumi había estado al servicio de un *daimio* de baja categoría, el señor feudal Toda, pero después de la Restauración^[11] habían caído en la pobreza. Yumi había entrado en casa de los Shirakawa como sirvienta a los dieciséis años, pero finalmente se había convertido en concubina de Shirakawa de la misma manera que Suga antes de ella, después de lo cual, casi con toda certeza, se había entregado una considerable suma de dinero a sus padres. A cambio, Shirakawa había transferido su nombre al registro civil de la familia, en el que figuraba como hija adoptada, exactamente lo mismo que hiciera en el caso de Suga. Era posible que, al actuar de ese modo, Yukitomo hubiera pretendido una especie de promesa, la de que no iba a divertirse con una muchacha respetable a la que abandonaría al cabo de poco tiempo, pero que una mujer que constaba como hija adoptiva fuese en realidad una concubina era una mancha en el registro civil de la familia y, además, a Tomo le repugnaba que un plan cruel pusiera obstáculos a Suga y Yumi en caso de que alguna vez se sintieran atraídas por otros hombres.

Aquel Año Nuevo, Shin, la hermana mayor de Yumi, cuyo marido había sido adoptado por su familia pero había fallecido, les hizo una visita y solicitó la liberación de Yumi, pidiendo a Tomo en estricta confianza que ejerciera su influencia. Shin explicó que, puesto que ella no tenía hijos, la línea familiar se extinguiría a menos que se actuara con rapidez. Por entonces Yumi llevaba casi diez años al servicio de los Shirakawa, y, si el señor estaba de acuerdo, a ella le gustaría llevársela de allí, encontrarle un marido y criar a uno de los hijos que tuviese como si fuera propio.

—Debería adoptar a un niño, desde luego —añadió—, pero nuestra familia no está en condiciones de hacer eso, por lo que he llegado a la conclusión de que sería mejor que ella se casara.

—¿Está Yumi de acuerdo? —le preguntó Tomo.

—Bueno, sí...

La respuesta fue ambigua, pero Tomo casi pudo imaginar la clase de respuesta que Yumi debía de haberle dado a su hermana.

A la tarde siguiente, Tomo le pidió a Suga que la ayudara a sacar unos muebles del almacén. Yumi se encontraba en la sala de estar, preparando el recado de escribir para Yukitomo, por lo que era del todo natural que Suga respondiera a la llamada.

Cuando Suga, siguiendo sus instrucciones, hubo terminado de sacar de los estantes las cajas que contenían mesitas y cuencos de sopa, Tomo le preguntó por Yumi. Aunque cabría esperar que las concubinas de un mismo hombre sintieran mutuos celos, lo cierto era que Suga y Yumi jamás habían mostrado señal alguna de rivalidad por el afecto de Yukitomo. Tal vez se debiera a que las dos eran lo bastante jóvenes para ser sus hijas. Sin embargo, pese a lo agradecida que se sentía por la ausencia de querellas en la casa, había ocasiones en las que Tomo no podía dejar de

extrañarse de la docilidad con que ambas mujeres aceptaban su suerte. Pero por esa misma razón le parecía que, en su caso, era más juicioso utilizar a Suga como intermediaria para averiguar los verdaderos sentimientos de Yukitomo y Yumi.

Arrodillada en el tatami con una caja que contenía una mesita lacada todavía ante ella, Suga bajó las espesas pestañas mientras escuchaba a Tomo, y entonces dijo en un tono adusto:

—El señor estará de acuerdo. Creo que fue él quien primero sugirió que Yumi debería establecerse en su propio hogar.

La luz del sol incidía en ella por la espalda y tenía el rostro ensombrecido. Sólo en sus grandes ojos brillaba una luz lúgubre. Tomo tuvo la impresión de que Suga la culpaba de algo.

—Desde el comienzo no creo que el señor le tuviera a Yumi tanto afecto como a ti... Supongo que eso no ha cambiado últimamente, ¿verdad?

—No, qué va... —replicó Suga, restregándose las rodillas—. A mí no me afecta, pero Yumi es ambiciosa, y supongo que está harta de estar siempre a la sombra de otra.

En el tono bajo de Suga cuando pronunció las palabras «a la sombra de otra» había una tristeza que pesaba como el plomo y que conmovió profundamente a Tomo. Cada vez que oía esa expresión, Tomo recordaba con viveza la ocasión en que, obedeciendo a Yukitomo, viajó a Tokyo, encontró a la joven Suga y la trajo consigo a Fukushima, donde su marido a la sazón trabajaba. Tomo creía que la responsabilidad del cambio experimentado, desde la joven y encantadora víctima hasta la apática Suga de hoy, inexpresiva como un capullo de seda, no podía atribuirse tan sólo a su marido.

—Nosotras estamos resignadas a ser sombras de otra mujer, pero me parece terrible que personas de otra clase empiecen a comportarse de la misma manera.

Grandes lágrimas se desprendieron de los párpados caídos de Suga y le humedecieron las rodillas. Ella las cubrió con los dedos, la cabeza inclinada.

—Te refieres a lo de Tsunamachi, ¿verdad? También a mí me preocupa mucho... He pensado que tal vez tú me comprenderías un poco...

Tomo suspiró, la mirada fija en los dedos de Suga, como si detestara sus lágrimas.

Suga se refería al encaprichamiento por parte de Yukitomo de su nuera Miya. Ésta había permanecido con ellos en la gran casa hasta que hubo dado a luz a su primer hijo, un periodo de varios años durante los cuales Tomo vivió con el temor constante de lo que ocurriría si Michimasa llegaba a enterarse de la relación entre su padre y su esposa. Puesto que ella estaba demasiado distanciada de Yukitomo para hacer nada, a menudo le había dicho a Suga:

—Estad atentas. En el caso de la relación con Miya, no se puede hacer nada, por lo que espero que tú y Yumi procuréis que él no le tome demasiado afecto.

Cada vez que Tomo le había hablado así, Suga había sacudido vigorosamente la cabeza.

—¿Y qué puedo hacer yo? —había replicado Suga en un tono de pesadumbre—. La joven señora es la clase de mujer que ha nacido para ser geisha o cortesana. Sabe exactamente cómo lograr el afecto del señor y cómo actuar con él. Yumi y yo no estamos a su altura.

A decir verdad, como les sucede a los mujeriegos, las relaciones ilícitas parecían constituir un estímulo especial para Yukitomo, y mostraba una pasión por Miya no menos intensa que la que mostrara por Suga en los primeros tiempos tras haberla hecho suya. Por otro lado, a Miya parecía satisfacerle mucho más que la amara su suegro, hábil en el trato con las mujeres, que su marido, ineficaz y maniático, y cuando Yukitomo estaba en compañía de Yumi o Tomo y se mostraba distante con ella, Miya se ponía de mal humor y descargaba sus sentimientos en Tomo y Suga.

Al parecer, la situación se hizo insostenible incluso para Yukitomo, el cual, siguiendo el consejo indirecto de Tomo, el año anterior había trasladado a la joven pareja a Tsunamachi, en el distrito de Mita, donde él podría visitarles. Cuando lo hacía, siempre llevaba consigo a Takao y su nodriza. En tales ocasiones, Michimasa recibía de su padre una generosa cantidad de dinero para sus gastos, e iba al teatro o hacía un corto viaje y pasaba una noche fuera de casa. La nodriza y las sirvientas también hacían alguna salida de placer, llevándose al bebé con ellas, y Yukitomo y Miya se quedaban solos. Las mujeres se percataban de lo que sucedía, pero las espléndidas propinas que él les daba hacían que esperasen con ilusión las visitas del señor, en tanto que Michimasa, mientras pudiese hacer algo que le gustara, era como un niño pequeño y no tenía la menor sospecha de la relación que existía entre su padre y su esposa.

Buena parte de todo esto había llegado a oídos de Suga y Yumi gracias a Maki, la nodriza de Takao, y Suga, a su vez, lo transmitía a Tomo.

Al principio las quejas indirectas de Suga habían encontrado eco en Tomo, pero más adelante ésta, al percatarse de que la concubina sólo le confiaba la mitad de la conversación con Yukitomo, quien descargaba en ella su malhumor, decidió no seguir haciendo caso de los chismes que le contaba Suga.

Ahora que Yukitomo se acercaba a la edad de sesenta años, la presencia de Yumi, que nunca le había interesado tanto como Suga, era sin duda más una carga que otra cosa para él. De un modo discreto, daba a entender que Yumi debería marcharse y convertirse en una respetable mujer casada, y la misma Yumi secundaba esa opinión. Por lo menos eso era lo que Tomo había colegido de la reticente manera de hablar de Suga, que siempre se expresaba como si tuviera la lengua llena de pelos.

Si eso era lo que sentían Yukitomo y Yumi, nadie podía quejarse si Yumi se borraba del registro civil de los Shirakawa y volvía al seno de su propia familia. Siempre que aportaran una cantidad de dinero correspondiente a las prendas de vestir y los efectos personales que le habían proporcionado durante los años que vivió con ellos, todo el mundo estaría satisfecho. Y sin embargo... al llegar ahí, un nuevo

pensamiento surgió en la mente de la cauta Tomo.

En el caso de que Yumi regresara a casa de sus padres y se casara, ¿se abstendría de contarle a su marido la relación ilícita entre Miya y Yukitomo? Eso no tendría demasiada importancia si fuere una sirvienta ordinaria, pero que contara semejante cosa una mujer que llevaba tanto tiempo con ellos, como hija adoptada, no podía más que perjudicar al buen nombre de los Shirakawa.

Fuera como fuese, si Yumi iba a contraer matrimonio, ¿no sería posible encontrarle un partido que la mantuviera inseparablemente unida a la familia? Tomo consideró las diversas posibilidades y, de improviso, recordó a un hombre muy cercano, su sobrino Iwamoto, quien con toda probabilidad sería receptivo a cualquier sugerencia que ella le hiciese.

Aquel hombre sabía que Yumi era la concubina de Yukitomo y, por lo tanto, sabía también que en la familia Shirakawa las concubinas se encargaban de coser y cocinar, y conocía el carácter calmado y casi masculino de Yumi. Sobre todo estaba familiarizado con el rostro ovalado, las ropas holgadas y los artículos domésticos que sin duda eran demasiado lujosos para un hombre de su categoría. Cuando Tomo le planteó la cuestión a Iwamoto, estaba casi del todo convencida de que él aceptaría. Si Yumi se oponía, el proyecto, desde luego, se quedaría en nada, pero Tomo sabía, por sus largos años de convivencia con ella, que Yumi no era exigente por naturaleza.

Como era de esperar, Iwamoto respondió con entusiasmo a la propuesta de casamiento tan hábilmente planteada por Tomo. Había nacido en Kumamoto, en el seno de una familia de samuráis con un pequeño estipendio, y desde su infancia se había acostumbrado a escuchar anécdotas de sirvientes que recibían como esposas a criadas a las que el señor ya había desflorado, o de concubinas de importantes servidores casadas con samuráis de bajo rango, y para él la idea de tomar por esposa a una mujer que había sido la querida de un hombre hacia el que estaba obligado como tío y benefactor ni era un insulto ni le repugnaba.

En cuanto a la familia de Yumi, estaría encantada de que los Shirakawa se preocuparan tanto por el futuro de su hija, puesto que el matrimonio con Iwamoto, que era sobrino de los señores Shirakawa, supondría un vínculo nuevo y estrecho con la familia. Yumi era lo bastante joven para ser la hija de Shirakawa y, además de la esposa, tenía otra concubina llamada Suga que la había precedido, por lo que su posición en la casa había sido desde el comienzo más bien la de una sirvienta. Sin embargo, el refinamiento de su aspecto la hacía más apropiada que Suga para ser la señora de una casa, y, junto con la ausencia de la mezquindad y la suspicacia que tan a menudo caracterizan a las mujeres, la libraba por completo de la sombra en que solía estar envuelta una concubina.

Yumi, por su parte, accedió sin hacer alharacas a su enlace con Iwamoto. Puesto que a menudo había señalado, riéndose, el acento de Kyushu que tenía Iwamoto y sus movimientos estirados y metódicos, a Suga le parecía extraño que ahora que iba a

casarse con él tales cosas le molestaran tan poco, y le comentó a Yukitomo:

—No sé si la unión de Yumi e Iwamoto saldrá bien...

—No te preocupes —replicó Yukitomo con despreocupación, y en sus mejillas con ligeras manchas de la edad aparecieron los surcos de una sonrisa libre de rencor—. Yumi podría vivir con cualquier clase de hombre.

—Parece como si nada te molestara —dijo Suga en un tono contrariado, fijando en Yukitomo una mirada sombría.

—Si tú también quieres casarte... debes de estar cansada de atender a las necesidades de un viejo como yo, ¿no es cierto?

—En cualquier caso, carezco de iniciativa para hacer otra cosa...

Lo dijo como si fuese una cuestión trivial, pero estaba llena de frustración por no poder expresar los airados pensamientos que se agolpaban en su mente: «Al fin y al cabo, no soy como la joven señora», «Después de todo, no me has enseñado a engañar a los hombres como ella puede hacerlo», «No tengo esa clase de habilidad, y por eso he de seguir envejeciendo, sin un hogar propio, dominada por una mujer puritana como la señora». Aunque coqueteaba con él, en cierto sentido Yukitomo era su padre y su señor, una persona demasiado importante en su vida para que no temiera usar palabras duras que podrían herirle.

Al pensar en la actitud desenfadada de Miya, la manera desvergonzada en que se ganaba el favor de Yukitomo con sus alegres expresiones, sus inocentes accesos de risa incontenible y el tono suave y levemente nasal con que le llamaba «papá, papá», Suga experimentaba celos, aunque no parecían los de una mujer cuyo amante ha sido atraído a la cama por una rival.

Finalmente, la víspera del día en que Yumi regresaría a casa de sus padres, con el permiso de Yukitomo las dos tendieron sus respectivos futones en la misma habitación.

Conversaron con expresiones de nostalgia en los pálidos rostros a la luz de los farolillos, los cuellos apoyados en unas almohadas especiales de madera para proteger sus complejos peinados.

Finalizaba el mes de marzo, en el exterior caía silenciosamente una llovizna y la atmósfera estaba saturada de humedad.

—Es triste pensar que mañana por la noche ya no estarás en esta casa —le dijo Suga a Yumi en voz sombría.

Aunque desde la primera vez que se mencionó el matrimonio de Yumi, Suga sabía que tarde o temprano su compañera les dejaría, ahora que había llegado el momento de la partida, Yumi le evocaba el aspecto atrevido de un pajarillo que aletea antes de abandonar el nido, y percibía afligida lo inútil que iba a ser su vida al quedarse sola en una situación como la que había en aquella casa.

—No tienes por qué estar triste. Aquí estarás con todos ellos. Estoy segura de que seré yo la que se sentirá solitaria, en una casa pequeña con mi hermana mayor por

toda compañía.

Yumi hablaba alegremente, como para animarla, pero los ojos de Suga seguían fijos en el rostro de la joven, y, como si hablara consigo misma, le dijo:

—No, esa clase de soledad es diferente. Cuando te marches, seré la única que estará en segundo plano, aquí, en esta gran casa... eso es lo que quiero decir. Tú eres más animosa que yo.

—¿Por qué? —le preguntó Yumi, alzando ligeramente la cabeza—. No soy nada animosa. Si me marcho de aquí, es sobre todo porque el señor dijo que debería establecerme antes de hacerme demasiado vieja, pero la verdad... —Al acercar su cara a la de Suga, apoyando la barbilla en el codo, el kimono nocturno de seda se deslizó del esbelto hombro—. Si el señor no deseara en serio que me fuese, ¿crees que diría semejante cosa? Nosotras mismas... si tuviéramos algo que valorásemos mucho, un kimono o un pasador de pelo ornamental, jamás lo venderíamos ni lo regalaríamos apresuradamente, ¿no es cierto? Estoy segura de que lo mismo sucede con los hombres. Suponte que estuvieras en mi lugar y le pidieras que te dejase marchar. Él jamás te lo permitiría, porque te quiere de veras.

—No, eso no es cierto. La mujer que ahora le interesa es la joven señora de Tsunamachi. Vamos, no te digo nada que no sepas, ¿verdad?

También Suga se había erguido y dado la vuelta para yacer boca abajo. Su voz se estremeció al mencionar a Miya.

—De acuerdo, pero, después de todo, ella no es legalmente la joven esposa del señor. Tal vez se divierta con ella, pero nunca podrá mostrar abiertamente su relación ante la sociedad. El señor está envejeciendo a ojos vistas y la señora es más bien la administradora de la finca. Yo soy «el abanico en el otoño»... —Tarareó un retazo de una melodía *tokiwazu* y soltó una risita. La leve burla de sí misma no hizo mella en la frescura de su risa, pero no conmovió a su compañera.

—Después de todo, el señor no es joven —siguió musitando Suga—. Parece fatigarse cuando va a Tsunamachi. Darle sopa de bonito seco y cinco o seis yemas de huevo para que las engulla a la vez... ésa será mi tarea cuando te hayas ido. Voy a ser una sirvienta hasta la muerte. Cuando pienso así, te envidio porque puedes librarte definitivamente de todo esto. Si te casas con el señor Iwamoto, lo más probable es que tengas hijos, y entonces podrás ir por ahí sin sentirte inferior a nadie.

—Por otro lado, aquí he vivido sin problemas económicos, y eso se va a terminar. Tú sólo tenías quince años cuando te integraste en la familia, por lo que incluso tienes menos experiencia del mundo que yo, pero cuando pienso en las penalidades que sufrió mi familia cuando peor era su situación, a veces me asusta marcharme. En fin... supongo que estoy acostumbrada a aceptar las cosas y que, pese a mi físico ligero, soy fuerte, por lo que podré arreglármelas, pero tú jamás podrías. El señor siempre dice que eres como un objeto frágil. Está en lo cierto, aquí vives metida en tu capullo de seda, pero la brisa del exterior acabaría contigo.

—No me importaría tanto si tuviera la sensación de que quiero irme de aquí.

—Eso no es posible. A menos que hubiera un hombre con el que estuvieras dispuesta a soportar las penalidades.

—Pero a pesar de todo, tú te marchas.

—Soy diferente. Más que marcharme, se libran de mí... Mira al señor Iwamoto con quien voy a casarme. Es un hombre serio, pero por lo demás no es un partido que nadie envidiaría, ¿verdad?

—Yo te envidio... me muero de envidia.

Mientras hablaba, Suga rodeó con los brazos la almohada de madera lacada y apoyó en ella la cara. La brusquedad del movimiento sorprendió a Yumi, sobre todo porque su compañera hablaba normalmente de una manera indirecta y tenía una actitud muy reservada.

Suga no encontraba el modo de expresar los sentimientos que hervían en su interior. Si los verbalizaba, podrían desmandarse, reducidos a maldiciones de una fealdad que a ella misma le sorprendería, o a quejas divagadoras y mal formuladas. Eso era algo que Yumi nunca podría comprender. Lo percibía como una predestinación que gravitaría abrumadoramente sobre su vida.

¿Por qué razón, en el remoto pasado, sus padres no la vendieron para que se convirtiera en geisha en vez de venderla a aquella familia? Desde luego, como geisha habría estado más expuesta a los embates del mundo exterior, pero se habría vuelto más flexible de lo que era ahora, y aunque hubiera tenido un benefactor, se habría movido con más libertad bajo el sol y el cielo azul, habría sido un poco más libre para enfadarse y llorar.

La había amado un hombre lo bastante mayor para ser su padre, y había llevado una vida de lujo por encima de su categoría social. Sin embargo, un hombre como Yukitomo, acostumbrado a manejar a las mujeres, mientras la hacía pasar de la adolescencia a la plenitud de su feminidad, siempre había procurado que el desarrollo de Suga no entrara en conflicto con su situación en la casa, y ella se había sometido dócilmente, hasta el extremo de que ahora era impotente para alterar el orden de las cosas. Aunque en el aspecto sentimental Tomo no parecía significar nada para Yukitomo, aunque en la práctica no evidenciaban el menor afecto conyugal, la paciencia y la fuerza de voluntad con las que Tomo, sin la ayuda del amor de su marido, mantenía su posición como señora de la casa le producían a Suga una sensación de ineptitud que la abrumaba día y noche, como una losa muy pesada.

La vida cotidiana no le ofrecía a Tomo la menor comodidad ni relajación. Los movimientos de su cuerpo eran serenos y gráciles, pero en el fondo ocultaban una tensa y constante determinación de no ser vencida. Con toda la fuerza de su carácter, soportaba sin protestar los agravios a que la sometía un marido al que había dejado de unirle la relación física. Sabía que cualquier cosa que dijera a las mujeres que gozaban de los favores de Yukitomo haría que éste reaccionara de inmediato con susceptibilidad, por lo que nunca estorbaba a Suga o Yumi. Pero precisamente a causa de su silencio, la reserva con que siempre actuaba en su vida cotidiana era como un

freno invisible pero firme para Suga. Y Yukitomo, conocedor de ese distanciamiento de su esposa con respecto a Suga y las demás, estaba muy satisfecho de que así lo hiciera.

Había ocasiones en las que Suga imaginaba cómo serían las cosas si la señora se marchara a alguna parte; pero estaba segura de que sus indirectas jamás lograrían que Yukitomo la echara. Puede que en el aspecto carnal Tomo no significara nada para Yukitomo, pero estaba totalmente segura en su puesto de administradora de toda confianza. No podría tener una supervisora de sus asuntos más conveniente y fiel. Incluso en el supuesto de que llegara a librarse de Tomo, Suga jamás sería capaz de llevar el control de la finca, y era mucho más fácil para ella seguir viviendo bajo la represión de la señora que reflexionar en una idea tan conflictiva y turbadora... Pero si la señora falleciera de repente, sería distinto. Imaginaba la sensación de alivio que experimentaría, como si la gruesa capa de nubes que se cernía sobre su cabeza se disipara de improviso... Cada vez que pensaba tales cosas, Suga se sentía culpable a pesar de sí misma y se esforzaba por apartar las telarañas que se extendían sobre su corazón.

Era como si un demonio se hubiera instalado en su interior. Al mismo tiempo, percibía con toda claridad que ella jamás habría tenido la maldad de un demonio de no haberse visto atrapada en aquel ambiente.

En su interior, que no se expresaba con acciones ni palabras, que parecía tan falto de energía, los sentimientos que no podían hallar alivio yacían oscuros, fríos y silenciosos como nieve depositada por la noche.

Yumi, en la misma situación que ella, estaba libre de su maraña emocional, y eso había hecho sentir a Suga tanto envidia como insatisfacción, pero ahora Yumi, cuyo corazón no albergaba rencor, estaba a punto de abandonar el infierno en el que Suga se debatía y volar al cielo abierto... Al modo de ver de Suga, Yumi era envidiable no por su matrimonio con Iwamoto, sino porque iba a zafarse de la rueda del destino.

Pero Suga sabía que Yumi no lo entendería aunque se lo dijera.

—Por favor, Suga, si lloras también, yo me pondré triste —le dijo Yumi, sacudiéndole el hombro. Suga alzó la cara y vio la de Yumi muy cerca de la suya, los ojos alargados, de doble párpado, rebosantes de lágrimas. Yumi ha malinterpretado mi sentimiento, se dijo, y al instante se apoderó de ella una ardiente vergüenza. Entonces también se agolparon en sus ojos, de una manera espontánea, las lágrimas de tristeza por la inminente separación—. Si piensas en ello, nuestros destinos deben de estar vinculados de alguna manera. No es corriente que dos mujeres en la posición de eso que la gente llama concubinas cuiden del mismo señor durante diez años y se lleven bien, sin pelearse. ¿Sabes? A lo mejor fuimos hermanas en una vida anterior.

—Sí, es muy posible —dijo Suga, tratando de contener su emoción.

—En el teatro y en los libros la concubina siempre es una mujer mala, ¿no es cierto? Hace que la esposa lo pase mal, causa dificultades por motivos de herencia y cosas por el estilo. En cambio, nosotras nunca hemos hecho nada de eso. Hemos sido

muy buenas, ¿no crees?

—Las concubinas virtuosas... Claro que la gente no se lo creería si se lo dijéramos.

—No me importa lo que diga la gente. El simple hecho de que hayamos podido vivir así durante diez años basta para demostrarnos mutuamente que no somos malas.

—Pero que te ame un hombre como el señor... y no es que eso me disguste, desde luego, es muy distinto de enamorarte de un hombre de tu edad.

Suga pensó entonces que no habría sido capaz de hablar como lo estaba haciendo ahora antes de que se decidiera la partida de Yumi. Y también pensó que, si Yumi se convertía en la esposa de Iwamoto, si venía de visita e iban a visitarla, a partir de entonces tendría alguien con quien conversar de una manera diferente. De improviso le pareció como si se hubiera abierto una ventana y la luz brillara en el cerrado recinto de su corazón.

—¿Te has fijado en que últimamente el señor sólo habla de su salud? Se baña los ojos, hace gárgaras y con esa clase de cuidados puede tener buen aspecto, pero de todos modos está envejeciendo. Ya verás como dentro de poco le seremos tan indiferentes como lo es la señora.

—Sí, y tal como están las cosas en Tsunamachi, cada vez que va allí quiere parecer joven. Creo que su hijo es un hombre rarísimo. Cada vez que el señor les visita, está de muy buen humor y acepta un montón de dinero para irse a alguna parte. Cualquiera persona normal se daría cuenta de que ocurre algo, pero él no tiene la menor idea. Me da pena de veras, pero... no es una persona normal, ¿verdad?

—De todos modos, puede tener hijos.

—Vete a saber quién es el padre de la criatura... Actúan como las bestias...

En las palabras de Yumi había un profundo desprecio, pero la inmoralidad de la situación no la turbaba tanto como podría hacer pensar su manera de expresarse. Sin embargo, lo que acababa de decir sí que turbó a Suga.

—Pues claro que el niño es del joven señor. Según la señora, al señor hace mucho que le pasó la edad de tener hijos, y en eso estoy de acuerdo. No soy fuerte, pero tú... cuando te cases con el señor Iwamoto, enseguida tendrás hijos.

—Puede que así sea. Pero tanto si el joven señor puede tener hijos como si no... lo que se hace es lo mismo, ¿no?

—Basta —dijo enérgicamente Suga—. No me hables con tanta claridad de algo que no estoy en condiciones de cambiar. Tú vas a irte, pero yo seguiré aquí... siempre... no piensas en mí.

Sus negros ojos reflejaban el rencor que sentía, y apretó con fuerza la mano de Yumi entre las suyas.

Unos dos meses después de que hubiera regresado a la casa de sus padres, Yumi, casada con Iwamoto, se trasladó al hogar de éste en Tamurachō.

Era la estación de las lluvias, y aquella noche lloviznaba sin cesar. Pasaban de las nueve cuando Tomo llegó a casa en un *jinrikisha*, procedente de la recepción a la que

la habían invitado. Al oír su saludo, Yukitomo, que estaba jugando al *go* con su médico, volvió la cabeza, con una piedra entre sus largos dedos.

—¿Qué tal ha ido? ¿Ha hecho Yumi una buena figura en su papel de novia? — Depositó la piedra en el tablero. Al parecer, iba ganando, y estaba de buen humor.

—Tenía un aspecto muy distinguido —dijo Tomo, en dirección a Suga—. Su atuendo no era nada recargado, un kimono normal y corriente y tan sólo un adorno floral en el cabello.

Yukitomo sonrió e hizo un gesto de asentimiento. Suga, mientras respondía vagamente a lo que Tomo acababa de decir, miró con disimulo el perfil de Yukitomo, cuya sien hundida revelaba lo mucho que había envejecido recientemente. Buscaba algún cambio en su expresión, pero él parecía tan despreocupado como si le estuvieran hablando de la boda de una pariente lejana.

Iwamoto seguía frecuentando la casa para tratar de asuntos relacionados con las tierras y las fincas, y cada vez que les visitaba, Tomo y Suga le preguntaban por Yumi. Él se restregaba las manos tímidamente y replicaba con una leve inclinación de cabeza:

—Se encuentra bien, gracias.

Cuando, durante una de sus visitas, dijeron a Miya que Iwamoto parecía muy feliz, ella se echó a reír frívolamente.

—Imagino que cuando Yumi e Iwamoto están juntos, deben de parecer Kanabotoke y Benten^[12] uno al lado de la otra —comentó. Entonces una idea pareció acudir a su mente, pues se volvió hacia Yukitomo y le dijo—: Papá, ¿por qué no vamos a ver qué tal le va al cesterero? Todavía no has estado en su casa, ¿verdad? —añadió, mirando de soslayo a Suga.

Suga había confiado en visitar algún día a Yumi, pero, como le desagradaba el jaleo que supondría hacerlo con Miya y Yukitomo, respondió vagamente. Sin embargo, Miya parecía muy encariñada con la idea que se le acababa de ocurrir y siguió diciendo en un tono adulator:

—De veras, papá... ¿por qué no vamos? Vayamos hoy mismo. Yumi vive en Tamurachō, y a la vuelta me gustaría ir a Ginza y mirar en la tienda de adornos para el pelo.

—En casa de Yumi no hacen más que tejer cestos, ahí no hay nada interesante que ver. No deberíamos interrumpir su trabajo.

—Pero podríamos pasar por allí un momento, ¿no? Luego iríamos a Ginza...

—Ir contigo a Ginza me pone nervioso —replicó él con una sonrisa.

La juguetona manera que Miya tenía de hablar y comportarse, como si fuese una joven geisha tratando de ganarse los favores de un hombre de mundo, mostraba una total indiferencia por lo que la gente pudiera pensar, y cuanto más animada se volvía, tanto más abrumada y melancólica se sentía Suga.

Finalmente Yukitomo accedió, llevándose a Miya y Suga consigo. Era una tonificante tarde de otoño, y en el sereno cielo azul un milano lanzaba agudos gritos.

La casa de Iwamoto se encontraba en una calle lateral que arrancaba del lado izquierdo de la calle principal entre Tamurachō y Shimbashi. En una pulcra habitación, recién acondicionada y con suelo de tablas había gran cantidad de cestos nuevos pintados con reluciente laca negra. Dos jóvenes se sentaban en el suelo, tejiendo delgadas tiras de bambú y embadurnando el papel pegado a los cestos recién trenzados con zumo de caqui, un paso previo a la aplicación de la laca.

Iwamoto había salido a llevar un pedido. Cuando los tres se apearon de los *jinrikisha*, Yumi fue a su encuentro, bien vestida, con un kimono de seda a rayas y una cinta malva en el moño, y los llevó a la sala que estaba al fondo de la tienda.

—Para hacer este trabajo, tienes que ser como un obrero cualificado —les dijo sonriente mientras se sentaba junto al brasero alargado y preparaba el té—. Como no estoy acostumbrada, me fatigo. ¿Hoy vais a alguna parte?

—Miya dijo que quería ver tu taller y por eso hemos salido, pero cuando te haces viejo, resulta penoso seguir el ritmo de los jóvenes... En fin, parece que las cosas te van bien. Eso es estupendo.

—Me alegra decir que gozamos de buena salud —dijo Yumi con una ligera inclinación de cabeza.

A la invitación de Yukitomo para que les acompañara a Ginza y cenara con ellos, Yumi declinó, diciendo que tenía demasiado trabajo en el taller. El mismo Yukitomo había sabido perfectamente, mientras la invitaba, que ella diría que no, y al cabo de una hora más o menos salieron del taller y se despidieron de Yumi en la entrada.

—Yumi ya está así, ¿verdad? —dijo Miya en cuanto se hubieron puesto en camino hacia Tsuchibashi. Trazó una curva con la mano sobre su abdomen.

—¿Cómo? Vaya, no me había dado cuenta —replicó Suga, parpadeando como si la deslumbrara la luz.

Sin embargo, le había llamado la atención el hecho de que, durante su visita, Yumi no se había quitado el delantal de seda amarillo. La rapidez con que Miya se fijaba en esas cosas le pareció indecente, como si de alguna manera fuese una indicación de sus lujuriosos deseos; pero al mismo tiempo la sospecha de que el hijo en las entrañas de Yumi pudiera ser de Yukitomo también pasó por su mente, como la sombra de un ave pasajera. Sabía que difícilmente podía ser así, pero la idea le procuraba un extraño placer, como el que produce apretar con fuerza la raíz de una muela que duele. Le entraban ganas de reírse de Michimasa y del otro marido, Iwamoto, de reírse con la risa fría y hermosa de la arpía que desgarrar los vientres de las mujeres embarazadas.

Yukitomo caminaba briosamente por delante de ellas, sirviéndose de su bastón, al parecer ajeno a la conversación de las mujeres. Visto por delante, parecía haber envejecido considerablemente, pero su manera de andar era juvenil, y tenía la espalda recta como un palo.

A mediados del verano del año siguiente, Yumi se presentó en la residencia de los

Shirakawa con su hijo recién nacido.

Aquel día Miya también estaba presente en la gran casa, con su hijo Kazuya, dos años menor que Takao y sólo uno mayor que Naoichi, el primogénito de Yumi.

Miya entrecerró los ojos y sonrió al ver la carita de Naoichi, tan suave y bien formada.

—¡Qué guapo es Naoichi! —exclamó mientras jugaba con él—. Cuando crezca, seguramente hará llorar a muchas mujeres.

Su tierna sonrisa al decir esto era tan ingenua que incluso la cautelosa Tomo se vio obligada a sonreír.

Mientras vigilaba a Takao, que correteaba seguido por su nodriza, Tomo contempló con cierto asombro a las criaturas en brazos de Miya y Yumi.

Takao, Kazuya, Naoichi... pensó que aquellos niños también se convertirían en hombres adultos, una idea que incluso ahora la sobresaltaba. Era una sensación turbadora, muy distinta de la que experimentaba al imaginar cómo sería Takao cuando llegara a la edad adulta. Le turbaba pensar que aquellos niños que ahora retozaban llenos de inocencia ante ella, reían y hacían muecas un día serían hombres como los demás, hombres como Yukitomo, Michimasa, Iwamoto...

Tomo pensó que entre aquellas mujeres había una sin hijos: Suga. Su regazo, extrañamente vacío, expresaba soledad con mucha más vehemencia de lo que jamás podría hacerlo su cara.

—¿No se sentirá Suga envidiosa porque Yumi se ha casado? Me gustaría que se casara si le saliera un partido adecuado...

Dos o tres días antes, cuando Yukitomo mostraba las carpas del estanque a Takao, había hecho esa observación, que seguía pesando en el seno de Tomo. Ahora, con frecuencia, incluso cuando se hallaba en presencia de otras personas, Suga tenía una expresión vacua, como si contemplase el espacio. Tomo se había fijado en que a menudo tenía los ojos hinchados, como si hubiera llorado en la intimidad de su habitación, y suponía que ese llanto tenía una doble causa: por un lado, su soledad al haber perdido a Yumi y, por otro, el dolor de ver que Miya era dichosa al gozar del amor de Yukitomo. ¿Era posible que éste se estuviera cansando de la resistencia de Suga, que no expresaba verbalmente pero que parecía rezumar de su cuerpo?

—Pero Suga es distinta de Yumi —había replicado ella—. Sus reglas no son normales, y aunque se casara, lo más probable es que no pudiera concebir. Y por mi propia conveniencia, preferiría que siempre estuviera aquí para cuidar de ti...

Había ido demasiado lejos y transpiraba, temerosa de que la crítica implícita en sus palabras afectara a Yukitomo. Pero éste se había limitado a hacer un equívoco gesto de asentimiento y, sin replicar, había batido palmas por encima del agua.

—Mira —le dijo a Takao, dándole unos golpecitos en el hombro—. ¡Ya vienen las carpas! ¡Aquí están!

Suga era la mujer de la que Yukitomo ya podía prescindir, y Tomo la compadecía profundamente. Yumi y Miya eran distintas. La primera, aunque Yukitomo la hubiera

abandonado, estaba casada y podía tener hijos, mientras que Miya era la clase de mujer a la que con toda probabilidad cualquier hombre podría seguir amando indefinidamente sin cansarse de sus encantos.

Suga se había convertido en querida de Yukitomo incluso antes de que hubiera empezado a menstruar, y esto casi con toda certeza era lo que había afectado a su capacidad de concebir. Ahora que superaba la treintena y empezaba a perder su belleza, no podría convertirse en una geisha, y aunque se casara, tampoco era probable que, dada su constitución enfermiza, su vida conyugal fuese tan satisfactoria como la de Yumi. Al pensar en el destino que aguardaba a Suga, el de ir envejeciendo sin dejar el papel de concubina que detestaba, compartiendo con una mujer cuya presencia la incomodaba a un solo hombre, Yukitomo, no podía evitar una sensación de abatimiento. De nada serviría que expresara la solidaridad que sentía hacia Suga, pues ésta sólo interpretaría cínicamente sus palabras como preocupación por sí misma.

Tomo era consciente de la acusación en la torva mirada de Suga, que parecía decir: «Has sido tú la causante de que éste sea mi destino». También le divertía irónicamente observar que el rencor de Suga hacia Yukitomo no era tan intenso como el que sentía hacia ella.

Mientras contemplaba a los tres niños, una súbita aversión le hizo desviar la mirada del regazo solitario de Suga con una especie de alivio. «¿Para qué quieres hijos? —deseaba susurrarle a Suga—. Sólo te atan más fuertemente a la rueda del destino».

Ciruelas verdes

En la ladera este del promontorio donde se alzaba la casa, había un terreno cubierto de altos hierbajos. Cuando Yukitomo, poco después de que finalizara la guerra entre China y Japón^[13], primero compró y más adelante se mudó a la que había sido residencia de un extranjero, plantó en aquel terreno baldío una gran cantidad de ciruelos, melocotoneros, nísperos, almendros, caquis y otros árboles, puesto que, según él, los árboles frutales daban al terreno un aspecto más alegre. Por entonces, más de una decena de años después, los frutales eran de considerable tamaño, y el lugar, un terreno de juegos ideal para los nietos, cada vez más numerosos, que trepaban a los árboles y arrancaban la fruta.

El padre de Yukitomo, un samurái de bajo rango del clan Hosokawa, había estado

al frente de las plantaciones de árboles de la cera, y ya en su infancia a Yukitomo le habían intrigado aquellas huertas que producían la materia prima para fabricar la cera de la que dependía buena parte de la economía del clan. Tal vez eso explicara su afecto hacia todos los árboles, sobre todo los frutales, que para él estaban inseparablemente unidos a la riqueza. En la época en que trabajaba en la oficina prefectural de Fukushima, había transformado el terreno detrás de su residencia oficial en una huerta donde había plantado variedades occidentales de cerezos y manzanos, que había conseguido en el centro de investigación agrícola de la prefectura, y contemplaba maravillado la maduración de las grandes cerezas y las manzanas de un rojo brillante. Incluso, cuando tenía más de sesenta años, vivir en una casa con casi dos mil *tsubo* de terreno y saborear la fruta cultivada por él mismo le procuraba un placer exquisito.

Los árboles más numerosos eran los ciruelos, a cuyos frutos no les permitían madurar y volverse amarillos, sino que los recogían todavía verdes para encurtirlos en tinajas. El resultado, los *ume boshi*, se introducían en tarros a los que se ponía una etiqueta con el año de la cosecha. Todos los parientes recibían su parte, pero quedaban viejos tarros cuyos *ume boshi* eran más maduros a cada año que pasaba, las ciruelas más suaves y de un sabor especial, dulce y ácido a la vez. Todas las mañanas uno de ellos aparecía en la mesa del desayuno de Yukitomo, por sus propiedades saludables.

Un buen día, durante una pausa de las lluvias de mayo, procedieron a recoger las ciruelas verdes.

Era sábado, y Takao, que ahora iba a la escuela primaria, y sus hermanos más pequeños, Kazuya y Tomoya, correteaban bajo los haces de luz solar cambiante que penetraban entre el follaje y ayudaban a Suga y las sirvientas a sacudir los árboles o a transportar cestos para la fruta.

En la horcadura del árbol más grande estaban las delgadas piernas de un joven con el rostro oculto por las hojas.

—¿Todavía quedan, Konno-san? —le preguntó Suga, que vestía un voluminoso kimono de franela a rayas de color añil y miraba arriba, hacia las ramas oscilantes—. Qué cantidad de fruta tiene este árbol.

Una cara delgada, provista de unas gafas con montura de plata, se asomó entre las hojas, y unos labios delgados dibujaron una sonrisa que reveló unos dientes blancos.

—Sí, aún hay algunas. Quedan dos o tres *gō*^[14].

—Creo que ya es suficiente, ¿no te parece? Ya debemos de tener cerca de tres *shō*. No podemos comer *ume boshi* todo el año.

—¡Eh, Konno, baja de una vez! ¡Vamos a jugar a la pelota en el césped de delante!

—Sí, estoy harta de recoger ciruelas, Konno-san. Vamos, baja.

Había una diferencia en la manera en que los dos nietos de los Shirakawa, Takao, el hijo mayor, criado en la casa familiar por sus abuelos, y Kazuya, que vivía en la

casa más pequeña de sus padres, trataban al sirviente.

Sin hacerles caso, Konno siguió en la horcadura del árbol.

—Enseguida bajo. ¿Por qué no vais por delante? Si no las recojo todas, vuestra abuela se enfadará. —Y dicho esto, siguió sacudiendo briosamente las ramas.

Durante un rato, Takao y los demás siguieron armando jaleo al pie del árbol, pero finalmente dijeron:

—Bueno, luego nos vemos.

—Estaremos en el césped.

Los dos niños echaron a correr alegremente cuesta arriba.

—De veras, Konno-san, ya es suficiente. No se moleste más. Baje y descanse. ¿No ha dicho que tiene exámenes?

—Sí, pero no empiezan hasta las seis.

—De todos modos, cuando tiene que examinarse, debería estudiar un poco con tranquilidad, antes de presentarse.

—No hay ningún problema —dijo él riendo, y bajó del árbol, poniendo un pie después del otro en los nudos de las ramas y dando un saltito al final.

—Nobu y Yoshi —ordenó Suga a las sirvientas—, llevad esta fruta a la cocina y lavadla. —Ellas levantaron el cesto, al parecer con gran esfuerzo, y, con las espaldas encorvadas, partieron cuesta abajo—. Qué cantidad de hojas ha desprendido, y qué aroma a verdor tienen.

Empuñó la escoba y se puso a barrer las hojas dispersas.

—Déjeme que lo haga yo, señora.

—No, usted tómese un descanso.

—Ni hablar. Sólo hace dos o tres días que estuvo en cama con dolor de cabeza. Podría marearse.

Arrebató la escoba de las manos de Suga y empezó a barrer con brío.

Suga permaneció un rato mirando el suelo, del que se elevaba un aroma a hierba producido por los enérgicos movimientos de Konno con la escoba, y entonces, sin alzar los ojos, le dijo:

—No debe volver a llamarme señora, Konno-san.

«¡Vaya!», se dijo Konno, y dejó de barrer.

—Disculpe, por favor... debo de haber adquirido ese hábito... De todos modos, ahora no nos oye nadie, así que no importa, ¿verdad?

—Aunque no haya nadie, pronto oírás decirlo a alguien. Y eso me resulta penoso.

—Supongo que volverán a decirme que en esta casa no hay dos señoras. Alguien ha dicho que es como la emperatriz de China. Una anciana desagradable, ¿no es cierto?

—Una anciana... Por favor, Konno-san, llamar así a la señora de la casa...

—Aquí sólo manda el señor. Me molesta que esa vieja la trate como si fuese una sirvienta. A ella siguen llamándola «señora», pero ahora no tiene ninguna relación con el señor, ¿no es así? Sin duda es usted la auténtica señora.

Suga apoyaba una mano en el ciruelo y los blancos dedos de un pie jugueteaban con la *geta* de jardín que lo calzaba mientras escuchaba a Konno. Las palabras pronunciadas por el joven estudiante de Farmacia hicieron que un dolor placentero, como el que se siente al presionar la raíz de una muela, le embargara el pecho.

—No debería decir esas cosas. En el fondo, la señora tiene una voluntad mucho más fuerte que el señor. Al margen de las apariencias, él la respeta mucho. Si la señora le toma a usted ojeriza, no seguirá aquí mucho tiempo.

—Lo mismo me da... —malhumorado, Konno arrojó a un lado la escoba con la que había terminado de barrer—. Es usted demasiado buena, Suga. Debería decir una palabra al oído del señor para que ponga a esa vieja en su lugar.

—Qué cosas dice... no podría hacer eso —musitó Suga, abriendo sus grandes y tristes ojos cercados por unas ojeras azuladas.

Dos o tres días antes, Tomo le había pedido a Konno que fuese al ayuntamiento del barrio en busca de unos documentos, y como ella estaba ausente cuando el joven regresó, él se los dio a Suga. Más tarde, Tomo se encontró con Konno en el pasillo.

—Konno-san, ¿hiciste el recado que te pedí en el ayuntamiento del barrio?

—Sí, traje los papeles, pero usted no estaba en casa y se los di a la señora.

Konno siempre se ponía bastante tenso cuando hablaba con Tomo y, como de costumbre, encorvó los hombros en un gesto de deferencia y le habló en un tono formal.

—Comprendo... así que se los diste a Suga.

—En efecto.

El joven estaba a punto de marcharse cuando Tomo le retuvo con una tosecilla.

—Escucha, Konno-san, me gustaría que no dejaras de tener presente una cosa... Te agradeceré que dejes de llamar señora a Suga. En esta casa hay una sola señora, y soy yo. Si no se habla con propiedad, no es posible llevar a cabo una buena supervisión de la finca.

Aunque su tono era ligero, el efecto fue como un martillazo en la cabeza de Konno. Incluyó dócilmente la cabeza y, cuando se iba, la miró por el rabillo del ojo, pero sólo vio que las mejillas suaves y cetrinas de Tomo estaban tan serenas y relajadas como siempre y que el grosor de sus párpados les daba un leve aire de somnolencia.

Más o menos un año atrás, cuando entró al servicio de los Shirakawa, con la condición de que le facilitarían el tiempo y el dinero necesarios para asistir a las clases nocturnas en la Facultad de Farmacia, Konno se refería a Suga como «la señorita Suga», tal como lo hacían las sirvientas y los comerciantes. Así llamada, Suga parecía un ama de llaves, y ciertamente era ella la que, en las frecuentes ocasiones en que Tomo estaba ausente, ocupándose de los asuntos relacionados con las tierras y los inmuebles, se desplazaba lánguidamente entre la sala de estar y la cocina, atendía a las necesidades de Yukitomo y daba instrucciones a la servidumbre. Cuando no tenía nada que hacer, se sentaba junto al brasero en la sala de estar,

llenaba de lujoso tabaco *Kumoi* una pipa de larga caña y se la fumaba, o bien entretenía a Yukitomo leyéndole un libro o el periódico. Naturalmente, por la noche preparaba su cama al lado de la de Yukitomo en el dormitorio de éste, pero, por lo demás, lo que demostraba más claramente la posición de Suga en la familia Shirakawa era el orden en que se sentaban sus miembros durante las comidas.

Yukitomo ocupaba el lugar de honor, seguido por Tomo y Takao. Cuando estaban de visita, Michimasa, su esposa Miya y sus hijos se sentaban en los lugares apropiados. Entonces los sirvientes traían unas mesitas lacadas y las colocaban ante cada uno de ellos, mientras una doncella dejaba el recipiente del arroz cocido en el centro de la sala y se sentaba ante él. A Suga no se le asignaba una mesa. De espaldas a la doncella, se sentaba frente a Yukitomo y le servía el arroz, le quitaba las espinas del pescado y se encargaba de todas sus demás necesidades. Ella, por su parte, comía de los platos colocados en la misma mesa.

La visión del anciano Yukitomo manejando los palillos con Suga, mucho más joven, sentada frente a él a la misma mesa, revelaba una relación que no era ni la de marido y esposa ni la de padre e hija, y confirmaba de inmediato a cualquiera que lo estuviera mirando la posición de Suga.

También a Konno esa estampa le reveló poco a poco el peculiar matiz con que las sirvientas y los comerciantes se referían a ella como «señorita Suga». Konno era el tercer hijo de una familia de nueve y, al finalizar la enseñanza media, trabajó algún tiempo en una farmacia de Chiba. Ambicionaba obtener el título de farmacéutico, y se había trasladado a Tokyo, donde ya había servido en dos o tres casas. Aunque de una manera displicente, observaba con rapidez quién detentaba la autoridad en la familia, cuáles eran los hilos que, al tirar de ellos, moverían ciertos brazos y piernas, y sabía muy bien cómo moverse por las sutiles brechas que presentaba una serie compleja de relaciones domésticas. Cuando empezó a estar a sus anchas en aquella casa, pronto adivinó que Yukitomo detentaba la autoridad absoluta, que Tomo ocupaba el puesto de administradora y tenía pocos lazos íntimos con su marido, y que Suga y el nieto Takao eran los verdaderos depositarios de los afectos de Yukitomo.

Yukitomo y Tomo se lo consentían todo a Takao. También Suga, de acuerdo con los deseos de Yukitomo, cuidaba del pequeño casi como si fuese una nodriza, por lo que la táctica más certera sería la de llamarle «señorito Takao». Pero lo más importante era que un joven como Konno, sin parientes cercanos, debía recurrir a las sirvientas cada vez que sus ropas necesitaban un remiendo, y la manera más fácil de conseguir que lo hicieran era lograr que Tomo o Suga lo pidieran por él.

Pese al tiempo transcurrido desde que Konno empezara a vivir en la casa, Tomo, con su actitud callada y siempre vigilante, era tan inescrutable que el muchacho se mantenía distanciado de ella; pero detrás de la lentitud con que Suga se expresaba y la languidez de sus movimientos, atisbaba una gran sombra gris que evidenciaba su insatisfacción en aquella casa.

—¿Por qué razón Suga-san no se marcha de aquí y se establece en su propia casa?

—le preguntó Konno a Maki, la nodriza de Takao—. De todos modos, podría seguir siendo una concubina, pero por lo menos sería la señora en su propia casa y haría lo que quisiera.

Pero Maki hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La chica no tiene recursos para eso. Es tan introvertida, tan taciturna... Al fin y al cabo, empezó a servir aquí cuando tenía quince años, y lleva casi veinte en la casa. ¿Cómo puedes esperar que engatuse al señor? Además, al señor siempre le ha gustado salirse con la suya, y sin duda no permitiría que una mujer, después de haberse instalado en su finca, se marchara. Y todavía más en la actualidad, cuando está envejeciendo. Pobrecilla Suga-san, cuando pienso en su futuro, sin hijos ni nada, me apiado de ella.

Poco después de haber escuchado esta explicación, Konno empezó a llamar «señora» a Suga, y delante de los demás se refería a ella como «la joven señora».

La primera vez que usó ese tratamiento con toda naturalidad, Suga pareció sobresaltarse. Abrió desmesuradamente los ojos y despegó los labios, como si fuera a corregirle, pero al final se contuvo y no dijo nada. De todos modos, a Tomo no le había pasado desapercibido el júbilo que, con la celeridad del rayo, había cruzado sus tensas facciones.

—Konno-san, el señor dice que no le gusta ver ese kimono azul tan desvaído, así que he comprado esta tela de algodón teñida. Le pediré a Yoshi que confeccione la prenda, y cuando esté hecha, le agradeceré que se la ponga.

Mientras le mostraba la tela, hablaba con desánimo, como si actuara bajo las órdenes de Yukitomo y contra su voluntad. Pero en realidad era ella quien se lo había propuesto a Yukitomo.

—Konno-san siempre sale con el señorito Takao, pero su aspecto me parece deplorable, con ese kimono de algodón desteñido por completo en los codos. Y no puedo quejarme una y otra vez a un joven que sólo es un sirviente, ¿no es cierto?

Lo había dicho con naturalidad, el ceño fruncido, y Yukitomo la reprendió.

—Usa la cabeza, eres tú quien debe procurar que tenga buen aspecto. Es un miembro de la familia. Deberías pensar más en nuestra reputación.

Aunque Konno la llamara «señora», eso no significaba que las sirvientas y los comerciantes variasen su manera de referirse a ella. Por otro lado, Suga sabía muy bien que, si hicieran tal cosa, se vería obligada a corregirles.

Sin embargo, la palabra «señora» pronunciada por Konno encandilaba sus oídos y la llenaba de placer.

Por mucho afecto que recibiera en privado, Suga jamás podría ser libre y expresarse con franqueza, nunca podría sentir la brillante luz del sol en su piel mientras viviera bajo el mismo techo que la esposa legal de Yukitomo. Debía permanecer siempre en segundo plano, detrás de Tomo, en actitud de espera, vigilante, el cuello ávidamente estirado.

Ni siquiera Yukitomo, y mucho menos Tomo, tenía la menor idea de la frustración

y la impotencia desesperadas que experimentaba, y por ello las frívolas palabras de halago de Konno eran como garrapatas que se introdujeran en su corazón.

Cuando Suga empezó a mostrar una disposición favorable, Konno, susurrándole al oído, difamó abiertamente a Tomo.

Cuanto más vehemente era Konno en sus ataques a Tomo, tanto más la defendía Suga. Y cuanto más la defendía, tanto más gozaba imaginándose una mujer decente, tan distinta de la concubina normal y corriente. Pero no se percataba de que mientras tiraban primero a un lado y luego al otro, como el tira y afloja con una cuerda, la distancia entre ella y Konno era cada vez más reducida.

Suga aún no era más que una chiquilla, cuando la amó un hombre treinta años mayor que ella, quien había seguido mimándola desde entonces, y ella tenía demasiado interiorizado el papel de amante para que pudiera sentir afecto maternal hacia un hombre al que llevaba diez años. Para quienes conocían a Yukitomo, Konno era un pelagatos y carecía por completo de las cualidades masculinas más respetables. Al principio a ella le había parecido tan insignificante que probablemente jamás se le habría ocurrido efectuar semejante comparación, pero cuando él empezó a mostrar la inquina que le tenía a Tomo, tanto su cara como su cuerpo, por triviales y endebles que fuesen, empezaron a causarle una impresión diferente y profunda.

Konno estaba enterado de que Suga padecía hemorroides que le causaban dolor y fiebre, una dolencia tanto más penosa cuanto que ella no le contaba a nadie su problema. Como era amigo de un farmacéutico, cuando nadie podía verlos, él le proporcionó unas hierbas chinas para tomar en infusión de las que ella nunca había oído hablar. Cada vez que Suga intentaba pagarle, él empujaba el dinero con los dedos de su pálida mano extendida mientras se marchaba.

—Déjelo, déjelo —le decía—. Pero tenga en cuenta que la emperatriz china se pondrá desagradable si se entera, de modo que no le diga a nadie que toma esas hierbas.

De estas palabras se desprendía que su protector, Yukitomo, no la quería como era debido, y si las hubiera pronunciado cualquier otra persona, habrían provocado la indignación de Suga, pero Konno era especial. Ella guardaba cuidadosamente la medicina que le daba en una lata, y tomaba las infusiones como si se tratara de algo precioso.

—Esa medicina tiene un olor raro —comentaba a veces Yukitomo, y decía medio en broma—: ¿Estás segura de que no es la sustancia que echan al agua del baño?

Ella sonreía levemente y replicaba:

—Me lo ha enviado mi cuñada. Es una buena medicina para mi problema de costumbre. No sé cómo se llama.

El fantasma melancólico de una sonrisa que aparecía a un lado de su cara en tales ocasiones tenía un aire de coquetería casi misterioso. Para ella eso era lo que más se aproximaba a vengarse de Yukitomo.

En el hogar de Miya, ésta le daba a su marido un nuevo hijo casi todos los años,

aunque no había ninguna garantía de que entre los cinco niños no hubiera ningún vástago de Yukitomo. A Michimasa, en su indigencia mental, no se le pasaba jamás por la cabeza la verdadera relación entre su padre y su esposa, pero la simple necesidad de guardar el secreto le había valido en los últimos años una generosidad por parte de su padre que nunca había conocido hasta entonces. Ahora la casa de Tsunamachi era para Yukitomo no tanto el hogar de su hijo como un nido de amor secreto.

Suga sentía un regocijo familiar e irónico ante el renovado ardor sexual de la mirada de Yukitomo durante los periodos entre la primera náusea matinal, que obligaba a Miya a acostarse, y su recuperación tras el nacimiento del niño.

Por mucho que intentara convencerse a sí misma de que todos los hombres eran iguales, seguía experimentando la misma sensación frustrante de moverse a tientas en una interminable oscuridad, y un dolor sordo le encogía el corazón. Por ello el mecanismo interno, como un muelle distendido, que debería haber causado su rechazo de Konno, por quien no se sentía especialmente atraída, no funcionaba con toda su eficacia.

—¡Oh, no...!

En pie entre el verdor iluminado por el sol, Suga encorvó de repente los hombros y contorsionó el cuello. Konno, sorprendido por su exclamación, se le acercó.

—¿Qué le pasa?

—No estoy segura. Creo que tengo algo en la espalda. ¡Ah, se mueve! Konno-san, eche un vistazo, por favor.

—¿Qué es? ¿Se le ha metido ahí un insecto o alguna otra cosa?

—¡Oh! Qué sensación más desagradable... Me hace cosquillas...

—Un momento... disculpe.

Mientras hablaba, el joven metió la mano entre el kimono de Suga y su carnosa y blanca espalda.

—Veamos. ¿Dónde... aquí?

—No, en el otro lado. ¡Me pica! Sí... por ahí.

—¿Qué es esto? Vaya, una oruga.

—¡Oh, qué asco!

Fuera de sí, Suga se zafó de la mano de Konno y se estremeció. Konno se echó a reír mientras aplastaba sin ceremonia con su *geta* de madera la pequeña oruga del ciruelo que había arrojado a sus pies.

—Se ha puesto pálida. Qué debilucha. Si no es más que una oruga.

—Pero es horrible. ¿Es que no conoce la expresión «detestar a alguien como a una oruga»?

Suga se llevó ambas manos al cuello del kimono y sacudió las hebras sueltas del denso moño, como si temiese que aún hubiera alguna oruga reptando por allí. Más que la belleza enfermiza de su rostro, de los ojos con ojeras, la fría humedad de la

blanca piel que la mano de Konno acababa de tocar fue lo que hizo que todo su ser se estremeciera con una voluptuosidad inusitada.

—Todavía me escuece. ¿Me habrá picado?

—Vamos a verlo.

El joven hizo ademán de acercarse de nuevo a Suga, pero ella se ajustó el kimono.

—No es necesario —replicó—. Le pediré a Yoshi que me aplique algún medicamento. Y dicho esto, se alejó a paso vivo.

En la sala del anexo del templo Nishi Honganji, en Tsukiji, Tomo, sentada entre cuarenta o cincuenta personas, escuchaba con avidez las palabras pronunciadas en el estrado. El orador, un sacerdote y erudito enviado desde el cuartel general de la secta en Kyoto, tenía la cabeza rapada y una expresión severa, llevaba gruesas gafas de corto de vista y, sobre la chaqueta veraniega de gasa de seda negra, una estrecha *wagesa*^[15].

El tema de la conferencia era la historia de la dama Idaike, la primera persona a la que Buda enseñó la fe de la Tierra Pura y una figura esencial en las enseñanzas, de la secta Shin del budismo de la Tierra Pura.

Según una leyenda budista, la dama Idaike y su esposo, el rey Binbashara, no tenían descendencia. El rey rogó a los dioses y los budas para que les concedieran hijos, y al final les dijeron que el santo que había transmitido la palabra divina renacería como príncipe, pero que eso sólo ocurriría después de la muerte del asceta. El rey aguardó con impaciencia la muerte de aquel hombre, pero transcurrieron muchos años sin que se produjera el anhelado acontecimiento. Finalmente, incapaz de seguir esperando e impulsado por el apremiante deseo de tener un hijo, el rey, a espaldas de su esposa, ordenó a un servidor que asesinara al asceta, tras lo cual la dama Idaike concibió de inmediato y, a su debido tiempo, trajo al mundo a un príncipe.

Lleno de júbilo, el rey volcó su afecto en el príncipe, al que llamó Ajase, pero éste, desde temprana edad, mostró un carácter violento. Trataba a su padre como a un enemigo, y a medida que crecía, su fuerza salvaje era cada vez más desenfrenada, hasta que acabó por encarcelar al rey, su padre, y dispuso que muriese de hambre.

Por grande que fuese el sufrimiento del rey, no era nada comparado con el de la dama Idaike, obligada a contemplar impotente cómo aquel hijo se proponía cruelmente causar la muerte de su padre. Era consorte real y madre de un poderoso déspota, y no carecía de nada en cuanto a rango y riquezas, pero día y noche su corazón padecía constantes tormentos, y clamaba angustiada al cielo y la tierra para que fuesen testigos de la extraña injusticia que suponía que el hijo de sus propias entrañas se pareciese tan poco a ella.

Confundiendo en que así mantendría a su marido con vida, se embadurnaba el cuerpo de miel y por la noche iba furtivamente a la cueva que era la prisión del rey, al que dejaba que le lamiera la piel mientras yacía, consumido por sus dolencias, en la

oscuridad. De esta manera logró que el rey sobreviviese, pero finalmente Ajase la descubrió y ordenó que la encerraran en una de las más recónditas mazmorras del palacio.

La dama Idaike no podía hacer nada por aliviar el daño que causaba aquel hijo suyo, y, abandonada, en su encierro lamentaba amargamente su impotencia. Por aquel entonces estaba sumida en un profundo infierno, un mundo de oscuridad y horror ilimitados donde la armonía y la razón estaban destrozadas y reducidas a polvo. Mientras forzaba la vista para ver el mundo invisible en el fondo del oscuro pozo, seguía rezando con la poca fuerza que aún tenía su cuerpo desvalido. Anhelaba la luz, y con vehemencia, con pasión, invocó al señor Buda en su lejanísimo reino:

—¡Señor Buda, Señor Buda! Concede fortaleza a este pobre ser. ¿Por qué he de seguir viviendo en este horrible y deforme mundo de los hombres?

La plegaria llegó a oídos del Buda, quien cubrió muchos cientos de *ri*^[16] para aparecerse en todo su esplendor ante la dama Idaike en su celda.

Ella yacía casi agonizante de sufrimiento, y él le explicó la acción del destino que había afectado al nacimiento de Ajase, le describió las glorias resplandecientes de la Tierra Pura que acabarían por abrirse ante ella, puesto que, pese a las ataduras del karma, mantenía su fe con tanta devoción. Las enseñanzas que le impartió el Buda constituyen lo que hoy se conoce como *Kanmuryō kyō*^[17].

Los sufrimientos de la dama Idaike formaban parte del cruel karma que los hombres, pese a su sabiduría y su poder, no pueden mitigar en absoluto. Pese a que su naturaleza era inteligente y compasiva, llevaba en sus entrañas un espíritu maligno, el producto del karma de su marido, y no podía librarse de las torturas del demonio que había parido. Lo más fácil habría sido volverse como Ajase. Sin embargo, ser un Ajase siempre sería imposible para ella, mientras que no sumar sus fuerzas a las de su hijo, significaba condenarse eternamente a un infierno espiritual. El conferenciante siguió diciendo:

—La dama Idaike comprendió que la autoridad, la riqueza material y la sabiduría, todo aquello en lo que los hombres confían, eran impotentes y fugaces, y esa comprensión hizo que hasta tal punto deseara liberarse de semejante infierno que llamó a Shakyamuni, llamó al Buda en nombre de todas las mujeres normales y corrientes que no pueden obtener la fe por sus propios medios. El Buda respondió a su grito desesperado y le proporcionó la enseñanza de la salvación por medio de la confianza. El famoso pasaje de nuestro fundador, Shinran, en su obra *Lamentaciones de las divergencias* («Incluso el hombre virtuoso renace en el paraíso; ¿cuánto más entonces el pecador?») expresa esta clase de salvación. Un hombre puede creerse justo, pero, si abre los ojos un poco más, verá que le afectan toda clase de karmas y que, sin percatarse, está creando una maldad ilimitada. No puede hacer nada por evitarlo tan sólo con sus facultades, y sólo la luz externa, la gracia del Señor Amida, puede salvarle. Nuestra secta cree que esta gracia se encarna en la invocación de su sagrado nombre: *Namu Amida Butsu*.

El conferenciante ofreció dos o tres ejemplos más de la clase de confianza en la ayuda divina mostrada por la dama Idaike, y entonces abandonó el estrado.

Entre las mujeres reunidas, había algunas que, incluso durante la conferencia, no dejaban de musitar *Namu Amida Butsu, Namu Amida Butsu*. Una vez se hubo marchado el conferenciante, les sirvieron té y pastelillos, que tomaron en actitud reverente mientras conversaban no tanto de la conferencia que acababan de escuchar como de sus respectivas familias. Pertenecían a una organización de creyentes llamada «La iglesia de las damas», formada en su mayor parte por mujeres de clase media o alta, que se reunían una vez al mes, unos encuentros a los que siempre asistía un conferenciante. A veces alguna venía acompañada de una hija soltera o una mujer joven, pero en su mayoría eran mujeres de edad mediana o ancianas de las clases pudientes. En ocasiones incluso se veía entre ellas a una dama célebre por su talento, hermana del religioso que detentaba la máxima autoridad del templo, y que llamaba la atención porque estaba sentada aparte, muy erguida y con el largo cuello estirado como el de una grulla.

Tomo intercambió unas palabras sobre temas domésticos con dos o tres esposas de hombres de negocios a las que conocía, tomó su bolsa de tela y abandonó la reunión un poco antes que los demás. Tenía que visitar a un agente para hablarle del aumento del alquiler de su finca en Kodemmachō.

Al pasar ante el pabellón principal del templo, se llevó las manos al pecho en actitud devota, y entonces abandonó el espacioso recinto y tomó la dirección de Shintomichō, pensando por el camino en la religiosidad mostrada por la dama Idaike.

El primer contacto de Tomo con las enseñanzas de la secta Shin se produjo por deseo de su madre, fallecida largo tiempo atrás.

Unos doce años antes de la muerte de su madre en la casa de su hermano mayor en Kumamoto, Tomo cedió a sus deseos y viajó a Kyushu para verla, llevando consigo a Suga, por entonces todavía joven. Había querido mitigar los temores de su madre al enterarse de que Suga se había convertido en concubina de Yukitomo, tranquilizarla haciéndole ver con sus propios ojos que no era una mujer temible, sino una muchacha amable que más bien parecía una joven esposa.

A decir verdad, su madre había parecido incluso más tranquilizada de lo que Tomo había esperado, pero de todos modos conocer a Suga le hizo comprender más profundamente la pesadumbre de Tomo ante la perspectiva de que una mujer tan joven y hermosa viviera bajo el mismo techo y sirviera a Yukitomo.

—Por mucho que nos impacientemos, los seres humanos no podemos disponer los acontecimientos a nuestro gusto. No deberías tomártelo a pecho y forzar las cosas, sino dejarlo todo en las manos del Señor Amida.

Así le habló a Tomo, y repetidas veces le aconsejó que, cuando regresara a Tokyo, asistiera al templo Honganji, a fin de hallar consuelo en el credo Shin.

Pero sólo después de la muerte de su madre, Tomo puso en práctica su consejo. Aunque no hubiera cumplido su promesa en vida de su madre, siempre había tenido

la excusa de que sus ocupaciones domésticas no le permitían suficiente tiempo libre, pero después de que le hubiera encontrado marido a Etsuko y esposa, por insatisfactoria que fuese, a Michimasa, cuando ya había perdido las esperanzas de verlo casado, los últimos deseos de su madre fallecida habían llegado a parecerle un deber del que no podía hacer caso omiso.

Sin embargo, durante cierto tiempo tan sólo el deber filial hacia su madre fue lo que la llevó a rendir culto o a escuchar las conferencias en el templo, porque parecía improbable que unas palabras tan abstractas como «la promesa del Señor Amida» pudieran mitigar los continuos y dolorosos esfuerzos que ella debía hacer para ocultar el libertinaje de Yukitomo y asegurar que no socavara los cimientos de la familia.

Más o menos por la época en que oyó hablar por primera vez de la relación ilícita entre su nuera Miya y Yukitomo, los primeros brotes de fe empezaron a germinar en su interior.

Nadie habría podido conjeturar la tristeza y el aborrecimiento que en el transcurso de los años habían causado a Tomo el carácter egoísta y la indigencia mental de Michimasa. Por despótico que fuese Yukitomo como marido, era consciente de que su posición dependía del prójimo y de la sociedad en general, y en ese sentido, por lo menos, se le podía respetar como hombre. En cambio, para Michimasa no significaban nada ni el código de conducta ni el amor por los que Tomo se había regido durante toda su vida. De la misma manera que, al tratar con los demás, Michimasa siempre acababa por ofenderlos, así carecía de sentimientos amorosos hacia la mujer que había tomado por esposa, aparte del deseo carnal. Incluso era dudoso que Miya hubiera permanecido tanto tiempo con Michimasa de no haber sabido que la misma casa albergaba la inesperada felicidad ofrecida por las hábiles atenciones de Yukitomo.

En la época en que Tomo oyó hablar por primera vez de Miya, su crianza en la casta samurái le hizo desdeñar airadamente el júbilo de la joven porque Yukitomo jugaba con ella. Miya era una desdichada, corrompida en lo más hondo de su ser. Pese a que Tomo estaba acostumbrada a la melancolía y la vaga insatisfacción que le causaban las continuas relaciones con mujeres de Yukitomo, incluso aparte de Yumi y Suga, no podía dejar de experimentar una alarma renovada en el caso de Miya.

Si Michimasa llegara a enterarse de lo que sucedía y, medio idiota como era, se volviera violento, la reputación de la familia Shirakawa, que para ella siempre había sido tan importante, se vendría abajo. Por entonces le preocupaba menos su propio destino, sepultada bajo los escombros, que los daños que podría sufrir Takao, al que ella había criado tan amorosamente. Ella misma nunca había previsto que llegaría a amar tanto a su nieto. La lástima que sentía por un niño que había perdido a su madre al nacer se había transformado en amor. No importaba en absoluto que fuese hijo del necio y brusco Michimasa, y el vínculo de sangre sólo hacía que Takao le pareciera todavía más patético y adorable. En comparación con el afecto que derramaba tan

abundante y ciegamente en aquel niño, la crianza de sus propios hijos, Michimasa y Etsuko, había sido fría e inflexible.

Medida por su amor hacia Takao, Tomo experimentaba una nueva responsabilidad no sólo hacia Michimasa, sino también hacia Miya y Suga. Tanto ésta, la flor que Yukitomo había arrancado cuando aún era un capullo, como Miya, de cuya frustración con su grosero marido se había aprovechado su suegro, llegaron a parecerle más dignas de compasión que odiosas. Y cuando reflexionaba en que los hombres en cuestión eran el marido y el hijo a los que estaba unida por unos vínculos inquebrantables, se sentía impotente en los giros de un ciclo de nacimiento y renacimiento que le recordaba vívidamente el infierno al que fue arrojada la dama Idaike, y así, por primera vez, la evocación de Amida brotó de sus labios con toda naturalidad y sin esfuerzo. La intensidad de su amor por Takao y la oscura repulsión que le causaba su propia complicidad en la cuádruple relación de marido, hijo, concubina y nuera eran cargas casi demasiado pesadas para ella, pero no había adquirido ninguna de ellas por su propia libre voluntad, de la misma manera que no podía librarse voluntariamente de ellas.

Últimamente Tomo tenía otra preocupación. Era algo que había oído un día, estando en Tsunamachi, cuando Miya, cada vez más entrada en carnes, le había comentado jovialmente mientras introducía un lustroso pezón en la boquita de su quinto hijo, la pequeña Namiko:

—Por cierto, madre, dicen que Suga-san está pensando en casarse... ¿Lo sabías?

—Nada de eso. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Había replicado sin alterarse lo más mínimo mientras golpeaba la cazoleta de su corta pipa contra el brasero, pero sintió un repentino estremecimiento en el pecho.

—Eso es lo que dice padre. «A Suga parece gustarle ese joven Konno —me ha dicho—. Hay entre ellos cierta diferencia de edad, pero cuando él termine sus estudios, estoy pensando en casarlos y establecerlos con su propia farmacia...»

—Vaya, las cosas que se le ocurren... Supongo que bromeaba... Es increíble, piensa que entre Suga y Konno hay más de diez años de diferencia... ja, ja, ja...

Soltó una risita un poco forzada, y Miya pareció encontrarlo irresistiblemente divertido y entrecerró los ojos hasta reducirlos a dos rendijas.

—Pero eso es lo de menos —dijo entonces—. ¿Qué importa mientras se gusten...? En fin, es de suponer que si padre perdiera a Suga al cabo de tanto tiempo, sería duro para él.

Miya hablaba como si el asunto no tuviera relación con ella, dejando hábilmente de lado su propio secreto.

—Ya lo creo que sería duro. Lo sería para mí, cómo no para padre. Ya es demasiado tarde para traer a otra mujer a la casa y... No, estoy segura de que la misma Suga, aunque suela ponerse de su parte, no se entiende con Konno.

Tomo expresó con firmeza esa conclusión y regresó a casa, pero a partir de entonces empezó a estar ojo avizor, en busca de señales de intimidad entre Suga y

Konno.

Durante el largo periodo en que le había afligido la conducta de Yukitomo con las mujeres, Tomo había adquirido de una manera natural la capacidad intuitiva de percibir la existencia de relaciones físicas entre un hombre y una mujer. Incluso cuando estaba entre muchas otras personas, era capaz de notar, mediante el intercambio de secretas miradas, si una relación era algo más que amistosa. Y en la medida en que podía juzgar por su instinto, todavía no existía ese secreto entre Suga y Konno.

Lo único que había cambiado recientemente era que Suga hablaba en privado con Konno, pero no por ello se mostraba apurada ante Yukitomo, al que parecía complacerle la creciente intimidad entre ella y aquel joven.

Unos días atrás llegó una carta de los padres de Konno en la que expresaban su intención de visitar Tokyo. Konno se la había pasado a Suga y ésta a Yukitomo, el cual propuso de inmediato que los invitaran a alojarse en su casa. Konno expresó su rechazo con vehemencia.

—Son campesinos, y se sentirán avergonzados si las sirvientas se burlan de ellos...

Pero Yukitomo, casi enojado, insistió en que los invitara.

—Si quieren ver los lugares de interés de Tokyo, deberías acompañarles —le dijo a Suga—. Si lo hace Konno cuando debería estar trabajando, es probable que sus padres se sientan incómodos.

De una caja para material de escritura sacó una considerable suma de dinero y se la dio. Suga parecía bastante más animada que de costumbre.

—Sí, es una buena idea. Ya que han venido hasta aquí, deberían ver algo más que la torre de Asakusa y el Palacio Imperial. No falta mucho para la exhibición de fuegos artificiales en el río Sumida, así que podría llevarlos a casa de Kusumi para que la vean desde allí.

Tomo reflexionó irónicamente en que no era necesario que se tomara tantas molestias por los padres del sirviente, pero guardó silencio, pues sabía que su intervención en tales ocasiones haría que su marido la despreciara todavía más, considerándola una entrometida sin refinamiento.

Los llevaron no sólo a ver los fuegos artificiales sino también a la danza del Festival de los Difuntos, e incluso salieron de la ciudad y fueron a Enoshima y Kamakura, y en todas esas ocasiones Suga se comportó como si realmente se propusiera casarse con Konno, el cabello recogido en un juvenil peinado, muy ahuecado por encima de la frente, y vestida con un fino kimono de crepé de Akashi cuya franja vertical hacía resaltar a la perfección la blanca piel de la que ella se sentía tan orgullosa. Yukitomo no estaba en absoluto molesto, y cuando regresaron, les hizo numerosas preguntas sobre lo que habían visto, regocijándose del asombro mostrado por aquellos campesinos que eran los padres de Konno. En el pasado, cuando Suga era más joven, habría mostrado su desagrado tan sólo por verla hablar con otro

hombre. ¿Tal vez había alcanzado una edad en que le resultaba placentero ver su relación amistosa con un hombre tan joven e ineficaz? ¿O quizá ahora que tenía a Miya confiaba en endosarle Suga a Konno?

Pese a su estrecha relación, Tomo no podía conocer los verdaderos sentimientos de Yokitomo ni de Suga.

Pensaba en la posibilidad de advertir a Suga de una manera indirecta, pero aunque Suga no hubiera estado en los últimos tiempos extrañamente animada, la mención de Konno habría bastado para ponerla en guardia, por lo que Tomo decidió no hacer nada y seguir siendo una observadora pasiva.

¿Era posible que, cercana al final de la treintena, por fin un amor tardío estuviera germinando en Suga? Aunque así fuese, si realmente estaba enamorada de un hombre como Konno, un hombre sin verdaderas capacidades, carente tanto de buen juicio como de firmeza de carácter, era evidente que le esperaba la desdicha. El carácter de Tomo le imposibilitaba penosamente reducir el asunto a la necesidad de Suga. Al pensar en ello, no podía olvidar nada, ni siquiera la ocasión en que fue en busca de Suga y la madre de ésta, ya fallecida, le pidió que tuviera en cuenta el bienestar de su hija en el futuro.

Un día, cuando Suga había salido a comprar, Tomo llamó a Konno y, con la mayor naturalidad posible, le preguntó si se proponía casarse con Suga.

—No, en absoluto. Suga-san tiene diez años más que yo y, además, no es lo bastante fuerte para ser una esposa normal. Para mí el matrimonio significa hijos y nietos. No me interesa una mujer yerma.

Una leve sonrisa hizo que le temblaran los labios. A juzgar por su tono, lo que más le preocupaba era que se entendiera erróneamente que le había hecho insinuaciones a Suga.

—Comprendo... En ese caso, no hay ningún problema. Primero has de pensar en ti mismo, y si hubiera algo entre tú y Suga, deberíamos ponerle fin, lo cual no sería agradable para ninguno de los dos. Aunque el señor no parece alterarse nunca, en estas cosas es muy inflexible...

Miró a los ojos de Konno mientras le hablaba, sin dar la menor indicación de lo que Miya acababa de decirle respecto a las intenciones de Yukitomo. Al percibir que Konno no estaba enamorado de Suga, Tomo había abordado el asunto en una actitud altanera, y, como era de esperar, mientras ella lo observaba, la pálida cara de Konno con sus gafas de montura de plata se contrajo con una expresión confusa e innoble.

A partir de entonces, la actitud de Konno hacia Suga se volvió visiblemente más fría. No le dijo una sola palabra de la advertencia que le había hecho Tomo, aunque sería lógico que hubiera sido el primero en planteárselo.

Si la relación con Suga hubiera estado un poco más adelantada, también Konno podría haber pensado de otra manera, pero a pesar de que para lo demás parecía existir entre ellos un grado de intimidad casi sospechoso, cuando estaban juntos, Suga

le mantenía estrictamente a distancia y se mostraba incómoda. Konno, que se había alojado en distintas casas y relacionado con mujeres mayores que él, no comprendía la falta de confianza por parte de Suga, de la que parecía desprenderse que cualquier insinuación de Konno sería recibida con frialdad y rechazada. Era incapaz de percibir la esposa infantil oculta en la mujer mayor, y cuanto más parecía jugar con él, tanto más perplejo estaba Konno.

Llegó el otoño, y enseguida Suga tuvo que guardar cama a causa de las hemorroides que siempre la afligían, pero Konno no la visitó en su habitación.

Ni siquiera de joven Yukitomo, que tenía profundamente arraigadas las actitudes de la superioridad masculina absorbidas en el seno de su familia de samuráis de Kyushu, había mostrado hacia ningún pariente o conocido enfermo la clase de afecto, la ternura que le habría impulsado a permanecer al lado de la cama de Suga. Desde la habitación en la que estaba acostada, Suga le oía a veces regañar a Tomo y a las sirvientas, irritado porque nadie atendía a sus necesidades.

Jamás como en aquel periodo Suga había tenido que luchar con tal firmeza contra la soledad y la nostalgia de su madre fallecida. Cada vez que iba al lavabo, perdía una alarmante cantidad de sangre, y se estaba volviendo tan anémica que incluso le costaba mantenerse en pie.

—Qué pálida estás... Sería mejor que te viera el médico...

Una y otra vez a lo largo de la jornada Tomo se acercaba a la cabecera de Suga y le decía tales cosas, mirando el rostro blanco como el papel hundido en la almohada.

—Estoy bien, gracias —le dijo Suga, mirando a Tomo débilmente con unos ojos que habían olvidado su melancolía habitual—. Siempre es lo mismo, dentro de una semana estaré bien.

También para Suga, postrada como estaba, el rostro de Tomo inclinándose hacia ella parecía haber perdido su acostumbrado aire de precaución y reflejaba afecto materno.

—¿Quieres ir al lavabo? No puedes hacerlo por ti sola. Déjame que te ayude...

Al ver la expresión sombría de Suga, las cejas juntas en un gesto de dolor cuando trató de levantarse, Tomo se apresuró a sujetarla del brazo.

—Gracias, señora, pero no se moleste, le pediré a alguien que me ayude.

—No es ninguna molestia. No te preocupes.

Tomo le rodeó los hombros con los brazos mientras Suga se tambaleaba. Juntas, las dos mujeres avanzaron por el pasillo, pero, después de que la hubiera acompañado al lavabo, Tomo reparó en la sangre de un rojo brillante que había goteado en el suelo del corredor y manchado el borde de su kimono. Mientras la miraba, su rostro se contrajo en una mueca. La sangre procedía del cuerpo de Suga. Se sentía avergonzada y sucia. Entonces, como para borrar esa sensación, experimentó una profunda piedad.

Sacó un papel que llevaba bajo la pechera del kimono para limpiar la sangre. Las gotas manchaban el suelo del corredor, innumerables gotas como florecillas rojas. Tomo se agachó y las limpió una tras otra. Oía los débiles gemidos de Suga dentro

del lavabo.

—¿Estás bien? ¿Puedo entrar?

Los gemidos prosiguieron sin que hubiera respuesta, por lo que Tomo abrió resueltamente la puerta y entró.

Capítulo 3

La hermanastra

Takao Shirakawa descansaba en una tumbona de roton que había sacado a la terraza del piso superior en la casa de Gotenyama. La habitación, que formaba ángulo y miraba al sudeste, estaba aireada por las brisas marinas que soplaban desde la costa de Shinagawa, y era la más fresca de toda la amplia vivienda. Su abuela se la había asignado para cuando volviera a casa durante las vacaciones veraniegas, pues durante el curso se alojaba en la residencia de la escuela de enseñanza media. Al año siguiente se presentaría a los exámenes de ingreso en la universidad, y ella deseaba que dispusiera del lugar más cómodo posible donde estudiar.

Cada vez que Takao se aposentaba en la habitación de puro estilo japonés, con sus maderas nobles y sus elegantes persianas de bambú que pendían de los aleros, la estancia adoptaba de repente un aire sombrío y descuidado, con libros en japonés e inglés amontonados en desorden en el suelo, porque ya no cabían en los estantes, y manchas de tinta en la superficie del escritorio de madera de sándalo roja; pero de todos modos ese desbarajuste era un motivo de satisfacción para Tomo, pues lo consideraba una señal del amor al aprendizaje de su nieto mayor. Ella apenas había recibido la educación suficiente para leer los caracteres chinos con la pronunciación en silabario *furigana* al lado, y le compraba a Takao todos los libros que deseaba, de su propio bolsillo, sin molestarse siquiera en consultar al abuelo Yukitomo. Cuando llevaban los libros a la habitación del muchacho y ella le veía la cara mientras pasaba absorto las páginas, experimentaba la misma satisfacción que una madre que contemplara a sus jóvenes hijas examinando felices unas nuevas y elegantes prendas de vestir.

Tomo aborrecía la admisión de la derrota, y jamás podría reconciliarse con el humillante hecho de que Michimasa, el padre de Takao, fuese un inútil que ni se parecía a su marido ni a ella misma y llevase una vida de retiro prematuro. Sin embargo, su hijo Takao había revelado tener una aguda inteligencia desde la primera infancia, y se había tomado con calma los difíciles exámenes de ingreso que finalmente le habían permitido acceder a la mejor escuela de enseñanza media. Así se había restablecido la confianza de Tomo y Yukitomo, que habían temido por las cualidades de sus descendientes en línea directa. A los abuelos de Takao les alegraba

todavía más que, tras la muerte al dar a luz de la primera esposa de Michimasa, Takao hubiera abandonado el hogar de su padre para que ellos lo criaran.

El muchacho no había conocido a su madre, se había criado en el hogar de un abuelo que ostentaba la autoridad absoluta de un señor feudal, mecido en los brazos de su abuela, la concubina de su abuelo, la nodriza y otras mujeres, y en la actualidad tenía un aire de insociabilidad realzado por su rostro de mejillas chupadas y sus gafas de gruesos cristales, una cara que carecía por completo de la frescura natural de la juventud.

—Al joven señor le gustan mucho más los libros que las personas, ¿verdad? —decían las sirvientas que procedían de las zonas de clase baja más animadas de Tokyo—. No sé qué debe encontrar en eso, pasarse el día entero leyendo libros, libros japoneses, libros extranjeros, lo mismo que un viejo...

Indiferente al desdén de aquellas jóvenes, cada uno de cuyos rostros era incapaz de distinguir de los restantes, Takao seguía leyendo en el hogar de su abuelo, sumido en un sombrío silencio. Sin embargo, no era un ratón de biblioteca para quien el estudio fuese un fin en sí mismo. Tenía una mente clara, y sólo necesitaba tomar apuntes en las clases y memorizarlos para poder enfrentarse a los exámenes sin ser presa del pánico en el último momento. Pese a su etiqueta de estudioso, lo cierto era que se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo novelas y dramas, obras filosóficas y religiosas, cualquier clase de libro que le apeteciera.

En aquellos momentos, el libro que descansaba abierto y del revés sobre su pecho mientras yacía en la tumbona de rotona era una traducción inglesa de una tragedia griega, un librito con letras doradas grabadas en relieve en el lomo. Acababa de leer por entero *Edipo rey*, de Sófocles, y estaba pensando en aquella tragedia.

El muchacho de quien, cuando todavía estaba en la matriz de su madre, predijeron que, cuando fuese hombre, mataría a su padre y cometería incesto con su madre; el niño cuya vida debió haber terminado de inmediato al nacer, sobrevivió milagrosamente, llegó a ser rey de un estado enemigo, atacó y derrotó al reino de su padre, mató a éste y tomó a su madre como consorte, sólo para descubrir demasiado tarde el obscuro destino que le aguardaba. Asqueado por el vergonzoso pecado que había cometido sin saberlo, se arrancó los ojos y, ciego, emprendió un viaje de expiación... La tragedia exponía la inevitabilidad del destino y el karma inconsciente que el individuo va acumulando, y era del mismo estilo que el relato budista del príncipe Ajase o las leyendas medievales del cristianismo.

Takao reflexionó en que si hoy en día un hijo se acostara con su madre, el acto parecería sin duda vergonzoso incluso después de haberlo despojado de las exageraciones de la religión y la moralidad aceptada. Sin embargo, experimentaba una soledad extraña, desolada, por no haber conocido a una madre de su propia sangre que pudiera haber sido el objeto de tales deseos ilícitos.

Miya, la joven y bella mujer a la que le enseñaron a llamar madre en cuanto aprendió a hablar, se trasladó a otra casa, y durante su infancia nada le hizo sentir

afecto ni respeto hacia su padre Michimasa, de modo que aunque existían personas a las que podía llamar padre y madre, en la práctica no eran para él más que un tío y su esposa con los que tenía un lejano parentesco. La frialdad de la actitud de sus abuelos hacia su padre y el rencor sin tapujos que Michimasa evidenciaba por el amor que volcaban sobre él Yukitomo y Tomo se habían combinado con la falta de cariño paternal de Michimasa para endurecer el corazón de Takao de una manera anormal en su infancia.

Ahora su madrastra Miya se hallaba a las puertas de la muerte en el hospital, con su octavo hijo en las entrañas, afligida por un empeoramiento de su tuberculosis de laringe. Sus abuelos le habían dado la noticia el día anterior, cuando regresó a casa desde la residencia de estudiantes, pero, a decir verdad, no le había afectado.

La Miya de piel blanca y cuerpo suave que parecía fundirse, que hablaba con un dejo algo nasal, reía alegremente y hacía bromas, nunca le había hecho sentir la sombría mala voluntad que suele asociarse a la palabra «madrastra», pero tampoco parecía que su repentina desaparición fuese a significar cambio alguno en su vida. Si la muerte de Miya inspiraba alguna ligera reacción en Takao, no se debía al fallecimiento en sí, sino a la idea de la aflicción de Ruriko, su hermanastra.

«¿Es posible que esté enamorado de Ruriko o se trata de un amor puramente fraterno?».

Su mente vagó desde el incesto del rey Edipo con su madre hasta Ruriko, y de improviso se sintió en un callejón sin salida, como si hubieran alzado una barrera ante su cara.

¿Cómo era posible que una persona que no había vivido nunca con su padre y su madrastra ni había conocido la fuerza del amor sintiera el verdadero afecto de un hermano mayor hacia la hermana menor y los hermanos nacidos de aquella madre y criados en una casa distinta? A decir verdad, trataba a Kazuya, el siguiente hermano menor que ahora estudiaba en Keiō, y a Tomoya y Yoshihiko, nacidos después de él, casi con la misma cortesía distante que dispensaba a sus primos y a su tía Etsuko. Sólo hacia Ruriko, que estudiaba el quinto curso en la Universidad Femenina Toranomom, sentía por alguna razón un impulso natural, aunque tal vez fuese un impulso sospechoso, de una mayor intimidad. La asombrosa belleza de la muchacha le atraía, pero lo que no acababa de entender era si su bella hermanastra le atraía de la misma manera que una música o una flor hermosas o si, como mujer, ella había sembrado en su alma solitaria las semillas del primer amor.

Presa de una irritación indefinible, Takao movió el libro desde su pecho hasta el brazo de la tumbona de roton con una brusquedad inconsciente. Como si fijara los ojos en algo invisible, contempló el cielo azul, donde los ardientes rayos del sol empezaban a doblarse a la invasión del atardecer, y entonces miró por casualidad el césped de la elevación donde se alzaba la casa principal y vio algo que le hizo levantarse de la tumbona con una leve exclamación.

—¿Ha venido Ruriko?

Era del todo inesperado. Ruriko, de la que había supuesto que estaba en el hospital, se encontraba allí, en el césped del jardín.

No parecía percatarse en absoluto de su presencia. El espeso cabello, que le caía a los lados, estaba peinado al estilo «margarita», atado en lo alto con una cinta de gasa de seda de azul claro iridiscente como las alas de una cigarra. Su delgado kimono veraniego de muselina con un estampado de lirios sobre fondo blanco estaba atado con un *obi* rojo, pero su figura, solitaria junto a una densa agrupación de cortaderas, tenía un aire de abatimiento, como si estuviera llorando. Dos grandes mariposas rey negras revoloteaban entre los penachos de la cortadera y parecían simbolizar la inquietud de Ruriko.

Takao pensó que aquella muchacha perdería pronto a su madre, y experimentó una abrumadora compasión ante el cruel pesar que atormentaría su frágil cuerpo.

—Ruriko.

Sin pensarlo, puso las manos en la barandilla de madera de la terraza y la llamó en voz alta, una voz con una resonancia fuera de lo habitual.

Ruriko no pareció darse cuenta de dónde procedía la voz que la llamaba y, alzando los ojos todavía humedecidos por las lágrimas, miró a su alrededor hasta que él la llamó de nuevo y por fin lo vio en la terraza del edificio a mitad de la cuesta.

—Ah, estás ahí, hermano —le dijo en un tono jovial, al tiempo que sonreía alegremente con las lágrimas todavía en los ojos, y el pesar que envolvía su joven cuerpo se desvaneció como una delgada prenda que cayera al suelo.

—Parece que madre está mal, ¿verdad? ¿Cuándo has vuelto del hospital?

—Hace un rato. Madre me pidió que le dijera al abuelo que vaya a verla. Iba a telefonarle, pero ella ha querido que viniera personalmente. Así que he traído el mensaje.

—Comprendo... ¿Y el abuelo ha dicho que iría enseguida?

—Irás después de cenar y de que el doctor Akiyama le haya puesto la inyección contra la neuritis. Esta noche voy a quedarme aquí.

—Iré con él. Iba a ir a verla mientras aún fuese de día, pero un amigo que mañana vuelve al campo me ha prestado sus apuntes y...

Mientras le mentía hábilmente, miraba el rostro de Ruriko, de una blancura casi transparente, que no parecía afectado por el calor, y el abundante cabello negro que le caía a ambos lados del esbelto cuello.

—Enseguida estoy contigo.

—No, subiré yo. Ahí hace más fresco, ¿no es cierto?

Le sonrió, se volvió con la celeridad de una golondrina y desapareció detrás del jardín de rocas. Takao se acomodó en la tumbona, con una sonrisa vagamente triste todavía en sus enjutas mejillas. Enseguida oyó el sonido de ligeras pisadas en la escalera, y Ruriko apareció en la esquina de la terraza.

—Qué fresquito. Sí, aquí la brisa es más agradable...

Caminó hacia él mientras hablaba y se sentó con naturalidad en el suelo junto a la

tumbona de roten. De la misma manera que su madre, Miya, tenía un aire refinado, que recordaba a una geisha, así todo en Ruriko, los bellos ojos, las atractivas cejas, las redondas mejillas que se curvaban hacia la suave firmeza de la mandíbula, los hombros algo cuadrados en el tronco corto y las nalgas firmes y bien formadas, se combinaba para darle un aspecto bien definido y coqueto, no tanto el de la hija de una buena familia como el de una joven geisha, una danzarina, que se había recogido el cabello imitando el estilo de una joven de buena crianza. Comparada con las demás jóvenes entre sus parientes o las hermanas de sus amigos, el encanto femenino de Ruriko tenía para Takao la atractiva fragilidad de una flor delicada.

—¿Cuándo has visto a madre por última vez? —le preguntó ella.

—Veamos... cuando estuve en casa durante las vacaciones de abril, hace unos cuatro meses. Pero entonces se encontraba bien.

—Es cierto. Fue poco después de que tuviera náuseas del embarazo. Madre siempre sufre esas náuseas con mucha intensidad, así que nadie se dio cuenta de que se trataba de algo serio.

La tristeza pareció embargarla de nuevo y siguió hablando en voz trémula de emoción.

—Cuando la veas, te sorprenderás. Estaba llenita, pero ahora está muy delgada y con una palidez mortal. Le sienta bien, desde luego, pero al mismo tiempo es espantosa. Y apenas puede hablar. Tampoco puedes acercarte a la cara para escucharla, pues la abuela y los demás dicen que lo que tiene se contagia si te acercas demasiado.

—Claro, así son las enfermedades —replicó Takao, frunciendo el ceño con evidente repugnancia—. ¿Tan delgada está?

—Sí, ha perdido la mitad de su peso.

Cuando era veinteañera, Miya había tenido un físico ligero, casi frágil, con una estructura ósea tan delicada que Yukitomo la comparaba con una joven cierva, cosa que a ella la satisfacía. Pero a Miya le gustaba mucho el alcohol, y todas las noches bebía con Michimasa grandes cantidades de cerveza y sake. Después de alumbrar su cuarto hijo, Yoshihiko, empezó a engordar, hasta que al final uno podría haberse preguntado dónde se escondían los huesos en un cuerpo tan carnoso. A medida que su piel ya blanca adquiría un lustre sedoso, cada vez más brillante y satinada, como si la fina piel pudiera quebrarse al tacto como el tofu, Michimasa se enfadaba con ella y la comparaba a una cerda blanca, una gansa o cualquier otro animal desagradable. Era Yukitomo quien le proporcionaba toda la gratificación sensual que ella anhelaba y le decía que en China a una mujer de una suavidad y unas proporciones tan amplias como las suyas se la consideraba la cima del atractivo femenino, y que al tenerla entre sus brazos, se olvidaba de su edad y ascendía al paraíso de la eterna juventud.

Por supuesto, ni Takao ni Ruriko tenían idea de la peculiar relación entre su abuelo y su madre. No obstante, el abuelo, que la llevaba al teatro y a los grandes almacenes y le compraba cuanto ella quería, era para la inocente Ruriko mucho más digno de ser amado y reverenciado que el padre, siempre tan irascible y obstinado.

Imaginaba que, después del abuelo, su hermano mayor Takao era la persona a la que más reverenciaba.

Aunque sus padres se referían despectivamente a Takao como «el excéntrico», su rostro malhumorado y taciturno inspiraba a Ruriko una confianza y un afecto que le habían hecho preferirlo con mucho al más afable Kazuya, su hermanastro mayor. Lo único que le hacía sentirse tímida con Takao era la dificultad que éste tenía de expresarse y lo poco que sonreía, cosas ambas que la convencían de que no le gustaba a su hermano.

—Dicen que madre nunca se recuperará... Lo dicen el médico y todo el mundo, pero no lo creo. No sabes cómo era tu verdadera madre, ¿verdad, Takao?

—No, claro que no. ¡Murió nada más traerme al mundo!

—Entonces, creo que tuviste suerte. Es mejor así que si tu madre se muere cuando has crecido, como me ocurre a mí.

—No puedes decir que eso sea una suerte o no lo sea.

—Sí, pero... —Miró a Takao como para protestar, pero una sombra pasó ante su cara—. ¡Otra vez esas mariposas! —exclamó, agitando en el aire el abanico de mango lacado que tenía en la mano.

Eran dos mariposas rey negras, lo mismo que antes, que revoloteaban juntas como si fuesen pareja, cerca de la columna en el rincón de la estancia.

—Deben de ser las mismas que estaban cerca de ti sobre la cortadera, ¿no crees?

—Sí, lo son. Me siguen desde que he salido al jardín. Esas mariposas son horribles, Takao, son como espíritus malignos. Espíritus malignos vestidos de negro que me traen mala suerte.

Takao soltó una áspera risa.

—Mira, mira, ahí están de nuevo... anda, hermano, cógelas...

—No puedo cogerlas. Las mariposas son más rápidas que yo.

Mientras hablaba, tomó el abanico pintado de la mano de Ruriko e intentó alcanzar con él a una de las mariposas que revoloteaban, la cual, tras rozar el suelo, se elevó de nuevo y pasó cerca de la cara de Ruriko.

—¡Ah, no! Haz algo, Takao.

Lanzó un grito agudo, como si fuese una niña pequeña, y apoyó la cara en el pecho de Takao. El cabello se le deslizó por la espalda como un oleaje y, con los hombros temblorosos, la muchacha parecía un pajarillo. Una intensa fragancia se alzaba de su cuerpo mientras se apretaba contra él, y la huesuda mano de Takao acarició suave y casi inconscientemente los frágiles hombros.

La cinta azul claro que ondeaba en el cabello de Ruriko mientras se apretaba contra el pecho de Takao fue lo que llamó la atención de Tomo en el *jinrikisha* que subía por la cuesta desde el portal.

Tomo había estado en el hospital donde Miya se hallaba gravemente enferma, y volvía a casa tras haber recibido la noticia de que la paciente empeoraría aquel mismo

día o el siguiente. La solicitud de que Yukitomo fuese a verla tal vez significaba que tenía algún mensaje privado que darle. Tomo pensaba que, en ese caso, sería inapropiado que permaneciera allí, por lo que decidió dejar el cuidado de la enferma en manos de sus familiares y regresar a casa.

Durante el trayecto desde el hospital en Onarimon, oscilando en el *jinrikisha* bajo el ardiente sol, estaba medio amodorrada a su pesar cuando le despertó con un sobresalto el grito vagamente sensual y coqueto de una joven. Al cabo de tantos años casada con Yukitomo, sabía muy bien en qué ocasión una mujer gritaba de aquella manera. Miró a su alrededor y descubrió que ya habían cruzado el portal de la finca y estaban en la cuesta, pasando entre las hileras de espesos arbustos sobre los que las ramas de los pinos se extendían como parasoles. Una triste sonrisa apareció en sus labios, al pensar en que ya hacía varios años que Yukitomo había rebasado la edad en que era capaz de hacer gritar de aquel modo a una mujer. ¿Acaso había estado soñando? Sintió repugnancia al observar que seguía atascada en el lodazal del deseo físico, que las escenas de pasión sexual la turbaban incluso en sueños. Cerró los ojos, se los restregó, los abrió de nuevo y miró hacia el piso superior del anexo, donde debía de estar Takao. ¿Estaría encorvado sobre un libro con el rostro hosco como de ordinario y aspecto de fatiga, o estaría durmiendo la siesta? Aunque en aquella habitación no debería haber mosquitos, la posibilidad de que le picaran mientras dormía preocupaba a Tomo casi como si todavía fuese un niño pequeño.

Lo primero que vio fue el rostro descarnado de Takao sobre el azul oscuro y el blanco de su kimono de algodón. Directamente debajo de su cabeza inclinada vio una cinta azul claro levantada en el aire. No había duda, era la cinta que poco antes ella había visto aletear en la habitación del hospital y por el corredor en la cabeza de Ruriko. Su abundante cabello pendía suelto y cubría por completo el pecho de Takao. Uno tras otro, los largos y huesudos dedos de Takao le golpeaban el hombro como si estuviera tocando el piano.

Nada más verlos, Tomo se irguió en el *jinrikisha*. El sudor que le perlaba la piel pareció helarse de repente a pesar del calor, y se echó a temblar de la cabeza a los pies.

—No es posible... no es posible... —musitó, casi como si delirase. Y sin embargo, ¿era en verdad tan imposible? Al fin y al cabo, ¿no era la hija de Miya? ¿La hija de aquella mujer desvergonzada...?

Desde que recibiera la inesperada noticia de que la enfermedad de Miya era mortal, Tomo se había esforzado por librarse de los persistentes sentimientos de odio y desprecio que hasta entonces había tenido hacia aquella mujer. Aunque el idiota Michimasa no fuese una pareja adecuada para ella, era totalmente inexcusable la manera en que, cuando su suegro empezó a hacerle insinuaciones, ella se abandonó y con el mayor descaró, casi satisfecha de sí misma, llevó una vida de concubina favorita. De haber sido una mujer cuya profesión consistiera en alternar con los

hombres, habría sido diferente, pero Miya se había casado con un miembro de la familia cuando era una muchacha inexperta, y que violara de ese modo su obligación de ser casta la convertía para Tomo en una hembra de la especie que no tenía más vergüenza que una gata o una perra. Desde luego, por lo que a desvergüenza se refería, Yukitomo era igual que ella, pero, según el anticuado código de Tomo, la moral de un hombre debía juzgarse exclusivamente por su conducta pública, mientras que de una mujer se esperaba que fuese fiel, y según este injusto criterio la conducta de Miya era más repulsiva que la de Yukitomo. De los siete hijos que Miya ya le había dado a Michimasa (Kazuya, seguido por Ruriko, Tomoya, Yoshihiko, Namiko, Toyoko y Katsumi), del cuarto, Yoshihiko, se rumoreaba que era hijo de Yukitomo, y el evidente afecto que éste volcaba en él le producía a Tomo un amargo regocijo. Durante décadas había sabido muy bien que Yukitomo no podía tener más hijos, gracias a lo cual los problemas de herencia jamás habían planteado conflictos en la familia. ¿Podía, entonces, Yukitomo creer que de improviso, cuando tenía más de sesenta años, Miya había concebido un hijo suyo? De ser así, los hombres eran irremediabilmente estúpidos por lo que concernía a las mujeres. Además, ahora Miya le atraía mucho más que Suga, y la idea de que realmente había tenido un hijo con Miya debía de haber hecho todavía más profunda y cómoda la relación con ella.

Por esta razón secreta, a Yoshihiko, todavía alumno de primaria, le habían llevado a vivir con sus abuelos, pretextando que estaba demasiado solo con su hermano Takao en la residencia estudiantil. Abrumada por otra carga espiritual, Tomo se había preguntado si más tarde o más temprano Yoshihiko podría convertirse en el centro de una disputa por la herencia, lo cual le hacía pensar que, bien mirado, tal vez fuese mejor para el futuro de Takao que la vida de Miya finalizara antes de lo previsible.

Yukitomo era tan autoritario que casi podría haber logrado que el sol poniente retrocediera, pero ni siquiera él podía frenar el avance de Miya hacia la muerte. Había ido de médico en médico, de hospital en hospital, agotando todos los recursos en vano. En ocasiones el malhadado destino de Miya le parecía a Tomo casi una bendición del cielo.

Aunque la misma Miya, amparada por el afecto de Yukitomo, con frecuencia había menospreciado a Tomo, ésta carecía por completo de la crueldad que permite contemplar con una desdeñosa expresión de triunfo la muerte de otro ser humano. Cuanto más se acercaba a su fin la vida de Miya, tanta más compasión sentía Tomo por su ignorancia, y más de una vez la había estrechado en sus brazos como si fuese su propia hija. Quizá por la misma razón, Miya, que últimamente estaba pálida y delgada, con el aspecto frágil de una niña, a menudo le asía la mano y decía:

—Siento de veras todas las molestias que te he causado, madre...

Tomo percibía en esas palabras una disculpa oculta por todo aquello que no podría haber expresado con palabras, y cada vez ella replicaba con una profunda inclinación de cabeza.

¿Era posible que Ruriko, hija de la agonizante Miya, estuviera jugando a su vez el

papel de seductora de Takao? A Tomo la idea le parecía absurda, pero el grito juvenil que ella había oído cuando se acercaba a la casa y las espesas olas del cabello de Ruriko contra el pecho de Takao eran para Tomo indicaciones de algo incomparablemente peligroso que se debía por igual a la desvergüenza de Yukitomo al cruzar los límites de lo prohibido y al libertinaje que acechaba en Miya.

—Dime, Ruriko, ¿estabas hace un rato en la habitación de Takao? —inquirió Tomo con naturalidad cuando las dos cenaban con Yukitomo, Takao, Yoshihiko y Suga.

—Sí, estaba asustada —respondió ella, mirando a Takao por encima del cuenco que sostenía.

—¿Qué era lo que te asustaba? —le preguntó Yukitomo desde la cabecera de la mesa.

—Unas mariposas negras... no me dejaban en paz. Eran dos.

—¿De veras? Unas mariposas negras... —terció Suga, a quien le gustaban los relatos de fantasmas, con los ojos muy abiertos y las cejas juntas—. ¿Qué quieres decir con eso de que no te dejaban en paz?

—Primero revoloteaban sobre la cortadera al pie del jardín de rocas. Traté de espantarlas, pero no se iban. Entonces vi a Takao en el anexo y subí ahí corriendo. Pero las dos mariposas me siguieron...

—¿Al piso del anexo? Pues sí que fueron lejos...

—Deberíais haber oído su grito —dijo Takao—. Me sobresaltó.

—Pero estaba asustada. Cuando Takao trató de alejarlas con el abanico, volaron a mi cara.

—Tal vez las mariposas estaban bajo tu hechizo porque eres muy guapa —dijo Suga con toda seriedad mientras servía más arroz en el cuenco que Yukitomo le tendía.

—No... Más bien he tenido la sensación de que venían a hacernos saber que mamá se está muriendo... aunque he telefonado enseguida y me han dicho que su estado sigue igual.

En los ojos de Ruriko apareció la expresión de una muchacha que se emociona con el misterio. Al ver la fijeza de su mirada y su arrobamiento, Tomo notó que el temor que le había invadido en el *jinrikisha* se dispersaba poco a poco.

Alrededor de las luces eléctricas suspendidas del techo blanco en el corredor del hospital, revoloteaban una infinidad de grandes polillas que formaban una calima de alas amarillas. Algunas, cansadas de la danza, se habían posado con las alas todavía abiertas en las puertas correderas de vidrio. La brisa había cesado, y en el calor bochornoso de una noche de mediados del verano incluso el olor acre del desinfectante en el pabellón del hospital parecía insulso y pesado.

Yukitomo, con una chaqueta veraniega de gasa de seda sobre el kimono y unas gafas de cristales color de tinta china clara, avanzó a paso vivo por el corredor,

procurando mantener recta la espalda que ahora tenía un poco encorvada. Seguía notando un sordo dolor neurítico en el muslo izquierdo, pero, más que esta circunstancia, lo que hacía que las piernas de un hombre tan obstinado como Yukitomo se mostraran reacias a transportarle hacia el lecho donde ella yacía en el umbral de la muerte era el complicado dolor porque se la arrebataban. Mientras hubo alguna esperanza, se obligó a creer que el tratamiento médico podría devolver la salud a su cuerpo lujurioso, pero ahora que no quedaba ninguna esperanza, el secreto que él y Miya habían guardado durante tanto tiempo se había convertido en una risa sardónica que resonaba sin cesar en sus oídos. Nunca había experimentado un sentimiento de humilde devoción hacia una mujer, aparte de la madre que le trajo al mundo, pero aun así la moral confuciana que le inculcaron en su adolescencia le impedía creer que pudiera ser decente tener relaciones físicas con la esposa de su propio hijo. Y sin embargo, se decía, Michimasa era un parásito incapaz de abrirse paso en la vida por sí mismo. Que no le faltaran alimentos ni ropas y tuviera por esposa a una mujer atractiva formaba parte de la inmerecida buena suerte de haber sido hijo de Yukitomo. Michimasa era demasiado estúpido para comprender el valor de su esposa y tampoco la amaba. Si él no le hubiera dado amor a Miya, era improbable que ella hubiese seguido siendo la esposa de Michimasa durante casi veinte años. Aunque se hubiera divorciado de Michimasa, ¿qué garantía había de que su destino de mujer, que ya había fracasado una vez en el matrimonio, hubiera sido más dichoso de lo que en realidad había sido? Yukitomo había compensado con creces la falta de pasión o amor por parte de Michimasa.

Le repugnaba la idea de tener que escuchar al final las palabras de arrepentimiento de Miya. Quería que se muriese como una mujer de mala fama, todavía emitiendo en la oscuridad de la noche su disoluta mezcla de olores y sensaciones. Durante siete días había evitado conscientemente estar a solas con ella en el hospital, con el vago temor de que se volviera contra él al morir.

Ante la habitación de Miya, sentados o en cuclillas, estaban los familiares y conocidos de la enferma. Movían lentamente los abanicos que tenían en las manos, por la fuerza de la costumbre, pero estaban demasiado abrumados por el calor y el cansancio para conversar. Todos los niños se habían ido a pasar la noche en casa.

—¿Dónde está Michimasa? —preguntó Yukitomo, buscándolo entre la madre, el hermano y las hermanas de Miya, que se levantaron para saludarle.

—Hoy el señor no ha venido —respondió el capataz Tomoshichi, que permanecía en el hospital día y noche. Yukitomo, en el fondo aliviado, adoptó una expresión malhumorada y no dijo nada. Como si quisiera disculpar a Michimasa, Tomoshichi siguió diciendo—: Estaba cansado después de cuidar a la enferma... Debe descansar un poco, por lo menos.

Lo cierto era que Michimasa no se había ido a casa, sino a ver la primera entrega semanal de una serie cinematográfica norteamericana. Aunque se aproximaba a la

cincuentena, el cine y el teatro seguían siendo para él un placer al que ni siquiera la muerte de su esposa podía hacerle renunciar.

Aquella mañana el estado de la paciente había hecho dudar de que pasara de la noche, pero según el director del hospital, que la había examinado poco antes, probablemente no se produciría ningún cambio repentino durante uno o dos días. Yukitomo se enteró de esto a retazos, por lo que decían los hermanos, las hermanas y la madre de Miya, quien vio al cabizbajo Takao, vestido con su uniforme gris, detrás de Yukitomo, y le dijo en tono melifluo:

—Vaya, si es Takao-san. Qué alto te has hecho... No te había reconocido.

Para Takao, los parientes de Miya allí reunidos, con sus expresiones de preocupación y sus lágrimas forzadas, como si sintieran la obligación de estar apenados, eran tan artificiales como actores torpes.

—¿Duerme? —preguntó Yukitomo.

—No, está despierta. Hace tanto tiempo que no ve a Takao... ¡Cuánto se alegrará de verlo!

Dicho esto, la madre de Miya les hizo entrar en la habitación de la enferma.

Era una habitación de paredes blancas con dos ventanas. Había una alta cama metálica cubierta con un fino futón de verano bajo el que yacía Miya, su forma tan delgada que apenas sugería la presencia de un ser humano.

Unas enfermeras con cuello alto estaban sentadas a la cabecera y el pie de la cama, agitando suavemente abanicos redondos de papel.

—Miya, Takao ha venido a verte —le dijo Yukitomo. Se sentó junto a la cama y se abrió la parte delantera del kimono para abanicarse el pecho. Su voz era fuerte y juvenil.

Miya alzó lánguidamente los ojos que había tenido casi cerrados y miró a Yukitomo. Parecía demasiado cansada para desviar la mirada.

—¿Takao? —preguntó con una voz que había perdido por completo su resonancia.

El muchacho la miró desde detrás de su abuelo.

—Tengo la garganta tan seca... Es como si no me saliera la voz...

Se llevó la delgada mano a la garganta para palparla. Los ojos que habían sido poco más que ranuras en sus rollizas mejillas destacaban oscuros y hundidos en el rostro, que ahora se había adelgazado, era juvenil y atractivo y tenía un notable parecido con el de Ruriko.

—¿Ha finalizado el curso en la escuela?

—Sí, ayer volvió de la residencia —respondió Yukitomo por él, mientras se aireaba briosamente el pecho con el gran abanico chino negro.

Desde el lugar donde permanecía en pie, Takao observó que el abanico de su abuelo le indicaba la puerta y, contento por la oportunidad de marcharse, salió al pasillo. Yukitomo miró significativamente a las dos enfermeras y también ellas asintieron y salieron de la habitación.

Casi con recelo, Miya miró en la dirección que los uniformes blancos de las enfermeras habían tomado al avanzar discretamente hacia la puerta.

—Todos han salido —dijo Yukitomo.

Se acercó más a la cama y la refrescó con el abanico que tenía en una mano mientras con la otra le alisaba las hebras de cabello que oscilaban sobre la frente.

—¿De qué quieres hablarme?

—De nada en especial...

Ella intentó que aflorase una sonrisa en sus mejillas descarnadas. Por un momento el instinto de la hermosa hembra buscó la readmisión en su cerúlea blancura, aleteó allí débilmente y enseguida partió de nuevo hacia lugares lejanos mientras Yukitomo lo veía volar como las alas frágiles y relucientes de una efímera.

Miya frunció el ceño resueltamente, como si le atenazara el dolor de garganta.

—¡Pero apenas me has visitado!

—Aunque venga, no podemos estar solos, ¿verdad? —respondió Yukitomo, con una crueldad deliberada—. Y, además, el médico garantiza que saldrás del hospital dentro de dos o tres semanas. Tienes que salir cuanto antes de este sitio apestoso y deprimente... Te llevaremos a las caldas de Hakone o uno de esos lugares.

—Eso espero... Por alguna razón me siento desalentada. Dime, papá, ¿qué harás si me muero? ¿Estarás triste por mí?

—No digas tonterías... Soy yo el que morirá primero.

—No lo creo —replicó Miya con toda seriedad, la voz ronca.

Durante mucho tiempo a Yukitomo le había cautivado la mezcla de alegría natural y jugueteo de Miya, y ahora se asustaba al ver esos rasgos característicos en los ojos que lo miraban tan fijamente. Pensó que el hecho de que no quería ver aquel rostro era lo que le había vuelto tan reacio a visitarla allí.

—¿Sabes, papá? Yoshihiko me preocupa. Ninguno de los demás me inquieta, ni Kazuya ni Ruriko ni Tomoya, pero Yoshihiko sí, muchísimo. No sé con seguridad por qué me ocurre eso...

—Yoshihiko tiene menos motivos de preocupación que los demás. Es menudo, pero tiene una buena cabeza y es espabilado. Si el chico te preocupa, podría añadir al testamento una cláusula especial para él. —Entonces, acercando la cara al lugar donde la oreja de Miya estaba hundida en la almohada, le susurró—: No te preocupes, Yoshihiko es nuestro hijo, ¿no es cierto?

Tanto si le había oído correctamente como si no, Miya se encogió de repente y emitió un leve gemido. La contorsión que se extendió por su rostro lo mismo podría estar causada por el dolor físico que por la tristeza. Ni ella misma sabía si Yoshihiko era hijo de Michimasa o de Yukitomo. Su intento desesperado de hacer creer a Yukitomo que era hijo suyo había sido una treta para que le tuviera más afecto a ella que a Suga. Seguía sin darse cuenta de que iba a morir, pero en su cuerpo ahora tan próximo a la muerte, despojado de todos los deseos materiales y sexuales, de una manera inconsciente e inexplicable el espíritu había empezado a hacerse sentir. Que

hubiera hecho pasar a Yoshihiko como hijo de Yukitomo era una espina clavada en su carne. Le habría gustado decírselo, pero ahora que estaban a solas, sabía que, por su misma naturaleza, no podía hacer semejante confesión. La angustia que reflejaba su rostro se debía al dolor de tener que encerrar el secreto en su interior para toda la eternidad.

Miya exhaló el último suspiro en el hospital, al anochecer del quinto día después de la visita de Yukitomo. Trasladaron su cadáver a la casa de Gotenyama, donde tuvo lugar un ostentoso velatorio que duró dos noches al que siguió un imponente funeral en un templo de Azabu.

—No es como si hubiera fallecido una esposa o un heredero. Un ceremonial demasiado impresionante para una simple nuera. Es posible que el señor Shirakawa haya pretendido hacer un ensayo de su propio funeral.

Así se expresaban los conocidos y los comerciantes que acudían a la casa.

Michimasa no daba muestras de lamentar la pérdida de la esposa que le había dado siete hijos en rápida sucesión, y seguía divirtiéndose como siempre en el teatro, el cine y otros lugares semejantes.

—Miya era muy respondona —decía cada vez que se planteaba la cuestión de una sucesora—. La próxima vez quiero una mujer que se comporte, que sea un poco servil.

Ni siquiera contando con los servicios de nodrizas y doncellas, un viudo podría dirigir la crianza de tantos hijos sin ayuda. Apenas había transcurrido medio año desde la muerte de Miya cuando Tomo se vio obligada a emprender la búsqueda de una tercera esposa para Michimasa. En cierta ocasión, antes del primer matrimonio de Michimasa, cuando ella consultó a un adivino acerca de la compatibilidad y otros aspectos similares, le dijeron que el horóscopo de su hijo predecía dificultades con las mujeres, y ella pensó irónicamente que Michimasa no tenía carácter para que le ocurriera tal cosa; pero ahora pensaba que ser precedido a la tumba por dos esposas suponía en cierto modo «tener dificultades» con las mujeres.

Era cierto que la muerte de Miya había aligerado la carga de Tomo al llevar a un fin natural la relación ilícita entre padre y nuera que tanto le había inquietado por la posibilidad de que llegara a ser de conocimiento público; pero también había aumentado su determinación de que la tercera esposa fuese una mujer completamente seria y sin ninguno de los rasgos de furcia que había tenido Miya.

Pese a lo poco atractivo que era Michimasa como hombre, dada la fortuna de los Shirakawa, abundaban los intermediarios que presentaban posibles candidatas. Tomo eligió entre ellas a una solterona de mediana edad que daba clases de tareas domésticas en una escuela para señoritas. Se llamaba Tomoe, era ancha de hombros y tenía la frente estrecha, pero por lo menos su cutis era blanco. A Michimasa no le gustaba el nombre Tomoe y, en cuanto la mujer se hubo instalado en la casa, se lo cambió por Fujie, más elegante. Fujie era severa con los niños y servía a Michimasa

con la deferencia debida a un dueño y señor.

Después de la boda, cuando visitó por primera vez la casa en Gotenyama, Yukitomo trató a Fujie con gran afabilidad y tacto, pero tanto Tomo como Suga vieron de inmediato que no era la clase de mujer que podía sustituir a Miya.

—La nueva esposa parece una persona muy despierta, ¿no es cierto? —observó Suga cierta vez con naturalidad, sentada junto al brasero frente a Tomo. Sin que pudiera evitarlo, una equívoca sonrisa le curvó un lado de la boca.

—Sí, supongo que así es —replicó Tomo con la misma compostura, mientras encendía el tabaco de su larga pipa. Sabía muy bien por experiencia que si caía en la tentación de hablar con demasiada franqueza, Yukitomo repetiría luego sus palabras tergiversándolas.

—Pero si enseña tareas domésticas, debe de ser experta en el control de los gastos —dijo Suga, y dio unos golpecitos en el borde del brasero con una larga pipa similar—. Supongo que a partir de ahora las cosas se les pondrán bastante difíciles.

Tomo supuso que esta alusión indirecta de Suga se refería a las considerables cantidades de dinero que Yukitomo le había dado privadamente a Miya. A Michimasa nunca se le había ocurrido pensar que todas las extravagancias aparte de los gastos domésticos corrientes se costeaban gracias a la entrega física de su esposa, pero ahora que Fujie había sustituido a Miya, Yukitomo no sería tan generoso.

Yukitomo decidió que tanto Ruriko como Yoshihiko vivieran en la casa familiar principal. Existía la posibilidad de que tratara de recuperar en aquella jovencita que cada vez era más atractiva y garbosa a la Miya de ayer, pero lo cierto era que Ruriko no empleaba en absoluto con su abuelo la lisonjera familiaridad de su madre, ni tampoco parecía tener la menor conciencia de la belleza que tanto efecto causaba en los demás.

—Ruriko-san es todavía una chica inmadura —le decía a veces Suga a Tomo con admiración, dando a entender que la naturaleza de Ruriko no era como la de su madre.

Por mucho que Yukitomo pudiera favorecer a Ruriko, Tomo no temía nada en ese aspecto, por lo menos, aunque cuando pensaba en Takao, sin duda era un alivio saber que Ruriko carecía por completo del deseo consciente de agradar que caracterizó a su madre.

Aquel verano Takao había logrado su admisión en la Facultad de Historia de la Universidad Imperial, y había vuelto a la casa de Gotenyama. Le habían asignado la habitación del piso superior en el anexo para que la utilizara como estudio, y cada día iba a la universidad, en el distrito de Hongo. Ruriko había finalizado los cursos en la universidad femenina y tomaba clases de ceremonia del té, arreglo floral y piano, por lo que en ocasiones acompañaba a Takao cuando éste iba a la universidad o regresaba de ella. Una noche, al apearse del tranvía por la salida trasera, vio a la muchacha, que llevaba un kimono de seda estampada con un diseño de puntas de flecha, en la mano

unas flores envueltas en papel encerado, y bajaba por la salida delantera. Sin embargo, no la saludó, sino que caminó detrás de ella a unos dos metros de distancia.

—Señorita Shirakawa... ¿No sabe que el joven señor camina detrás de usted?

La voz que saludó a Ruriko en la cuesta que conducía a la gran casa era la de Tomoshichi, el capataz, que llevaba una chaqueta de trabajador con el apellido «Shirakawa» en caracteres blancos sobre el azul oscuro del cuello.

—¿Qué? ¿De veras?

Al volverse reconoció a Takao, que apretaba los ojos como si le deslumbrara el sol.

—Je, je, je, je... qué travieso es el joven señor —dijo Tomoshichi—. Menos mal que es su hermana, o se habría molestado. Caminar así detrás de una joven atractiva sin decir nada...

Al parecer, Tomoshichi acababa de beber un poco de alcohol en casa de los Shirakawa, y en su cara de pulcras facciones los ojos tenían los bordes algo enrojecidos. Pensó en lo agradable que sería que Takao pudiera aceptar una broma, pero el muchacho mantuvo su expresión huraña, sin reaccionar en absoluto, y Tomoshichi se alejó con semblante contrariado.

—Qué capataz tan desagradable —musitó Ruriko, molesta—. El abuelo lo aprecia mucho, pero yo lo detesto. Siempre está tomando el pelo a las sirvientas en la cocina.

Incluso en la manera de tratar a los empleados y los comerciantes había una gran diferencia entre Ruriko y Miya, que había tenido la despreocupada afabilidad característica de su crianza plebeya.

Takao no replicó, pero subió con rapidez por la cuesta, ahora al lado de la muchacha.

La cuesta de las mujeres

En lo alto de la cuesta de Kagura, dos aprendizas de geisha con kimonos de seda estampada y mangas largas jugaban al rehilete. La geisha mayor que las miraba iba vestida con un kimono de noche multicolor, aunque aún había luz, y se alzaba ligeramente el borde, como para mostrar a propósito la prenda interior sutilmente moteada. Tanto el kimono como el *obi* con que lo ceñía eran de una calidad fuera de lo corriente para una geisha de aquel barrio, mientras que la gran raqueta que sostenía, decorada con una imagen del actor de kabuki Kichiemon en un famoso

papel debía de haber costado por lo menos veinte yenes en la feria de Yagenbori.

Gracias a la guerra europea, que estaba ya en su tercer o cuarto año, las acciones de las compañías de suministros militares y los astilleros habían experimentado una revalorización asombrosa. Las casas de geishas florecían debido a la bonanza económica propiciada por la guerra, y se rumoreaba que cierto constructor de barcos enriquecido de la noche a la mañana le había dado a una ex geisha de Osaka un kimono con grandes brillantes fijados en el borde. Si incluso las geishas de un barrio de segunda o tercera categoría como aquél podían ataviarse de una manera tan lujosa, ¿cómo sería en los distritos de primera clase? Al pasar ante ella, Tomo miró el perfil de la geisha con los mechones elegantemente peinados hacia arriba y, primero uno, luego otro, cruzaron por su mente rostros del pasado, rostros de geishas del distrito de Shimbashi con las que ella no había tenido ningún contacto desde hacía unos veinte años. En la época en que Yukitomo había sido un alto funcionario del Departamento de Policía, siempre habían llamado a las geishas de Shimbashi para que actuaran ante los invitados en las fiestas celebradas en su residencia oficial. Algunas eran viejas conocidas de Yukitomo, y con frecuencia una de ellas iba a visitarle durante el día, vestida con un respetable kimono a rayas y llevando algún regalo exquisito, como un juguete, acompañada por la propietaria y la sirvienta jefe de la casa de té. Ahora Tomo pensaba que la mayoría de ellas, tan maduras con sus serios kimonos en los que no había ningún atisbo revelador de color rojo, no podían tener más de veinte años.

Suga y Yumi, que en aquel entonces aún llevaban peinados juveniles, eran cuarentonas, mientras que Takao y Kazuya, que ni siquiera habían nacido, ya eran lo bastante mayores para ir a las universidades de Tokyo y Keiō. Incluso Naoichi, el hijo de Yumi e Iwamoto, estudiaba ahora en la Universidad Comercial Hitotsubashi. Iwamoto murió repentinamente de tifus cuando sus hijos aún eran pequeños, y Yumi inició entonces unos tardíos estudios de arreglo floral, se hizo maestra y, con la ayuda de Yukitomo y Tomo, pudo darle una educación a Naoichi. Aquel día Tomo se dirigía a la casita en una calle lateral de la cuesta de Kagura donde vivía Yumi. No se proponía ver a la misma Yumi, que estaría dando clase, puesto que ya habían terminado las festividades de Año Nuevo, sino a una mujer joven llamada Kayo, que ocupaba una pequeña habitación en el primer piso de su casa.

Deslizó la mal ajustada puerta corredera de rejilla de la precaria construcción adosada y anunció su presencia. Una anciana con el cabello de un blanco puro y mirada límpida salió del penumbroso interior, secándose afanosamente las manos, como si hubiera estado lavando. Al mirar a través de la puerta reconoció a Tomo y al instante se arrodilló en el suelo e inclinó la cabeza hasta tocar el suelo con la frente.

—Qué gran honor, señora... Todos los niños están resfriados desde fin de año, y sin duda Yumi aún no ha ido a presentarle sus respetos. Le deseo un feliz Año Nuevo...

Y sin dar tiempo a Tomo para que le devolviera la felicitación, le hizo entrar en la

casa. Era Shin, la hermana mayor de Yumi, ahora también viuda, a cuyo cuidado Yumi podía dejar a su hija menor, que aún iba a la escuela primaria, para dedicarse a enseñar.

—Me temo que les hemos causado demasiadas molestias —dijo Tomo—. Pero por lo menos me alegro de que haya sido un parto fácil.

—Sí, menos mal, estábamos muy preocupados, se habría dicho que Yumi no había tenido hijos. ¡Pero a fin de cuentas ha sido un parto fácil! Y el niño es precioso, llenito y de aspecto saludable. Yo no sabría qué decir, pero según Yumi, es la viva imagen de Kazuya-san.

—Me avergüenzo de él, un chico que se comporta así cuando aún es estudiante... Claro que Kazuya no ha tenido una verdadera madre. Eso parece afectar a una persona en todos los aspectos.

—No se lo tome así, es algo que les sucede con mucha frecuencia a los hombres. Kayo dice que si pudiera desdoblarse, se ganaría la vida y mantendría al niño.

—Sí, claro... pero el agente de la finca de Kiyojimachō ha aceptado ocuparse del asunto. Ya está más o menos convenido que un administrativo muy respetable y su esposa, que no pueden tener hijos, se quedarán con el niño. De que sea hijo de Kazuya no han dicho nada, pero... en fin, parece ser que conocen su origen y da la impresión de que les satisface. Vendrán a buscarlo dentro de un mes, más o menos.

—Qué suerte tiene el niño de que le cuide su abuela. Pero después de todo, aunque no sea el mayor, es su nieto, y esperará mucho de él en el futuro, ¿no?

Mientras hablaba y preparaba el té, Shin miraba detenidamente a Tomo.

Ni Yumi ni Naoichi parecían darle demasiada importancia, pero fueron Tomo y Yukitomo quienes, pasara lo que pasase, cuidaron de Yumi y sus hijos desde que enviudó. Aunque el difunto Iwamoto fue sobrino suyo, ayudar como lo hacía a una ex concubina de Yukitomo no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Shin sabía que, en realidad, la posición acomodada de los Shirakawa se debía menos a las capacidades de Yukitomo que a los desvelos de la abnegada Tomo, y reflexionaba entristecida en la indiferencia de sus familiares. Kayo, la sirvienta de la casa de Michimasa que ahora se alojaba en el piso de arriba y que sólo tenía dieciocho años, había quedado embarazada de Kazuya, que estudiaba en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Keiō, y era Tomo quien había dispuesto las cosas para que tuviera el hijo allí.

Precedida por Shin, Tomo asió la barandilla para subir la empinada y estrecha escalera en un rincón de la sala.

—Ha venido a verte la señora Shirakawa —dijo Shin, la mano presta a abrir la puerta corredera en lo alto de la escalera.

—¡Vaya! —exclamó una voz juvenil, y Kayo apareció a la vista, erguida en el futón donde había estado tendida con el bebé a su lado.

—No te preocupes y sigue acostada —le dijo Tomo desde detrás de Shin mientras entraba en la habitación, pero Kayo ya se había atado el kimono sobre el amplio y

blanco busto y aguardaba con tanta deferencia como cuando servía en Tsunamachi—. Ante todo te felicito por el parto sin problemas. Tenía intención de venir antes, pero con el Año Nuevo, ya sabes...

—Oh, sí, es la época en que todo el mundo está más ocupado —siguió diciendo Kayo, con una expresión nostálgica al recordar las casas de Tsunamachi y Gotenyama. Sus pequeños hombros, que siempre habían sido muy rollizos, y sus mejillas de piel clara, con la tonalidad del albaricoque, parecían haber adelgazado, lo cual, unido a la fatiga de sus ojos, proporcionaba a su cuerpo juvenil un nuevo atractivo femenino unido a cierto patetismo—. Debo agradecerle que me haya permitido tener al niño aquí, donde estoy tan tranquila y segura.

—Sí, ha tenido una gran suerte —terció Shin—. Parece ser que la madre de Kayo tampoco es su verdadera madre, por lo que supongo que sería difícil hablarle de una cosa así. Y la señora de Tsunamachi tampoco tiene parentesco con Kazuya, ¿no es cierto? Kayo dice que se lo debe todo a la señora Shirakawa...

—¿Está el niño durmiendo? —Sin levantarse, Tomo avanzó por el tatami hasta el lugar donde yacía el bebé, en el borde del edredón de seda a cuadros.

—Acabo de darle el pecho y ha tomado mucho... —dijo Kayo, disculpándose a medias, y movió con suavidad la gasa que cubría el mentón del niño para que Tomo viese toda la carita.

—Con cuidado, con cuidado, no vaya a despertarse —advirtió Tomo a Kayo mientras se inclinaba cautamente para examinar al bebé.

La criatura tenía apenas veinte días y aún carecía de cejas, era una masa blanda de frágil inocencia que daba la impresión de que podría romperse si la apretaban con un dedo. Las fugaces arrugas en la frente y las mejillas prestaban a su piel una textura casi animal. Sin embargo, incluso en aquel minúsculo y amorfo pedazo de carne, la zona formada por la frente y el puente de la nariz recordaba inequívocamente las facciones de Kazuya. En el profundo surco de los párpados incluso había un atisbo del rostro de Takao cuando era un bebé. No había ninguna duda, aquel niño continuaba el linaje de los Shirakawa. Al pensar en ello, un estremecimiento de repulsión recorrió la espalda de Tomo. Si el padre del niño hubiera sido Takao en lugar de Kazuya, con toda seguridad ella jamás lo habría alzado del colchón de paja para dárselo a unos desconocidos. Sabía muy bien que amaba a aquellos dos nietos de una manera diferente, a Takao, a quien crió ella misma, y a Kazuya, el hijo de Miya.

—Hay un parecido, ¿no es cierto? —dijo Shin, mirando a Tomo y sin mencionar adrede el nombre de Kazuya. Tomo asintió.

—Qué piel tan blanca —comentó—. Es un bebé precioso.

No se le ocultaba lo cruel que era hablarle ahora a Kayo de la adopción de su hijo, pero no podía ir con frecuencia a aquella casa, y parecía evidente que si agilizaba los trámites y refrenaba las emociones, también Kayo, que al fin y al cabo era joven, no le tendría al niño un apego excesivo.

—Tengo tanta leche... no sabré qué hacer con ella cuando el niño no esté...

Oírla hablar así, al parecer sin tristeza, hizo que Tomo se apiadara todavía más de ella.

Al final Tomo se marchó sin haber visto al bebé despierto. Bajó cautamente a tientas la misma oscura escalera, y se disponía a salir cuando Kayo, que había bajado con ella para despedirla, le preguntó mientras la ayudaba a ponerse el abrigo:

—¿No se encuentra bien, señora?

—¿Por qué...? ¿Tan mal aspecto tengo? —replicó Tomo.

—No, es que me ha parecido que estaba más delgada. Pero tal vez sólo sean mis ojos los que la ven así. —Kayo sonrió como una chiquilla.

—La verdad es que este fin de año he estado resfriada y parece ser que no me he curado del todo. —Hizo una breve pausa—. No tardaré en restablecerme. Este frío no durará más de un mes —añadió mientras cruzaba la puerta.

Shin, con la mano en la puerta de celosía, alzó los ojos para mirar la estrecha franja de cielo plomizo entre los aleros.

—Las nubes están muy bajas... espero que no empiece a nevar por el camino de regreso...

A Tomo le desagradaba recorrer largas distancias en *jinrikisha*. Había crecido en una época sin tranvías ni trenes, y siempre se había sentido orgullosa de sus fuertes piernas, pero le irritaba pensar que ya no podía hacer lo que hiciera en su juventud. Para una mujer que se había encargado de la supervisión de los terrenos y los edificios, y que se había pasado la mitad de cada mes fuera de casa, unas piernas fuertes eran una buena señal de salud que también, al ayudarla a mantenerse interiormente en guardia, habían tenido un efecto sorprendente en sus relaciones con Yukitomo y Suga. En una vivienda de grandes proporciones, que albergaba a Yoshihiko, Suga y tres sirvientas, además de Yukitomo y Takao, Tomo daba continuamente prioridad a sus relaciones con los demás. A juzgar por lo poco que cualquiera de ellos pensaba en la salud de Tomo, se habría dicho que la consideraban inmortal.

Yukitomo restaba importancia al asunto, diciendo: «La abuela es una de esas mujeres que jamás caen enfermas», una actitud que compartían los nietos e incluso Suga, de quien podría haberse esperado que, como mujer que era, mostrara una mayor preocupación, pero lo cierto era que estaba absorta en su propia salud delicada y se quejaba como si estuviera un tanto resentida: «Envidia la salud de la señora».

En realidad, la constitución física de Tomo no era débil, y en el transcurso de los años ni una sola vez había enfermado, ni siquiera levemente, pero esto se debía sobre todo a una firmeza espiritual que la impulsaba a seguir siempre adelante, haciendo caso omiso de sus molestias físicas. En realidad, sufría mareos y era proclive a padecer neuritis. Durante los cinco o seis últimos años, en el periodo más caluroso del verano, las piernas se le habían hinchado de líquido y había tenido la sensación de que le faltaba el aire, pero también con regularidad, cuando llegaba el otoño y la brisa era más fresca, la hinchazón cesaba y el agobiante letargo desaparecía, y por ello,

aunque su hija Etsuko le aconsejaba una y otra vez que fuese al médico, ella no lo hacía. Temía que le diagnosticaran alguna dolencia crónica, porque eso podría producir una grieta en su tenso espíritu y empezaría a desgastarla de una manera insidiosa tanto física como mentalmente. La idea de que la enfermedad podría dejarla inválida, inmóvil en una habitación de la enorme y gélida casa, la indignaba. A veces, mientras observaba a Yukitomo sentado en un cojín, con un apoyo para la espalda, donde se pasaba el día entero dedicado a tomarse la temperatura, hacer gárgaras, echarse colirio en los ojos y, en general, mimándose a sí mismo con la codicia de vivir que los antiguos monarcas chinos que encargaban la búsqueda del elixir de la juventud, se recordaba que su marido tenía doce años más que ella. Aunque llegara a los ochenta, ella ni siquiera tendría setenta. Hasta entonces debía aguantar. Hasta entonces no debía dejarse derrotar por Yukitomo. Y junto con la idea de que su vida debía triunfar sobre la de Yukitomo, se sentía desolada por la frialdad de una relación que podía alimentar semejante idea, tan alejada de todas las ideas normales sobre el vínculo entre un marido y una esposa.

La amable pregunta acerca de su salud que Kayo le hiciera sin pensar cuando se disponía a marcharse la había dejado conmocionada. Era cierto que el resfriado contraído aquel invierno se había prolongado, pero recientemente una pesadez de las piernas que no solía sentir en invierno se había ido extendiendo al estómago, e incluso durante las festividades de Año Nuevo no había podido tomar una segunda ración de la sopa con pastelillos de arroz *omochi* que tanto le gustaban.

—Pero, señora, ¿no va a comer más? —le había preguntado sorprendida la sirvienta.

—No tengo bien los dientes para masticar estas cosas —respondió Tomo con naturalidad, como si no fuese nada.

Los demás siguieron usando los palillos sin inmutarse, al parecer, por aquel intercambio. A Tomo le aliviaba esa falta de atención hacia ella, preferible a la preocupación por su desgana, que atraería la atención de Yukitomo; pero que sus familiares reunidos no le dirigieran una sola mirada de afecto, aunque no era nada nuevo, le hizo sentirse tan aislada como se sienten los sordos en su mundo silencioso.

En los últimos años le había entristecido ver que Takao, al que había tenido en sus brazos cuando era un bebé y en el que había volcado todo su amor mientras crecía, se mostraba cada vez más distante. Tal vez se debiera a que Tomo, al concertar el matrimonio de Ruriko con un empleado de banca de la región de Kansai poco después de que ella hubiera finalizado sus estudios en la universidad femenina, privándole así de la posibilidad de que la muchacha fuese su primer amor, había causado a Takao una herida de la que él no podía hablar. Aunque sabía que semejante amor por su hermanastra era inviable, el innecesario apresuramiento con que su abuela había casado a Ruriko le había sorprendido por la profunda intuición con que ella había percibido sus sentimientos ocultos, y el disgusto porque Tomo le había cogido desprevenido había erosionado su confianza hacia ella. Cierta repulsión por la

agudeza de Tomo había arraigado en él. Ya no trataba de hacer lo que quería con ella, no reprimía la impaciencia que le causaban las juguetonas pullas respecto a sus debilidades con las que ella le mostraba su cariño y rechazaba su compañía.

Tomo comprendió que su éxito al poner a Ruriko fuera del alcance de Takao estaba contrarrestado por la pérdida de aquella sinceridad que él siempre le había mostrado al revelarles sus sentimientos. Era triste, pero irremediable. Por mucho afecto que le tuviera a Takao, no había duda de que la relación amorosa del muchacho con Ruriko era imposible. Tomo había sido testigo de demasiado libertinaje e inmoralidad en la vida de Yukitomo como para tolerar la idea de que su amado nieto cayera en los mismos defectos, por muy receloso que estuviera de ella.

Sin embargo, no podía dejar de preguntarse por qué había de pasarse la vida entera mezclada en unos asuntos tan desagradables. ¿Por qué razón cosas en las que ella no deseaba participar sucedían o amenazaban con suceder entre sus familiares más cercanos y a los que más quería? Era un problema sin ninguna solución que ella pudiera concebir. Alguna fuerza exterior a ella le había dado vida y determinado el rumbo que debía seguir. Y por fin, en los últimos tiempos, Tomo había empezado a sospechar que la causa de todo era el destino inexorable, a percibir como una realidad la existencia de algo más fuerte y más vinculante que el código de conducta que había observado con tanta tenacidad.

—*Namu Amida Butsu, Namu Amida Butsu...* —con toda naturalidad, Tomo musitó la invocación del Buda. A veces lo hacía sin pausa y con tal fervor que los labios le ardían.

Cuando se apeó del tranvía en la parada más cercana a su casa, la membrana gris del cielo se había roto y empezaba a caer una nieve ligera como pelusa de algodón.

—Vaya, al final nieva —musitó Tomo para sí misma mientras cruzaba las vías del tranvía.

Las piernas le pesaban tanto que sus *geta* parecían pegarse a la calzada a cada paso que daba, y jadeaba al respirar.

Pensó que debía de estar muy cansada. Normalmente le disgustaba viajar en *jinrikisha*, pero, tal como tenía hoy las piernas, le sería imposible subir andando la larga y suave cuesta que conducía a la casa. Echó a andar hacia el lugar, en la esquina en que la cuesta se unía a la calle surcada por los rieles del tranvía, donde normalmente había *jinrikisha* en espera de pasajeros. Pero ya debían de haberlos encontrado a causa de la nieve, pues no había ningún vehículo a la vista ni tampoco conductores con mantas alrededor de los hombros, calentándose al lado de una fogata.

Por muy fastidioso que fuera, no había nadie a quien pudiera quejarse. Tomo se resignó a lo inevitable y obligó a sus reacias piernas a subir por la suave cuesta. No había llovido en varios días, y ya la fina nieve había empezado a blanquear la calzada y espolvorear las ramas de los árboles por encima del muro de contención de piedra a

lo largo de un lado de la pendiente y en las tejas grises de las tiendas que bordeaban el otro. Los faroles que acababan de encenderse derramaban una luz de color albaricoque sobre la nieve, y aquí y allá, desde debajo de los aleros se extendía el olor al pescado cocinado para la cena mezclado con el humo.

La mano de Tomo que sujetaba el paraguas estaba aterida por la nieve, y la ascensión, un pie trabajosamente levantado después del otro, era tan extenuante que en numerosas ocasiones tuvo que detenerse y aspirar hondo. Las pequeñas casas que se alzaban ante ella cada vez que hacía un alto eran una serie anodina de residencias privadas, tiendas de artículos de segunda mano, colmados y almacenes, pero la luz albaricoque de sus lámparas eléctricas era muy brillante, y los olores de los alimentos cocinados embargaban los sentidos con una intensidad que conmovió a Tomo. Sin duda la felicidad, una felicidad en tono menor, entrañable, armoniosa, moraba allí bajo las lámparas de escasa potencia en las minúsculas habitaciones de aquellas casas. Una felicidad en tono menor y una armonía modesta... que los seres humanos gritaran, que se enfurecieran, que aullaran de dolor con toda la fuerza de que eran capaces, ¿a qué otra cosa podían aspirar en esta vida?

Un repentino y vano desconsuelo se apoderó de Tomo, sola en la nieve, reacia a seguir adelante, el cuello envuelto en un chal gris y un paraguas abierto en la mano que estaba fría como el hielo. Todo aquello por lo que había sufrido y trabajado, todo aquello que había conseguido dentro de la esfera restringida de una vida cuya llave ella había confiado durante décadas a su descarriado marido Yukitomo, se hallaba confinado en aquella fortaleza insensible, dura e inexpugnable resumida en la palabra «familia». Sin duda había sabido defenderse en aquel pequeño mundo. Podría decirse que a eso había aplicado todas sus fuerzas. Pero ahora, a la luz de las lámparas de aquellas casitas de aspecto tan triste alineadas a un lado de la calle, había visto de repente la inutilidad de esa vida un tanto artificial en la que ella había volcado tanta energía y prudencia.

«¿Es posible, entonces, que cuanto he vivido haya sido vano e infructuoso? —se preguntó, y sacudió la cabeza con firmeza—. No, no, eso no puede ser. Mi mundo ha sido un lugar precario, un lugar donde avanzaba a tientas en la oscuridad, donde todo lo que tocaba mi mano era incoloro, duro y frío, donde la oscuridad parecía extenderse indefinidamente. Sin embargo, al final de todo ello, con toda seguridad aguardaba un mundo más brillante, como la luz cuando por fin sales de un túnel. Si no estuviera ahí esperando, entonces nada tendría sentido. No debes desesperar, tienes que seguir adelante. Si no subes y sigues subiendo, nunca llegarás a lo alto de la cuesta...».

Tomo aspiró hondo y cambió de mano el pesado paraguas. Su otra mano asía con fuerza el bolso que contenía documentos. Alzó la vista y vio la calle en suave cuesta que se extendía ante ella. Creía haber recorrido las tres cuartas partes del camino, pero en realidad apenas había cubierto la mitad.

Cerró el paraguas para usarlo como bastón y, cubriéndose la cabeza con el chal,

reanudó el fatigoso ascenso.

El sábado siguiente Etsuko llegó con Kuniko, su hija menor, para pasar la noche, su primera visita durante las fiestas de Año Nuevo. Tomo estaba levantada como de costumbre, pero se sentía mareada desde primeras horas de la mañana y apenas podía probar bocado. La noche de la nevada, cuando por fin llegó a casa, no podía dar un par de pasos sin descansar. Abrió la puerta de celosía de la entrada lateral y se sentó en el borde de la tarima del recibidor, sintiéndose débil e incapaz de hablar.

Cuando Suga salió a recibirla, Tomo no levantó los ojos, sino que hizo un gesto con la mano y dijo:

—Agua caliente...

Suga se sorprendió al verla con el chal cubierto de nieve todavía en la cabeza, sentada en el escalón e inclinada adelante, y, al traerle el agua caliente, le escrutó la cara.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó.

—No te preocupes, no es nada —respondió Tomo sin abrir los ojos—. Sólo estoy un poco cansada. No se lo digas al señor, te lo ruego.

Aquella noche se acostó temprano, pero al día siguiente se levantó como de costumbre. Sabía que Etsuko iba a venir el sábado, y pensó que de ninguna manera debía guardar cama antes de ese día. El temor a no poder levantarse de nuevo fortaleció sus miembros cansados.

El marido de Etsuko era ahora un importante abogado. Sus relaciones con su esposa eran buenas y su actitud como yerno hacia Yukitomo y Tomo no dejaba nada que desear, por lo que incluso Yukitomo, que desdeñaba a su hijo Michimasa, se veía obligado a tomarle en consideración, aunque fuese a regañadientes. En parte por deferencia a la posición de aquel hombre, no solía poner objeciones a nada de lo que Shinohara planteaba. Cuando sucedía algo a lo que Tomo no podía enfrentarse, lo ponía en conocimiento de Shinohara a través de Etsuko y dejaba que fuese su yerno quien hablara con Yukitomo. Antes de casarse, Etsuko había sido una muchacha de buena crianza poco consciente de su encanto, el matrimonio no le había causado las mismas preocupaciones que a Tomo, e incluso en la edad mediana conservaba la pureza de perspectiva, libre de profundidades insospechadas, de una chica criada en un entorno protegido. Había ocasiones en que esto le parecía a Tomo un signo de felicidad concedida como una compensación de sus desgracias; pero otras veces, cuando se quejaba a Etsuko de cuestiones domésticas que involucraban a Yukitomo y Suga, se sentía desalentada por la falta de complicidad y apreciación sensible de sus sentimientos en la reacción de su hija. En general, Tomo nunca había deseado transferir la carga de sus hombros a los de Etsuko, pero aquel día era una excepción, y aguardaba expectante su llegada.

Entraron en la sala donde Yukitomo estaba sentado en el suelo, reclinado en el apoyo para la espalda, y a Tomo le dio tal vuelco de alegría el corazón que ella

misma se sorprendió. Etsuko llevaba un kimono de crepé negro decorado con el emblema de la familia y atado con un espléndido *obi* que tenía un bordado de bambúes y gorriones sobre un fondo marrón rojizo. Sujetaba la mano de Kuniko, vestida con un alegre kimono de crepé de seda estampada con mangas largas.

—Ah, aquí estáis —dijo Yunitomo—. Feliz Año Nuevo. ¿Y qué edad tiene Kuniko? Con tantos nietos, no puedo recordar las edades de todos. —Soltó una risita—. Cómo estoy envejeciendo. Es posible que este año sea el de mi despedida de este mundo... ¿Dónde está Shinohara? ¿No ha venido con vosotras? Y yo que había sacado el tablero de *go*... ¿Una reunión de la Asociación de Abogados en Año Nuevo? Comprendo, si es el presidente no puede dejar de asistir, claro.

Contemplar la cara de Etsuko, de rasgos tan similares a los suyos mientras permanecía sentada recatadamente ante él con la cabeza alta y el cuello largo como el de una grulla, parecía satisfacer a Yunitomo, el cual habló mucho, casi como si tratara conscientemente de complacerla. Suga y las sirvientas, deseosas de seguir la corriente a su anciano señor, también se turnaron para alabar el peinado de Etsuko y el dibujo del kimono de Kuniko.

Por la tarde, cuando Kuniko había salido para jugar al rehilte con las sirvientas y Namiko, de su misma edad, que había venido invitada desde Tsunamachi, Tomo le dijo a Etsuko:

—Ayer desde el piso de arriba se veía muy bien el monte Fuji. Ven a ver.

Y con toda naturalidad la acompañó al piso superior. Desde la terraza era visible el monte Fuji, de un azul pálido, al oeste, pero Etsuko no le dirigió más que una rápida mirada antes de decir:

—¿Hay algo de lo que quieres hablarme, madre?

Se sentó en el tatami cerca de la terraza. Por una experiencia de muchos años sabía que su madre tenía la costumbre de hacer un aparte con ella, procurando que no se notara, cada vez que tenía algo privado que decirle.

—Verás, hija, mi estado de salud no es bueno.

—Eso ya lo sé. Estoy preocupada porque pareces bastante cansada. ¿Qué te ocurre exactamente? ¿Has ido al médico?

—No —replicó Tomo, sacudiendo briosamente la cabeza—. El señor Suzuki viene a examinar al abuelo por lo menos una vez cada tres días, pero no confío en un médico que más bien parece una geisha masculina. A decir verdad, esperaba a que vinieras para decírtelo. Iré a que me vea un buen médico.

—¿Qué «esperabas»? ¡Madre, cuando se trata de una enfermedad, no hay ninguna excusa para esperar! ¿Por qué no me has telefoneado antes?

—Vamos, vamos, no te lo tomes tan a pecho —replicó Tomo con una risita, como si reprobara a Etsuko por su actitud demasiado seria.

Le habría parecido exagerado telefonear tan sólo por ese motivo, mientras que enviar una carta habría resultado alarmante. No le había importado esperar porque estaba segura de que Etsuko iba a visitarla aquel día. Y poco a poco le contó sus

nuevos síntomas desde fin de año.

—Mira qué hinchada tengo la pierna.

Mientras hablaba, extendió la pierna, retiró la falda del kimono y se presionó la espinilla con un dedo. La piel amarillenta de la pierna se hundió para formar una hendidura en forma de judía que no desapareció después de retirar el dedo.

—¿Lo ves? —Dirigió una intensa mirada a Etsuko, con los ojos un poco inyectados en sangre.

—Está hinchada —dijo Etsuko con el ceño fruncido, mientras observaba la depresión en la pierna de su madre. Pensó que con toda seguridad se trataba de un problema renal. El comportamiento desacostumbrado de Tomo, al extender la pierna delante de ella, la había sorprendido, pues era algo que ni siquiera ella, su hija, había visto hasta entonces. Era como si su madre prescindiera ahora de todo cuanto hasta entonces le había importado.

—Será mejor que llamemos al médico lo antes posible. ¿Quieres que se lo diga a padre?

—Sí, puedes decírselo, pero... —Bajó los ojos cautelosamente—. No quiero que piense que te he dicho nada.

—Eso no debería preocuparte, ¿no crees?

—Pues sí. Tú eres muy lógica, pero esta casa no se rige por la lógica.

—Tal vez, pero sin duda depende de qué se trate. Estoy segura de que en este caso ni siquiera padre sería tan irrazonable. ¿O prefieres que se lo diga a mi marido?

—Si pudieras... sí, creo que sería mejor. Pero está muy atareado, ¿verdad? ¿Cuándo dispondría de tiempo para vernos?

—Le diré que venga mañana si es necesario. Llamará a un amigo suyo que es médico del hospital universitario y le pedirá que te visite.

—Creo que podría ir a verlo sin necesidad de hacerle venir hasta aquí.

—No, madre. No tienes que pensar tanto en los demás. Siempre te estás quejando de esa pesadez en las piernas.

¿Cuántas veces te he dicho que debes ir a que te vea un buen médico y tomarte las cosas con calma hasta que mejores?

—De veras, no creo que se trate de nada grave... —Tomo intentó vagamente restar importancia a lo que acababa de decir, pero su expresión cambió de repente, como si hubiera mirado al fondo de un gran abismo.

—Hay una cosa más que quisiera pedirte, Etsuko, y espero que estés de acuerdo.

—¿De qué se trata, madre? —La joven encorvó los hombros, a la defensiva, ante la seriedad de la expresión de Tomo.

—Mira, no me gusta hablar de esto, pero si cuando el médico me examine dice que tengo algo incurable...

—¿Pero qué dices, madre?

—Lo planteo por si acaso... Todos hemos de morir un día u otro, por lo que no puede hacer daño alguno pensar en ello. Como decía, si resultara que la enfermedad

no tiene cura, no creo que el médico me lo diga, y nadie más de la familia querrá decírmelo tampoco. Pero eso me inquieta. Si ésta es la enfermedad de la que voy a morir, quiero saberlo. Mira, hay cosas que debo hacer cuando sepa que mi fin está próximo. Si tú y los demás os apiadáis de mí, procuraréis hacerme feliz y me muero sin haber hecho lo que debo, nunca os lo perdonaría. Eres mi hija, Etsuko, estoy segura de que me comprendes mejor que nadie. Tengo la sensación de que por lo menos contigo y tu marido puedo hablar francamente de lo que sea, de modo que... lo harás, ¿verdad? Confío en ti.

Su tono era sereno, como si hablara de algo sin importancia, pero mientras Etsuko la escuchaba, poco a poco iba notando una presión indefinible. La agudeza con que su madre casi parecía prever su muerte la asustaba.

—De acuerdo —le dijo, obligándose a sonreír—. Pero estoy segura de que eso no será necesario.

Los gruesos párpados de Tomo se arrugaron al contraerse cuando respondió, sonriendo también, a la sonrisa con que su hija camuflaba lo que sentía.

—Bueno, si hemos terminado de hablar, podríamos bajar, ¿no te parece? Si estamos aquí demasiado tiempo, Suga volverá a sacar conclusiones.

Se puso las manos sobre las rodillas y se levantó lentamente. Entonces, cuando había empezado a moverse, se volvió hacia Etsuko.

—Después de todo, me ha ganado la batalla, ¿no es cierto? El abuelo me ha ganado la batalla.

Por un momento, Etsuko no comprendió qué era exactamente lo que quería decir.

Aquella noche, después de que Etsuko y su hija se hubieran marchado, Tomo se acostó, quejándose de que tenía frío, y a la mañana siguiente no pudo levantarse. El marido de Etsuko, que había acudido para felicitarles por el Año Nuevo, la visitó en su habitación. Luego habló con Yukitomo.

—La condición de madre parece haber sufrido un cambio. ¿Qué te parece si le pido a mi amigo Inezawa que la examine? De nada servirá correr cuando sea demasiado tarde.

Así se lo dijo en un tono de franqueza cuando estaban jugando al *go*. Yukitomo asintió.

—Tomo está tan orgullosa de su salud que detesta a los médicos, como si fuesen unos seres abominables, así que será mejor que la persuadas tú mismo, Shinohara. Me parece muy bien que el doctor Inezawa venga a verla.

Así, sin percatarse, Yukitomo contribuyó a que se realizara el plan de Shinohara. Incluso a Yukitomo le había afectado que su esposa tuviera que guardar cama de repente y, aunque no la había visto personalmente, lo que le había contado Suga, su aspecto la noche de la nevada, acurrucada en la entrada lateral y cubierta de nieve. El doctor Inezawa, ex condiscípulo y amigo de Shinohara, tenía fama de ser uno de los mejores médicos de la ciudad. Una vez decidieron que debía visitar a Tomo,

trasladaron el futón de ésta a una de las habitaciones delanteras y Yukitomo, con su ostentación característica, encargó a unos prestigiosos almacenes de Nihonbashi un juego de edredones nuevos con funda de seda.

—Con todo este ajeteo, una persona supersticiosa temería lo peor —comentaban en privado las sirvientas y el capataz.

Sus presagios estaban justificados, pues el doctor Inezawa diagnosticó una atrofia renal, tan avanzada que ya había comenzado la uremia. En el estado actual de la medicina, era imposible hacer nada por ella. Le quedaba un mes de vida como máximo.

—Al final no estaba equivocada —dijo Etsuko entre gemidos cuando Shinohara le dio la noticia—. Madre sabía lo que le ocurría.

Se había acostumbrado a la idea de que su madre era una mujer fuerte que no había guardado cama por enfermedad en toda su vida. Lo que Tomo le había dicho días atrás la había pillado desprevenida, pero aquello que, al reflexionar, había considerado improbable se había convertido ahora en una realidad inequívoca y apremiante.

—Cuando le hablemos de la enfermedad a padre, ¿crees que deberíamos contarle lo que ella dijo el otro día?

—Creo que ése sería el mejor momento para decírselo. Puesto que no se trata de un asunto corriente, por una vez prestará atención.

—Y pensar que madre tiene diez años menos que él... ¡Es ella la que debería seguir viviendo!

Mientras Etsuko hablaba, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Aunque su madre, que había sido rígidamente correcta a lo largo de la vida, nunca le había consentido los mimos, el mero hecho de su existencia le había proporcionado a Etsuko la misma sensación de seguridad que se experimenta en un edificio de gruesas paredes. La idea repentina de perder esa seguridad la llenaba de una tristeza insoportable.

Cuando los Shinohara le dijeron a Yukitomo que las posibilidades de que Tomo se recuperase eran dudosas, y le mencionaron su petición de que la pusieran en antecedentes de su estado, él asintió.

—Está bien. Yo mismo se lo diré —dijo, como convenciéndose a sí mismo de que debía hacerlo.

Etsuko contemplaba el suelo mientras lloraba. Shinohara puso una mano en el hombro de su esposa, y salieron de la habitación. Suga, que entró silenciosamente, ocupó su lugar.

—La señora Shinohara estaba llorando —observó—: ¿Cuál es el estado de la señora?

—Nada bueno, al parecer.

—¿Pero por qué? —Suga se le acercó un poco más y miró de soslayo el perfil de Yukitomo a la luz mortecina de la estancia. Entonces él la miró y volvió la cara, como

si le sobresaltara algo que había visto—. Estoy segura de que no puede ser cierto. La señora siempre fue una mujer muy fuerte. No, no es posible tal cosa... no es posible...

Yukitomo sacudió la cabeza y no dijo nada más.

Un sol de invierno más brillante de lo ordinario hinchaba los brotes del ciruelo en el jardín. Tendida en la habitación encarada al sur, con la cabeza apoyada en la almohada, Tomo veía la sombra del venerable árbol proyectada en negro por el sol, como una pintura en tinta china, sobre el papel blanco translúcido de la puerta corredera. Por entonces ni siquiera podía tomar sopa o leche, pues últimamente su mero olor le repugnaba. Sin embargo, aunque no comía nada, notaba un ardor constante en la boca del estómago.

La puerta corredera se abrió suavemente y Yukitomo entró en la habitación, algo que era excepcional en él.

—¿Cómo estás? ¿Un poco mejor esta mañana?

Tomo entreabrió los pesados párpados y miró a su marido como si fuese un objeto extraño.

—No sabría qué decirte. ¿Qué ha dicho el doctor Inezawa?

—Parece ser que tienes los riñones bastante mal... pero se curarán con un buen descanso. Al fin y al cabo, eres de constitución fuerte.

—¡No! —exclamó Tomo.

Trató de levantar la cabeza de la almohada, con la intención de sentarse para poder hablar con su marido, pero éste la hizo tenderse de nuevo. Al poner la mano en el hombro descarnado, que él no había tocado en décadas, crujió audiblemente el hueso que estaba justo debajo del algodón.

—No es necesario que te levantes. Me he enterado de lo que le has dicho a Etsuko. Estoy seguro de que mejorarás, pero uno es humano y nunca se sabe... Si hay algo que quieres decir, ¿por qué no lo dices ahora? Tomaré nota.

—De acuerdo. Me alegro de que digas eso. He redactado mi testamento por si me ocurriera algo imprevisto. Lo encontrarás, con la palabra «testamento» escrita encima, en el cajón inferior de mi secreter, en la habitación del altar, al fondo de la casa. Quiero que sepas lo que dice antes de que me muera.

Buscó a tientas el llavero debajo de la almohada y se lo dio a Yukitomo. Lo miró fijamente mientras él lo tomaba. En las décadas pasadas jamás había dirigido a su marido una mirada tan directa y fija. La cercanía de la muerte había liberado a Tomo.

Al abandonar la habitación de la enferma, Yukitomo fue a la estancia donde se encontraba el altar budista, sin llevar a nadie consigo. Habían transcurrido muchos años desde que manejara personalmente las llaves de un secreter. Al introducir la llave en el pequeño orificio, tuvo que hacerla girar primero en una dirección y luego en la otra, hasta que por fin se abrió. Dentro todo estaba pulcramente ordenado: había un rintero de libretas de depósito bancario y otros documentos y, encima de todo ello,

un sobre con la palabra «testamento» escrita en caracteres mal formados. Lo llevó a la luz que brillaba bajo la ventana y lo abrió.

Los caracteres estaban escritos con la misma caligrafía infantil que la inscripción del sobre. En un lenguaje anticuado, de estilo femenino, Tomo escribía sobre el dinero que había reunido sin decírselo a Yukitomo. Los ahorros, una suma considerable, procedían en su totalidad del resto del dinero que Yukitomo le diera treinta años atrás, cuando por orden suya se trasladó a Tokyo y regresó de allá con la joven Suga. Él le había dado dos mil yenes, diciéndole que los empleara como creyese oportuno. Incluso después de que hubiese pagado el atuendo de Suga y los gastos de su estancia, le habían quedado más de mil yenes. Su intención, cuando regresó a casa, había sido la de hacer cuentas y devolver el resto a su marido, pero al constatar la atracción de éste por Suga, mucho más joven que ella, empezó a preocuparse por su futuro y concibió la idea de mantener su propio fondo personal, a fin de estar preparada para el peor de los casos, y no tanto por sí misma como por Michimasa y Etsuko. Por ello había usado el dinero para formar la base de sus ahorros, soportando a solas durante largos años el dolor de tenerlo que mantener en secreto; pero ella misma no se había dado ningún capricho con aquel dinero. En el testamento decía que, a su muerte, deseaba que el dinero se dividiera entre los nietos, Suga, Yumi y otros familiares.

A medida que leía, Yukitomo se sorprendía una y otra vez ante una fuerza que le superaba. No había allí una sola queja de Tomo contra la indignante manera en que él la había tratado, no había más que disculpas por no haber confiado plenamente en él y por haberle ocultado siempre un doloroso secreto. Sin embargo, aquellas palabras de disculpa oprimieron el corazón de Yukitomo con una fuerza como no la habría tenido la más vehemente protesta.

Yukitomo se enderezó como para quitarse de encima la sensación y regresó por el corredor al dormitorio de su esposa.

Tomo yacía con los ojos abiertos, en la misma postura de antes.

—No te preocupes, Tomo. Comprendo perfectamente lo que has escrito.

Su voz era tan firme y fuerte como la de un hombre joven. Su educación de samurái en Kyushu no le había enseñado en absoluto a decir que lo sentía, y aquellas palabras eran lo más cercano a una disculpa que jamás podría pronunciar.

Tomo lo miró inquisitivamente a la cara.

—¿Me perdonas, entonces? Te estoy muy agradecida.

Aquella noche, Tomo entró en un estado comatoso. Incluso cuando estaba despierta, sus ojos carecían de expresión, y apenas hablaba.

Yukitomo cuidaba de la paciente, que ahora no podía valerse por sí misma, como si realmente fuese la esposa a la que hubiera amado y sido fiel durante toda su vida. Y la servidumbre y los parientes, para quienes el anciano señor era la máxima autoridad, la velaban de una manera que por fin honraba a la esposa legal.

Era una noche de febrero en la que el fin estaba próximo. Fujie, la mujer de Michimasa, y Toyoko, la sobrina de Yukitomo, habían acudido para velar al lado del futón. Habían despedido a la enfermera y estaban solas en la habitación de la enferma. Hacía un frío tan intenso que el carbón del brasero parecía convertirse en ceniza en cuanto lo reponían.

—Toyoko.

Tomo, que había parecido dormitar, había abierto los ojos y vuelto hacia ellas la cara. Toyoko se acercó más mientras le respondía y Fujie se apresuró a sostener la cabeza de su suegra, temiendo que el repentino movimiento pudiera causarle náuseas. Pero Tomo sacudió con irritación la cabeza para liberarla de la mano que la sujetaba. Sorprendidas por la rudeza del gesto en una persona que casi nunca había mostrado hasta entonces sus sentimientos, contemplaron incómodas los mechones, salpicados de blanco, que caían sobre las patéticas sienes hundidas. Tomo no alzó la cabeza pero habló sin interrupción:

—Toyoko, quiero que vayas a ver a tu tío y le digas una cosa. Le dirás que cuando muera, no quiero que haya funeral. Le dirás que no necesito más que lleven mi cuerpo al mar de Shinagawa y lo arrojen al agua.

Los ojos de Tomo brillaban de excitación, desbordaban de un sentimiento tan intenso que apenas eran reconocibles como los plácidos ojos color de plomo que normalmente miraban desde debajo de los gruesos y caídos párpados.

—Por favor, tía... ¡qué cosas dices!

—¿Por qué hablas de ese modo?

Toyoko y Fujie protestaron con vehemencia, pero Tomo parecía sumida en una especie de trance y no las escuchaba.

—Y ahora marchaos, por favor. De lo contrario no llegaréis a tiempo. Y es preciso que se lo digáis. Decidle que arroje mi cuerpo al mar... que lo arroje...

Estimulada por el sonido de la palabra «arroje», parecía pronunciarla incluso con placer.

Puesto que la enferma insistía, Fujie y Toyoko se vieron obligadas a salir al corredor. En la mirada que intercambiaron una vez fuera de la habitación, se hallaba la tácita complicidad femenina de dos mujeres que tenían la experiencia del matrimonio y habían sufrido.

—¿Qué te parece? ¿Deberíamos decírselo?

—Creo que sí. Lo desea de veras.

A las dos les atemorizaba vagamente la idea de mantener oculta la acumulación de emociones que Tomo había confinado en su interior durante tanto tiempo.

—¿Todavía estás levantado, padre? —preguntó Fujie al entrar en la habitación de Yukitomo, seguida por Toyoko.

Como de costumbre, Yukitomo estaba reclinado en el apoyo para la espalda, bañándose los ojos con una solución de ácido bórico. Ni Suga ni los niños se hallaban

con él. Veló la áspera luz de su mirada como para reconocer el servicio que le prestaban en calidad de enfermeras y les dijo:

—Gracias por vuestra ayuda.

Toyoko tomó asiento y, hablando con rapidez, comunicó a su tío el mensaje de Tomo. Se había propuesto presentarlo como la tontería delirante de una enferma, pero al hablar, lo hizo en voz seria y aguda, como si el espíritu de Tomo hubiera tomado posesión de ella.

El velo desapareció al instante de los ojos de Yukitomo. El anciano abrió la boca como para decir algo, y entonces desapareció la expresión de su rostro. En los ojos recién lavados, acuosos, el temor se agitó como si hubiera visto un fantasma. Al instante, el esfuerzo antinatural de los músculos para restaurar una expresión natural causó estragos en las armoniosas facciones de su cara.

—Jamás podría permitir semejante idiotez. Tendrá el funeral apropiado, digno de esta residencia. Díselo así, por favor.

Habló con rapidez, en un tono reprobador, y entonces volvió la cabeza a un lado y se sonó vigorosamente. Su organismo había sufrido el pleno impacto de las emociones que su esposa se había esforzado por reprimir durante cuarenta años. La conmoción bastaba para resquebrajar su arrogante personalidad.

Fin



FUMIKO ENCHI (Tokio, 1905 - 1986) fue el seudónimo utilizado por la novelista, dramaturga y crítica literaria japonesa Fumi Ueda, una de las más relevantes de la segunda mitad del siglo xx en Japón, para firmar su obra literaria.

Hija de un conocido filólogo y lingüista, desde la primera infancia Enchi estuvo rodeada y fascinada por la literatura japonesa clásica. Se especializó en la literatura clásica, sobre todo, en la estética de la etapa final de la era Edo. Su trabajo cubre una amplia gama de temas, pero en general se centra en la vida interior de las mujeres y su papel en la sociedad.

A lo largo de su carrera, publicó tanto novela como obra teatral. Su libro *Los años de espera* (Onnazaka) recibió el Premio Noma en 1957.

Escritora prolífica a pesar de su mala salud, Enchi recibió muchos otros premios. Su traducción de la famosa novela clásica japonesa, la monumental «Genji monogatori» de Murasaki Shikibu, recibió excelentes críticas. Fue declarada Persona de Mérito Cultural en 1979, y galardonada con la Orden de la Cultura por el gobierno japonés en 1985. Un año antes de morir la eligieron miembro de la Academia de las Artes.

Además de la citada, sólo se ha traducido al español *Máscaras femeninas*, (Onna men, 1958).

Notas

[1] Carrito de mano del que tira un conductor. *[N. de los T.]* <<

[2] Avenida de acceso al templo de Kannon en Asakusa, flanqueada por toda clase de pequeñas tiendas. *[N. de los T.]* <<

[3] Raqueta decorada de un juego tradicional japonés parecido al badminton, que sólo se juega en Año Nuevo. *[N. de los T.]* <<

[4] Juego parecido al que en España se conoce como «hacer cunitas». [N. de los T.]

<<

[5] Antigua medida de longitud. Un *sun* equivale aproximadamente a 3 cm [N. de los T.] <<

[6] Aprendizaje de geisha. [N. de los T.] <<

[7] Un *tsubo* equivale a $3,3 \text{ m}^2$. [N. de los T.] <<

[8] Entre 8 y 10 cm [*N. de los T.*] <<

[9] El segmento *taka* del nombre propio Takao significa «halcón». [N. de los T.] <<

[10] En este caso *komageta*, una variante de este calzado de madera. [N. de los T.] <<

[11] Se refiere a la Restauración Meiji, iniciada en 1868. [*N. de los T.*] <<

[12] Kanabotoke es una estatua metálica de Buda, de fea factura, mientras que Benten, la única diosa entre los siete dioses de la felicidad, tiene fama de ser una gran belleza.
[N. de los T.] <<

[13] En 1894-1895. [*N. de los T.*] <<

[14] El *gō* y el *shō* son medidas de capacidad tradicionales; un *gō* equivale aproximadamente a 180 cm³, y un *shō*, a 1.800 cm³. [*N. de los T.*] <<

[15] Especie de sobrepelliz circular propia del clero budista. *[N. de los T.]* <<

[16] Una *ri*, o legua japonesa, equivale a 3,93 km [*N. de los T.*] <<

[17] *Sutra de la Contemplación. [N. de los T.] <<*